MANUEL GALVEZ

VIDA DE

FRAY MAMERTO ESQUIÚ



EDITORIAL
GUILLERMO KRAFT LIMITADA
BUENOS AIRES

VIDA DE
FRAY MAMERTO ESQUIÚ

por MANUEL GÁLVEZ

Entre las figuras más excelsas de nuestra historia, que lucharon contra el despotismo y la anarquía, se cuenta a fray Mamerto Esquiú.

No es menester abundar en cuanto al autor de esta magnífica semblanza del fraile: Manuel Gálvez —es lícito afirmar— se ha destacado sobremanera, tocante a personajes de nuestra historia, dentro del género biográfico, habiéndose empeñado muy especialmente en *ésta,* con su mejor talento de escritor, a fin de lograr un reflejo fiel de la fecunda vida del sacerdote patriota.

La VIDA DE FRAY MAMERTO ESQUIÚ constituye un relato claro y ameno de quien fuera llamado *el Santo Orador de la Constitución del 53,* y que dejara en su provincia natal, Catamarca, indelebles recuerdos, destacándose sucesivamente junto al quehacer cotidiano, con

(Continúa en la solapa posterior)

VIDA DE
FRAY MAMERTO ESQUIÚ

MANUEL GÁLVEZ

VIDA DE FRAY MAMERTO ESQUIÚ



COLECCIÓN
CÚPULA

EDITORIAL
GUILLERMO KRAFT LIMITADA
FUNDADA EN 1864
BUENOS AIRES

IMPRESO EN LA ARGENTINA
Queda hecho el depósito que previene la ley N.° 11.723.

A mi hijo Gabriel, por haber nacido en un 11 de mayo, al igual que Esquiú, sin duda como un reclamo de la Providencia para que yo cumpliera mi proyecto de escribir este libro; porque entre sus nombres lleva también el de aquel gran argentino; y para que la vida de virtud de Fray Mamerto le sirva siempre de enseñanza, de guía y de consuelo.

CAPÍTULO PRIMERO

UN HOGAR EN "LA CALLECITA"

Junto a la cordillera de los Andes, casi al terminarse por el norte lo que es hoy la Argentina, se extiende la provincia de Catamarca. Su territorio, igual en superficie a la cuarta parte del de Italia, está cubierto de montañas, algunas de las cuales figuran entre las más altas de la tierra: el cerro Inca Huasi elévase a seis mil seiscientos cincuenta metros sobre el nivel del mar. Aunque en las entrañas de sus sierras tiene hierro, plata, cobre y aun oro, Catamarca resulta, por la imposibilidad de libertar sus riquezas, una de las regiones más pobres del país. Hoy se va desde Buenos Aires en cuarenta horas de tren; pero hace un siglo, cuando el ferrocarril no existía, tardábase dos meses para cubrir, en heroicas galeras, las doscientas leguas que separan a las dos ciudades. En aquellos años, pues, Catamarca vivía aislada del mundo. Era unánime la pobreza, que, aun en las gentes principales, lindaba con la miseria. La vida transcurría monótona y patriarcal, en la paz de las montañas gigantescas y de los mandatos de la religión. Sólo era turbada la calma por las luchas políticas, que exacerbábanse, frecuentemente, en episodios sangrientos.

A tres leguas y media al norte de la capital, a dos pasos de las montañas, allí donde se va acabando el valle, se desparrama un pueblito llamado hace un siglo San José. Es la cabecera del departamento de Piedra Blanca. Tenía por entonces unas cuantas casas, una iglesia diminuta, una plaza y una calle úni-

ca: la Callecita. Allí en la Callecita, en una de las chacras que la orillaban, nació, el 11 de mayo de 1826, el niño Mamerto Esquiú.

Pocos lugares como éste hay tan propicios en la Argentina para la aparición de un santo. Aquellas montañas enormes y próximas infunden en las almas sensibles el recogimiento y la humildad. Son montañas desoladas, de escasa vegetación. No hay en ellas nada de riente. Sus cumbres escuetas y peladas, de pura piedra, invitan a pensar en Dios y en la muerte y hacen sentir con elocuencia la pequeñez humana. La humildad, en los tiempos de Esquiú, daba en la Callecita a los hombres su lección cotidiana: en la pobreza, allí sin remedio; en el aislamiento, verdugo de vanidades; y hasta en la cien veces al día repetida imagen del burrito —ser humilde, si los hay—, cabalgadura y compañero del pobre.

No menos que el ambiente físico influía la raza en el sentimiento religioso de las gentes de Piedra Blanca. Por un lado, el antecesor español, cristiano viejo que rezaba el rosario en familia y sólo leía libros de piedad; por otro, el indio triste, devoto a su manera, que mezclaba las verdades católicas y la fe en la Virgen con el culto a la Pachamama. No había indiferentes, ni menos ateos, en Piedra Blanca. Todos eran cristianos y religiosos, sumisos a la Iglesia. Y todos, en Piedra Blanca y en la provincia entera, tenían muy honda devoción a la Virgen del Valle, que se venera en la Matriz de la pequeña capital: milagrosa y misericordiosa entre todas, madre del indio y del desvalido. Tal vez por tantas influencias, produjo Piedra Blanca, antes de fray Mamerto, algunos sacerdotes de excepción, que aparecen como anunciadores de la figura de Esquiú.

Poco a poco se irá viendo cuánto debe este varón extraordinario al ambiente físico y moral en que nació. Su alma tenía la grandeza, la austeridad, la severidad de aquellas montañas; y la humildad y la gracia de los lugares que tanto amó. La presencia de las cumbres gigantes le enseñó a sentirse pequeño

y miserable y a no vivir con otros pensamientos que los de Dios y los de la muerte. En la pobreza del ambiente recogió lecciones de resignación y de humildad, y en la vida diaria del pueblito no vio sino ejemplos de caridad cristiana, de fuerte fe religiosa y de sumisión a la Iglesia.

¿Qué cualidades heredó Esquiú de sus padres? Don Santiago había sido militar en los ejércitos de España, su patria; y tal vez por esto, tenía en sus cosas un orden y disciplina de que carecían los criollos. Su verdadero apellido, Esquivo, de origen gallego, habíase gastado hasta reducirse a Esquiú. Don Santiago, excepcionalmente austero, educaba a sus hijos con insobornable severidad. Era un fervoso creyente y el jefe de un hogar modelo. Amaba a sus seis párvulos con la honda ternura que tienen los hijos de Galicia. Su solo haber era aquella pequeña chacra de la Callecita, que cultivaba con sus propias manos.

La madre de Mamerto era catamarqueña, de familia criolla. Tenía veinte años María de las Nieves cuando la pretendió Santiago Esquiú. Ella no lo aceptaba, no sabemos si por no gustar de él o porque no deseaba casarse. Su madre, que ansiaba convencerla en favor de Esquiú, pero que temía el fracaso si obraba directamente, recurrió a los oficios de una vieja amiga de la familia, la señorita Juliana Vega. Esta solterona, que, como tal, debía ser hábil casamentera, decidió a María de las Nieves, mostrándole la posibilidad de ser madre de un sacerdote. Este argumento revela el espíritu religioso de aquellos años y en aquellos lugares y el valor que, para un hogar, significaba un representante de Dios.

María de las Nieves Medina esperaba el nacimiento de su segundo hijo para el 10 de mayo, día de San Antonino de Florencia. Encontrábase en Piedra Blanca el padre Cortés, franciscano y misionero apostólico. Muy amigo de la casa, aseguró a la futura madre que su hijo sería arzobispo, como San Antonino. Pero el esperado no llegó ese día sino el siguiente, que era el de San Mamerto, obispo. Y entonces vaticinó que el

infante no sería arzobispo, como San Antonino, sino obispo, como San Mamerto de Francia.

Este augurio no era para los Esquiú una palabra vana, de esas que se dicen al desgaire. Tenía para ellos el valor de una profecía, por venir del padre Cortés. Era éste un santo varón, que iba de pueblo en pueblo dando misiones. Su fama de virtuoso y de profeta llenaba las montañas y los valles de Catamarca. Un escritor de su orden dice que, "especie de Melquisedec", aparece de repente, "sin padres ni genealogía, dando misiones y formulando vaticinios, tan pronto en Catamarca como en Tucumán y otros puntos de la República".

Nació muy enfermo el esperado, y por esto se le bautizó en seguida, temiéndose su muerte. El padre Cortés le impuso el Sacramento del Bautismo. Y como ese día era también el de la Ascensión del Señor, se le dió por nombre el de Mamerto de la Ascensión. Era el primer hijo varón de María de las Nieves, que tenía ya una niña. La alegría de ser madre, y tal vez de un futuro obispo, mezclábase en su alma con la pena de ver enfermo a su hijito. Pidió a San Francisco que lo sanase, e hizo la promesa de vestirlo, en cuanto cumpliese cinco años, con el hábito del santo de la Umbría.

A los tres hechos singulares que rodearon la venida de Mamerto a este mundo —razón que decide a su madre al casamiento, vaticinio del padre Cortés y promesa de vestirle con el hábito que llevaría toda su vida— debe agregarse otro, no menos extraordinario. El acta de bautismo no fue redactada por Cortés, sino por el padre Agustín Colombres. ¿Qué voz interior, o venida de lo alto, habló al padre Colombres haciéndole escribir Don Mamerto, en vez del solo nombre del recién nacido, como era la costumbre? Porque es evidente que la palabra Don, aplicada en semejante circunstancia, significaba señalar al mundo aquel niño, indicar sus gloriosas posibilidades y honrarle desde el instante de haber abierto los ojos a la vida.

María de las Nieves fue "la perfecta casada". En el hogar

pobre y austero de la Callecita, ella amasaba el pan, arreglaba la casa, preparaba la comida y trabajaba en el telar y en la rueca. Tenía la suavidad y la discreta melancolía de las mujeres provincianas; y estas cualidades, que no las poseía don Santiago, las heredó su hijo. En fray Mamerto se corregía la aspereza de la austeridad con la dulzura de los modales y de las palabras y con la criolla melancolía de los ojos.

¿Cómo vivía aquel hogar? Fray Mamerto ha escrito que allí "el santo nombre de Dios se invocaba desde la mañana a la noche". Aun no había aclarado, cuando la recia voz del padre "sonaba como el acento de un ángel de Dios sobre toda la familia". Padres e hijos levantábanse y arrodillábanse, y así rezaban en comunidad los cánticos del Trisagio y las oraciones de la mañana. Después, el padre salía para el trabajo, llevando al hombro los instrumentos de cultivar la tierra. Los hijos mayores iban a la escuelita, y la madre consagrábase a los quehaceres domésticos. A mediodía, el almuerzo, que era, a veces, harto frugal; pero ellos quedaban siempre contentos. Después de un rato, volvían a las tareas, para juntarse al caer el sol. "Lo restante del tiempo —ha escrito fray Mamerto— se daba al descanso, al rezo del rosario, a la lectura, a los consejos saludables, a los quehaceres dulcísimos de la vida doméstica".

La propiedad de don Santiago era reducida, y apenas le daba para vivir muy pobremente. Su hijo ha recordado que alguna vez no había en la casa nada para comer. Don Santiago, en estos trances dolorosos, hacía rezar a los suyos; pero jamás pidió dinero prestado. "Enfermo por largo tiempo, nadie vino a cobrar, después de su muerte, un solo maravedí" que él debiera. El hijo ha calificado de "orgullo heroico" la hidalga dignidad de su padre.

En medio de la pobreza, este hogar de la Callecita era dichoso. Nada le faltaba para la única felicidad que en esta vida es posible. Había en aquella casa un mutuo amor entre padres, hijos y hermanos. La resignación cristiana templaba las molestias de la pobreza. Si los muebles eran pocos y misérrimos, en

cambio abundaba la virtud. En las estancias casi vacías, de techo de paja y de paredes de tierra apisonada, sin ninguna de las comodidades que hoy tiene en cualquier pueblito una casa no demasiado pobre, se amaba a Dios en la verdad del corazón. Fray Mamerto ha escrito: "La discordia, el espíritu de maledicencia, la avaricia, la injusticia, ninguna pasión enemiga de los hombres ha penetrado en el santuario del hogar paterno; allí han reinado una paz inalterable y una ocupación incesante, estéril de progreso en la fortuna, pero copiosa en las dulzuras con que sazonaba la satisfacción de todas nuestras necesidades".

Hogar de la Callecita: olor a pan casero, amasado por las manos de la madre, mientras los ojos soñaban en el presagio del hijo sacerdote y obispo; murmullo incesante, no de palabreo inútil, sino del ir y venir del huso en la rueca o de la mano sobre el telar; paisaje de montañas que parecen llegar hasta el cielo y cuyas cumbres se festonan de nieve; presencia tutelar del algarrobo inmenso, bajo cuyas ramas protectoras jugaban las criaturas y trabajaba la madre. Hogar de la Callecita: vida lenta, vida silenciosa, en la paz de Dios, en la calma profunda de las cosas inmóviles. Hogar de la Callecita, lleno de oraciones; de esperanzas maternas por el niño que naciera enfermo; de consejos del padre enérgico y austero, que tenían la sabiduría de las sentencias y de los refranes castizos. Hogar de la Callecita, donde se veneraba a San Francisco de Asís y que el Poverello hubiera amado: entre sus míseras tapias había nacido el que sería uno de los más grandes hombres de la tierra argentina, un hijo del Santo de la Umbría, humilde y pobre como él, y un discípulo suyo en el sendero de la santidad.

CAPÍTULO SEGUNDO

INFANCIA

Pasaron cinco años. El pequeño Mamerto estaba sano y fuerte. Habíanle robustecido los cuidados de la madre, las oraciones de toda la familia y la vida al aire libre, bajo los algarrobos de la chacra, en aquella comarca de salubérrimo clima.

Iba a cumplir su promesa María de las Nieves. El padre Cortés, ahora ausente del lugar, había dejado en la casa amiga un viejo sayal suyo, sin duda con el intento de que fuera utilizado para el niño. María de las Nieves arregló el hábito; y una mañana, las escasas gentes de aquel remanso de soledad y de paz tuvieron tema de conversación: habían visto por la Callecita, volviendo de la escuela, al hijo de don Santiago Esquiú con el hábito de San Francisco de Asís. Algún vecino recordó la promesa de María de las Nieves. Y nadie se asombró. Era frecuente vestir a un niño de franciscanito. La devoción al Poverello estaba extendida en toda la provincia: prestigio, a la vez moral e intelectual, del viejo Convento Franciscano de Catamarca. Nadie se asombró de ver a la criatura con el hábito, pero todos admiraron su excelente aspecto, su gracioso pergeño, su gravedad natural y sus lindos ojos. "¡Una ricura, el frailito!", exclamaban las mujeres. Él iba muy serio, y llevaba calada hasta los ojos la capillita del sayal.

Hay una fragancia de poesía humilde en este pequeño acontecimiento. Pero él se eleva hasta la condición de las cosas misteriosas, tal vez predestinadas, si pensamos que el padre

Esquiú no vistió en toda su vida sino aquel áspero sayal de San Francisco. Amó su hábito como se ama un tesoro. Aquel sayal de pobreza, que no se quitó nunca, ni cuando fue obispo, uníale moralmente a su orden casi tanto como los votos monásticos. "Soy tal vez el único mortal que no ha llevado sobre sus carnes otrs vestimenta que el hábito de San Francisco". El sayal le recordaba perpetuamente a su madre, sus años infantiles en la Callecita, su vida en el Convento y en lejanas tierras. El sayal es símbolo de pobreza y de caridad. Él esperaba que el sayal fuese su única mortaja. "Todo lo que soy y lo que valgo, si es que valgo alguna cosa, lo debo, después de Dios, al hábito de mi padre San Francisco. Sin él, yo no habría sido más que un pobre labrador, como era mi padre". Por ese sayal fue silbado en Buenos Aires e insultado en Jerusalén...

Lo amó desde el primer día que se lo puso su madre. No quiso vestir otro traje, a pesar de las burlas de algunos chiquillos de la escuela. Soportábalas con paciencia el santito, sin enojarse jamás. Pero un día las burlas excedieron a las palabras y a las risas habituales, y unos perversos, mayores que él, intentaron quemarle el hábito, prendiéndole fuego a la capilla. La criatura volvió afligida a su casa. La madre, enterada del desafuero, le quitó el sayalito. Pero él lo reclamó llorando. Aquellas lágrimas impresionaron a la madre. Posiblemente vio en ellas la prueba del destino de la criatura. Las madres tienen, en cuanto atañe a sus hijos, un sexto sentido, un desarrollo especial del subconsciente. Mamerto recuperó su sayal; y volvió a la escuela, dispuesto a sufrir por él.

Pronto aprendió a leer el franciscanito. Y no se limitó a la cartilla, como los otros niños del lugar. Su padre poseía media docena de libros y él se dio a la lectura con pasión. Todos eran libros religiosos: el *Ejercicio Cotidiano*, los *Ejercicios Espirituales*, de San Ignacio de Loyola, las *Verdades Eternas*, las Epístolas de San Pablo y la *Biblia*. En las horas del día, leía sólo para sí. Por las noches leía en alta voz para sus padres y sus hermanitos.

Era aquélla una escena digna de *La Leyenda Dorada.* A los padres debiéronseles caer las lágrimas las primeras veces. En la casa pobre, techada de tejas, casi un rancho, a la lumbre de una vela de sebo metida en el cuello de una botella, reunidos los padres y los hijos junto a la mesa de algarrobo donde comían, el niño Mamerto Esquiú, con la capillita de su sayal bajada, iba leyendo en alta voz. Leía con acento levantado y grave, y su voz tenía una rara suavidad. Los padres le escuchaban extáticos. El niño leía palabras que hablaban del amor a Dios, de la muerte, de la Pasión de Cristo, del horror del pecado, de la manera de salvarnos. Los padres le escuchaban y quizás ante sus miradas relampagueaba la visión del hijo obispo. Y a los ojos de criolla de María de las Nieves asomaban lágrimas de felicidad y de esperanza.

Y así, día a día y noche a noche, durante cuatro años. El espíritu del niño se iba enriqueciendo con las verdades de los dogmas y con los sentimientos religiosos. Carecía de toda experiencia de pecado, y ya odiaba al pecado. Sabía cómo se lucha contra el Demonio. Ignacio de Loyola le había enseñado, en sus *Ejercicios Espirituales,* el terrible y difícil heroísmo interior.

El padre comprendió pronto que su hijo no podía quedar en la Callecita y ser, como él, un pobre agricultor. Y un día lo llevó a Catamarca. Mamerto tenía ocho años y siete meses.

Catamarca era pequeña y de edificación apretada. No abundaban los terrenos baldíos ni las grandes huertas. Levantada en una llanura suavemente inclinada, al pie de la sierra de Ambato, San Fernando de Catamarca tenía sus calles en rampa. La población alcanzaba a cinco mil habitantes. El bajo pueblo era indígena o mestizo. Extendíase sobre la ciudad entera el místico reino de Nuestra Señora del Valle.

Con su hermanito Odorico, Mamerto fue alojado en la casa de don Elías Núñez, un sastre a quien, por serlo, llamábasele "el maestro Núñez". Y en seguida comenzó el niño a estudiar Latín, en el Convento de San Francisco.

No sabemos qué impresión hizo a Mamerto la ciudad, a la que quizá veía por primera vez; ni el viejo Convento, de tanta fama en la provincia; ni si gustaba de los estudios o no; ni si ya se había definido en él la vocación religiosa. En su modestia, él apenas ha hablado de sí mismo. Y en cuanto a los demás, no nos asombremos. En este país nadie ha escrito memorias ni cartas interesantes. Al argentino le ha faltado el sentido de lo futuro. Si acaso alguna carta interesante fue escrita, el destinatario la tiró o la perdió. Y si alguna logró llegar hasta nuestro tiempo, sus poseedores la conservan entre las chucherías inútiles que pasan de padres a hijos, sin que nadie intente leerla; o la esconden a las miradas extrañas, sobre todo si son de historiadores, por temor a quién sabe qué peligrosas revelaciones. Casi nada se conoce de la infancia del hombre extraordinario que fue Esquiú.

Sólo sabemos que Mamerto iba a la escuela de hábito, que era un alumno inteligente y que el maestro Núñez le consideraba desaplicado. No le faltaba razón al sastre: Mamerto no estudiaba en el hogar sino en la calle, mientras recorría las nueve cuadras que separaban la casa del Convento. Iba con la capilla calada, tropezando en las piedras. El maestro Núñez, que cuidaba paternalmente de Mamerto y de su hermanito y los tenía en su casa "por caridad", se quejó a don Santiago; y el padre fue a la ciudad para reprochar al niño su desaplicación. Mamerto sabía siempre las lecciones, las estudiase sólo en la calle o no las estudiase; pero dio la razón a su padre y prometió que, en adelante, sería muy estudioso.

Y pasó casi un año y medio. Mamerto continuaba compartiendo la pobreza del maestro Núñez y asistiendo a las clases de latinidad. Era ahora el mejor de los alumnos.

Un día, Núñez dejó su casa familiar y se instaló en su sastrería, en la plaza. Probablemente no tenía allí sitio para sus pupilos, y entonces vino la madre a la ciudad. Debieron alojarse, María de las Nieves y sus dos párvulos, en la casa de los Medina. Allá en la Callecita quedó el padre con la restante

prole. María de las Nieves, según ha contado Odorico, tenía la idea fija de que Mamerto fuese franciscano. Y dando a la palabra "boda" el significado de gran fiesta, solía exclamar la buena señora: "Cuando mi hijo entre al Convento, he de hacer una boda. Cuando profese, otra. ¡Y cuando se ordene, me he de vender para hacer una más grande!" Tan convencida estaba del destino de Mamerto.

Una tarde ocurrió un suceso misterioso. Los niños habían regresado del Convento, y la madre los mandó a la huerta a buscar leña. Ocupábanse en esto, junto a un cañaveral, cuando, de pronto, Mamerto y su hermanito rompieron a correr, aterrorizados. Al verles llegar al patio, María de las Nieves les interrogó. Nada habían visto ni oído, pero sentían un pavor inexplicable. La madre dijo, sencillamente: "Mi muerte está cercana". Era, sin embargo, joven —tenía treinta y cuatro años— y no se encontraba enferma. Murió unos días después, a consecuencia de haberse caído del caballo, mientras iba a San José para ver a sus otros hijos. Habíase golpeado en la cabeza y afligídole un espantoso terror por la vida de la hijita que llevara en sus brazos. A la semana justa de estar enferma, llegaron de Catamarca Mamerto y Odorico. Y ese mismo día murió María de las Nieves.

Mamerto debió sentir que el mundo se derrumbaba. Ignoramos sus padecimientos de esas horas, pero sabemos cómo, durante su vida entera, recordó a su madre. Ya estaba resuelto, seguramente, a ser fraile. Sus padres no supusieron jamás que no lo fuese. Para él, su vocación sacerdotal se encadenó desde entonces con el recuerdo de su madre. Ella y el sayal franciscano nunca se separarían en su corazón. Mucho debió sufrir el santito, si bien su fe en Dios atenuaría el padecimiento. Y esta fe del niño llegó a ser útil. Don Santiago se desesperaba de dolor, allá en la Callecita, y Mamerto, ya de vuelta en Catamarca, le escribió consolándolo. No sabemos qué decía esa carta. ¡Ah, don Santiago, por no haberla guardado como un tesoro merece usted el rencor de la Historia! Pero sabemos que las palabras

del santito de nueve años eran tales que aquietaron las angustias del buen hombre.

Unos días después llegó a la ciudad don Santiago. ¿Cómo fue el encuentro entre el padre atribulado y aquella criatura que, a los nueve años, sabía ya tan eficaces palabras de consuelo? Sólo conocemos un acontecimiento y una fecha: la entrada del niño en el Convento, el 31 de mayo de 1836. Don Santiago solicitó del padre Guardián, con profunda emoción, que admitiese a Mamerto en el noviciado. Le habló de la docilidad de su hijito, de su modestia y de la nobleza de sus inclinaciones. Su voz le temblaba y tal cual sollozo interrumpía sus palabras. Entró Mamerto en calidad de aspirante a religioso de coro, o corista; o de "frailito", como se decía. Debió ser honda la impresión del muchachito al ingresar en el Convento. Veintiséis años más tarde escribió, el 31 de octubre, que era el "aniversario de llevar el hábito por vocación". ¡Tenía apenas dos lustros y ya estaba resuelto al sacerdocio!

Mientras tanto, Catamarca se llenaba de relatos de guerra y de sangre. El año en que Mamerto vistió por primera vez el sayalito, pasó por la provincia el general Juan Facundo Quiroga, con tres mil soldados. ¡Terrible prestigio el del Tigre de los Llanos! Años atrás, había dejado en Catamarca fama de bárbaro y de cruel. Las gentes temblaron al saber su vuelta. Las mujeres pedían al cielo que alejara al hombre de quien se decía que era "un azote de Dios".

Dos años después, una partida arrancó de su lecho al gobernador, lo arrastró por las calles y lo llevó a un lugar solitario. En años siguientes, entraron las tropas de Tucumán y vencieron a los catamarqueños; el general Villafañe, al tomar el gobierno, expulsó a sus enemigos e impuso la cinta colorada con el letrero *¡Federación o Muerte!* y fueron sucesivamente depuestos tres gobernadores. Las casas se tiñeron de rojo, y hombres y mujeres debieron llevar sobre sus ropas o sus cabellos la divisa punzó de la Federación.

Estos acontecimientos debieron influir con poder enorme sobre la sensibilidad del niño. No había allí diarios, pero las noticias desparramábanse con rapidez. A aquellos horrores, de los que él era casi testigo, se agregaban los que venían de Buenos Aires y de las otras provincias. Había nacido Esquiú en el año de la Presidencia de Rivadavia, el enemigo de la Iglesia. Después ocurrieron la guerra con el Brasil, la revolución unitaria, el fusilamiento de Dorrego, la campaña de Quiroga en las provincias andinas y en Tucumán. . . ¡Para qué seguir! Muchas páginas serían necesarias sólo para enumerar los combates, los asesinatos, las revoluciones, los fusilamientos que entenebrecieron a la tierra argentina mientras Esquiú se transformaba de niño en adolescente y de adolescente en hombre.

En el año trágico de 1840, Esquiú terminaba sus estudios de Filosofía e iba a comenzar los teológicos. Tenía catorce años, y pronto sería un grave adolescente. Era un santito. Jamás fue necesario reprenderle. Uno de sus condiscípulos, el padre Arcángel Barrionuevo, mirlo blanco que tal vez pensó compadecidamente en los futuros biógrafos de fray Mamerto, ha escrito unas páginas sobre sus años infantiles. "La humildad —dice—, la caridad, la obediencia y la pureza le daban realce, levantándolo en el concepto de sus condiscípulos y en la consideración de sus superiores". ¡Palabras breves y vagas! El bendito padre Barrionuevo perdió la única oportunidad de ser útil al mundo. Su poco arcangélica retórica le impidió referir las cosas realmente interesantes que debió saber: los hechos concretos en la vida cotidiana de Mamerto, las propias palabras del niño excepcional.

¿En qué época de la niñez de Esquiú ocurrió aquella anécdota de las palomitas, digna del Poverello? ¿Tenía diez, doce años? Ignórase. Las leyendas, cuanto más poéticas, son más incompatibles con el afán libresco de las fechas exactas.

Un día, los frailitos jugaban en una pequeña huerta anexa al noviciado. Un frailito tenía un arma de fuego, seguramente una pistola, y quiso matar unas palomitas. Mamerto, acongo-

jado, gritó para que no lo hiciera, al mismo tiempo que se colocaba frente al cazador. Pero ya salía el tiro y hería en el pecho a Mamerto. Exclamaciones de horror. Los padres y los frailitos se precipitaron hacia él, creyéndole herido. Y entonces Mamerto, tranquilamente, se sacudió el sayal y cayeron al suelo las municiones...

CAPÍTULO TERCERO

ADOLESCENCIA

Los quince años de Mamerto asistieron a la más terrible de las tragedias políticas de Catamarca.

Gobernaba José Cubas, y Catamarca había entrado, con las demás provincias del Norte, en una coalición contra don Juan Manuel de Rosas, gobernador de Buenos Aires. La derrota de las tropas adversas a Rosas y la retirada del general La Madrid, dejaron a la ciudad expuesta al ataque del ejército federal, mandado por don Manuel Oribe. El general Oribe destacó hacia Catamarca al coronel Mariano Maza al frente de una columna. Una noche, Maza y sus hombres cayeron sobre la ciudad. Cubas, que se encontraba en un baile, salió a la plaza en donde resistió hasta que pudo huir, con cuarenta de sus oficiales, a la sierra de Ambato. Allí, en un lugar de la Quebrada del Infiernillo, fue sacado de la cama a media noche. El parte oficial de Maza a Oribe decía, con la elocuencia de lo horrible: "La fuerza de Cubas pasaba de seiscientos hombres, y todos han concluído, pues les prometí pasarlos a cuchillo si no se rendían". A Cubas le cortaron la cabeza, así como a su ministro y a su secretario; y las tres fueron exhibidas en la plaza. La cabeza del otro ministro, cortada días antes, fue colocada en el sillón de su despacho. Y diecinueve jefes y oficiales fueron degollados o fusilados. Y mientras tanto, en un pueblito de Tucumán, era capturado, procesado y condenado a muerte el abogado y escritor Marco Avellaneda, de origen catamarqueño y alma de la Coalición del Norte, y su cabeza expuesta en una pica.

Al claustro franciscano llegaban los relatos de estos sucesos, que, salvo el último, ocurrían en la misma ciudad o en las inmediaciones. Los frailes, por aquellos años, no hacían vida de comunidad, lo cual les permitía un estrecho contacto con la población. Probablemente las noticias llegaban al Convento exageradas, si era posible; y es de imaginar cómo las recibiría la sensibilidad de Mamerto y cómo padecería su ternura. Los sufrimientos de la Patria llenaron su alma de aflicción. Conocía bien nuestra dolorosa historia, y su corazón acongojábase ante tanta anarquía y ante tanta sangre derramada. No fue, pues, un recurso de retórica el apóstrofe que iba a pronunciar años más tarde, en el primero de sus célebres sermones. ¿Cómo podía él arrancarse de la memoria la espantosa imagen de la anarquía, cuando allí en la plaza, a dos pasos del Convento, habían sido expuestas las cabezas del gobernador de Catamarca y las de sus ministros? El frailito debió sentir entonces el espanto del mundo y de los hombres. Ante el espectáculo de desolación y de sangre que vieron sus ojos y oyeron sus oídos, las cosas de este mundo debieron presentársele, con luminosa evidencia, como despreciables vanidades.

Mientras tanto, Mamerto estudiaba Teología y Derecho Canónico y era el mejor entre los alumnos. Y por entonces, fue exactamente el 13 de julio de 1841, a los quince años, tomó el hábito de novicio, y uno después hizo profesión solemne, vale decir, perpetua. Profesar significa —digámoslo para quienes lo ignoren— hacer votos de obediencia, de castidad y de pobreza. Con la profesión, Mamerto entraba a ser corista o religioso de coro.

Fuera de sus estudios y de las prácticas devotas, ¿qué hacía Mamerto en el claustro? ¿De qué hablaba con sus compañeros o con los padres? ¿Cómo era su carácter? Los biógrafos de Esquiú, algunos de ellos franciscanos, apenas se han interesado por estas cosas, y los contemporáneos de Mamerto en el Convento no se dignaron, sino por excepción, abrir la boca. Los biógrafos de Esquiú elogian la sabiduría de los frailes de aquel

claustro catamarqueño; pero es el caso que entre los veinte o veintidós benditos, ninguno advirtió que a su lado vivía un ser superior, cuyos menores gestos, actos y palabras interesarían a la posteridad. Y si alguno lo advirtió, nada dijo de concreto y aprovechable. ¿Efecto de la apatía o pachorra provinciana, del escaso dinamismo espiritual del criollo y de su incapacidad imaginativa?

Sólo sabemos una cosa importante: Mamerto era de carácter vehemente. Esta condición se le manifestaba en las disputas con sus compañeros, y cuéntase que, para no pronunciar palabras de que debiese arrepentirse, poníase agua en la boca. Recordemos esto siempre: nos será necesario para comprender a Esquiú. No fue santo por naturaleza, sino que adquirió heroicamente la santidad. Era apasionado; y sin su dominio de sí mismo y su poderosa voluntad de virtud, habría llegado muchas veces a la exaltación y aun al enojo. Y éste fue su mérito más eminente: haber vencido a sus enemigos interiores —¿orgullo, soberbia, vanidad?— y alcanzado, a fuerza de oraciones y de penitencias, no solamente la perfecta virtud, sino también aquella suavidad casi angélica que impresionó a cuantos le conocieron o le oyeron. Sin duda ninguna, aquellas lecturas, desde los seis años de edad, de los *Ejercicios Espirituales*, le enseñaron la técnica del combate interior. Y lo demás lo hicieron la exaltada aspiración a la virtud y el socorro necesario de la Gracia.

También sabemos que tenía el sueño pesado. Rogaba al Hermano encargado de despertar a los novicios mediante un toque de campana, que le quitase la almohada bruscamente, eficaz manera de obligarle a abrir los ojos. ¿Acaso pretendió Satanás sacar partido de la pesadez del sueño de Mamerto? El resultado fue adverso: el esfuerzo por vencer aquella particularidad de su naturaleza, constituyó para Mamerto una fuente de méritos. Contra su energía moral y su vigilancia nada pudieron nunca las maquinaciones del Maligno.

Mientras tanto, Mamerto, que ya tenía dieciocho años, enseñaba a los niños de la Escuela de San Francisco. Les enseñaba

no sólo a leer y a escribir, sino también otros ramos, entre los cuales la Aritmética superior. Uno de sus contemporáneos asegura que el joven corista, "anticipándose a las máximas de la Pedagogía moderna, introdujo varios y nuevos métodos en la enseñanza". Es posible. El santo es un hombre de intuiciones extrañas. ¿Quién enseñó el arte militar a Juana de Arco?

No era menos interesante la obra educacional de Mamerto en cuanto a lo estrictamente moral. Su bondad y su ternura no le llevaban a esa culpable benevolencia que consiste en no ver las faltas o en excusarlas con harta facilidad. Y así, él, que no era cómplice del Demonio, usaba el clásico zurriago para amansar a ciertos caracteres bravíos. Por este medio, por su ejemplo constante y por sus admirables consejos, logró imponer entre sus alumnos una rígida moralidad. No se les oía ni siquiera una palabra mal sonante. El joven maestro castigaba, a veces severamente, aun las faltas cometidas fuera de la escuela. Y no se limitaba a la moralidad y a la disciplina: trataba de establecer entre sus alumnos la más perfecta cortesía, no sólo hacia las personas mayores sino también hacia sus mismos compañeros. Suprimió el tuteo, y, según uno de sus discípulos, solía aconsejarles: "Enseñad, hijos, a ser bien criados ante vuestros mayores, sacándoos el sombrero y dándoles la acera cuando los encontréis en la calle". Por donde se ve cómo el joven corista pretendía, por medio de sus alumnos, inculcar la buena crianza a toda la población.

En 1845, cuando Mamerto tenía diecinueve años, murió don Santiago Esquiú. ¿Fue en la Callecita? ¿Pudo despedirse de su hijo el buen hombre? Nada sabemos. Estamos en la Prehistoria de fray Mamerto. Pero es de presumir el dolor del muchacho, que era todo ternura. Ya veremos de qué modo, años más tarde, recordaba siempre a sus padres.

Por esos mismos días, los superiores le ordenaron presentarse a oposiciones para optar a la cátedra de Filosofía. ¿Acaso tuvieron en cuenta su tristeza por la muerte del padre y confiaban en que el esfuerzo le distraería? Su tesis, escrita en Latín, mereció

el triunfo y Mamerto fue designado Lector de Artes, o sea de Filosofía. El corista se consagró al estudio con pasión, y así se explica cómo, tres años después, teniendo él apenas veintidós, pudiera enseñar Teología.

Ya por entonces Esquiú tenía resuelto subir por la áspera cuesta que conduce a la santidad. En el Convento de Catamarca los padres vivían con cierta independencia unos de otros. No hacían vida de comunidad, y su regla, poco severa, por consiguiente, no era el medio propicio para la vida de oración y de penitencia a que aspiraba Esquiú. Y ocurría lo propio en casi todos los conventos franciscanos de América. Pero había el de Tarija, en Bolivia, de regla estricta y vida de comunidad. Era un Convento de Misioneros, de *Propaganda fidei,* en donde cada uno de los frailes era enviado a pasar entre los indios una parte del año. Allá escribió Mamerto, preguntando si sería admitido. El Convento de Tarija fue su obsesión durante más de quince años. Se acercaba el instante de la ordenación sacerdotal. Mamerto lo esperaba con ansiedad. Y este pensamiento permanente reforzaba su voluntad de virtud.

Una mañana, el corista ayudaba una misa cantada, como subdiácono, en la iglesia del Carmen. Asistían a la función los padres jesuítas Gandasegui y Landa, recién llegados. Don Juan Manuel de Rosas había restablecido a la Compañía de Jesús, y estos hijos de Loyola, lo mismo que otros de la orden, recorrían las provincias, por resolución superior, no sabemos con qué propósito. Uno de esos padres observaba sin cesar al subdiácono, desde un confesonario situado en el coro bajo. No hay para qué decir que este jesuíta, como todos los individuos de su orden, era hombre severo y reservado en sus juicios y estaba habituado a juzgar con exactitud a las gentes. Al salir del confesonario, se dirigió a la madre beata que se encontraba más cerca. Quería saber el nombre del subdiácono. Y cuando se lo dijeron, exclamó, con el acento de la convicción y del vaticinio: "¡Pues ése, va a ser un gran hombre!" Otros cuentan que sus palabras fueron éstas: "¡Ese corista es un santo!"

CAPÍTULO CUARTO

INICIACIÓN SACERDOTAL

Un día de julio de 1848 partían de Catamarca para San Juan, en mula, seis estudiantes franciscanos. El director de la caravana era Mamerto Esquiú, el menor de todos. Cinco años atrás había terminado sus estudios; y desde hacía dos, enseñaba Teología. Iban a San Juan, por estar vacante el obispado de Salta, de cuya diócesis formaba parte Catamarca, para ser ordenados en el sacerdocio. Un biógrafo de Esquiú dice, tal vez con exageración, que Mamerto tenía ya "la gravedad y la discreción de un anciano".

Llevaban por todo capital doce pesos, y el viaje era largo. Pero en todos los lugares del camino les daban alojamiento y comida, sin querer cobrarles. Debió ser penoso el viaje, a través del desierto que abarca gran parte de las provincias de La Rioja y de San Juan. Durante leguas y leguas no se encontraba población ninguna. En los Llanos de La Rioja y en otras regiones faltaba el agua. Es de imaginar que, más de una noche, al recorrer estas "travesías", no tuvieron un lecho en donde dormir. Pero Mamerto soportó con el mejor espíritu estas y otras penurias.

En San Juan de Cuyo la caravana se alojó en el Convento de los Padres Predicadores. Agasajos, presentación al Obispo, ejercicios espirituales de ocho días. Y por fin, las órdenes mayores y menores, hasta el Diaconado. Esquiú y Arcángel Barrionuevo quedaron excluidos del Presbiterado, por falta de edad.

El Obispo había sido irreductible a todas las influencias en favor de estos muchachos.

No sabemos cómo recibió Esquiú este inconveniente. ¡Ese padre Arcángel! Ya que se dignó tocar la chirimía de su pobre literatura, tan distante de la trompeta arcangélica, ¿por qué no habló un poco más de Mamerto? ¿Por qué no sacudió la pachorra provinciana, para ser digno, siquiera por un instante, de su celestial nombre?

Pero no le faltó suerte a Mamerto. Por aquellos días había llegado a Mendoza el Provincial de los franciscanos, que era el padre Wenceslao Achával. Enterado de todo, llamó a los dos coristas eliminados. Mendoza queda a más de treinta leguas de San Juan; pero para las gentes de aquellos años y lugares, era como si quedase a la vuelta. Subían en su mula y la dejaban andar, casi indiferentes a las malas noches, a los soles terribles, a los vientos del desierto y a todas las incomodidades imaginables. Habían nacido con la resignación dentro del cuerpo. Eran sufridos, como buenos criollos y como buenos cristianos.

Dos meses permanecieron Esquiú y Barrionuevo en Mendoza. El padre Achával había sido maestro de Mamerto, que de él recibió el hábito de novicio y ante él había profesado. Achával teníale gran cariño y estima. Puso toda su influencia para con el Obispo de San Juan, y Mamerto y Barrionuevo regresaron para recibir la Orden del Presbiterado.

Por aquellos días ya era realidad el prestigio de Mamerto Esquiú. En Mendoza, los padres franciscanos quisieron oírle predicar sobre San Francisco de Asís, el día del Santo, y lo pidieron con empeño al Provincial, que no accedió.

Señalemos con emoción una fecha: 18 de octubre de 1848. era la fiesta de San Lucas Evangelista. Mamerto Esquiú fue ese día sacerdote. ¡Cómo debió pensar en su madre, que jamás dudara de su vocación y había anunciado aquellas grandes "bodas" para cuando su hijo se ordenara! ¡Cómo debió pensar en su padre, que le llevó al Convento de Catamarca y había pedido con lágrimas que le admitieran! Hasta cumplir los

veintitrés años, Mamerto no podía decir su primera misa, pero ya era sacerdote, ya era un representante, entre los hombres, de Dios y de Cristo.

Recordemos bien aquella fecha. Porque si algún hombre en el mundo fue fundamentalmente sacerdote, ese hombre se llamó Mamerto Esquiú. Fue el perfecto sacerdote, ante Dios, ante los hombres y ante sí mismo. Tuvo en grado eminente todos los dones del sacerdocio: el espíritu cristiano y la virtud; la vocación para el apostolado y el sacrificio; el talento de la palabra que conmueve y convence; el arte difícil del confesor; el amor al prójimo y el sentido, a la vez divino y humano, de la caridad; la ciencia, que da autoridad a la persona y prestigio a la palabra; y una humildad infinita, humildad de santoral, que fue con los años creciendo hasta convertirse de arroyo en río y de río en mar.

Volvió fray Mamerto a Catamarca, en la sola compañía del padre Barrionuevo. Y unos meses después, celebró su primera misa. Tal vez en la vida del sacerdote no haya otro momento de tan gran emoción como el de la primera misa. Mamerto, imaginativo, profundamente religioso, creyente con la admirable "fe del carbonero", espíritu que vivía con intensidad todos los instantes de su existencia, debió estar penetrado hasta lo más hondo de su alma y hasta el menor átomo de su cuerpo, de que en aquel acto sagrado él renovaba la Pasión de Cristo, de que él mismo, milagrosamente, era Jesús Crucificado. La Misa tenía que hacerle comprender y sentir todo cuanto uníale a la Iglesia y lo que él era dentro de ella. El mísero polvo humano se diviniza en este Santo Sacrificio. Mamerto debió agradecer a Dios su primera misa, no sólo con su oración ferviente, sino también con lágrimas.

No pudo tener la dicha de que sus padres asistieran. Habían muerto. Por humildad, quiso él que fuese rezada y, en memoria de sus padres, de difuntos. Concurrieron pocas personas: su abuela, a la que llamaba Madre Señora; una tía y sus hermanos. Y aquella señorita Juliana Vega, ya muy anciana, que aconsejó

a María de las Nieves el casamiento con Santiago Esquiú. A ella indirectamente, debía fray Mamerto Esquiú la vida, y, por esto, tuvo un especial empeño en que ella asistiese a la ceremonia. ¡Cómo debía acordarse Esquiú de su madre mientras decía la misa! En su corazón enorme, traspasado de ternura humana, el culto de la madre había adquirido una hondura de abismo.

Poco después, fray Mamerto comenzó a confesar. Las Letras Patentes del padre Provincial le instituían Confesor y Predicador, y estas facultades fueron confirmadas por el Obispo Diocesano, que las extendió a la absolución de casos reservados y a perpetuidad. Esto demuestra, una vez más, el prestigio de virtud, de recto criterio y de saber, que ya circundaba a fray Mamerto, demasiado joven para que se le otorgase aquella autorización.

Tenía por entonces veintitrés años. Nada conocía de la vida, nada de las maldades ni de los vicios. Desde niño vivía en el Convento, dedicado al estudio. En el confesonario empezó a enterarse de lo que era la humanidad. Es de imaginar cómo le horrorizarían los pecados mortales, a quien jamás incurrió en ninguno. Pero su caridad hacia el pecador era muy honda, y nadie sabía como él las palabras que consuelan y que conducen al Bien. Un santo es un hombre de excepcional y milagrosa intuición. Esquiú poseyó, desde el primer momento, y en el más alto grado, el don de comprender las almas, de confesarlas, y de aquietarlas y de aconsejarlas. Y desde el primer momento, a pesar de la juventud del sacerdote, tuvo su confesonario una vasta clientela. El cumplía su ministerio sólo por obediencia o por caridad. Sentía la responsabilidad enorme del confesor, temía que alguna alma se perdiera por culpa suya, y acercábase temblando al ejercicio del terrible y sublime Sacramento de la Penitencia.

Podía también predicar, pero, en su humildad y en su sentido de las responsabilidades, demoraba el momento de subir al púlpito: esperaba que el deber de obediencia le obligase. Y seguramente que, orador nato y genial como era, sentía agitarse,

en lo profundo de su ser, las ideas y las palabras. El Verbo, enclaustrado en su alma y en su cuerpo, debía luchar, tal vez violentamente, por cobrar vida.

Mientras tanto, seguía enseñando, como Lector de Filosofía. Aparte de sus lecciones conventuales, era profesor en el recién creado Seminario o Colegio Conciliar de Ciencias. Comenzó, por imposición del Superior, dictando Filosofía. Es interesante recordar que, espíritu moderno y renovador, propuso como texto, contra la opinión del Rector y del Consejo, la *Filosofía Elemental*, de Balmes. Se le objetó que la enseñanza debía darse en lengua latina, y el libro de Balmes estaba escrito en español. Esquiú resolvió la dificultad vertiendo al latín, día por día, el texto del filósofo catalán. Ganaba fray Mamerto un pequeño estipendio como profesor en aquel Colegio Seminario, y con él compraba libros para la biblioteca del Convento y socorría a sus hermanas.

Y llegó el instante del primer sermón. Fué en la fiesta de San Francisco de Asís, el 4 de octubre de 1851. Tenía fray Mamerto veinticinco años. Subió al púlpito por orden del Guardián; el tema era el panegírico del Santo de la Umbría.

No tenía por qué temer. Aparte de la experiencia de la cátedra, tan importante para los que hablan en público, Esquiú, siendo corista y mientras estudiaba Literatura y enseñaba Filosofía, había hecho ejercicios de composición de discursos y de sermones, y es tradición en el Convento que algunos padres, conocedores de las facultades literarias del muchacho, le hicieron escribir discursos para ser pronunciados por ellos en fiestas de carácter social, escolar o religioso y aun desde el púlpito. Y a pesar de todo esto, Esquiú temía. Su emoción era enorme. Por primera vez iba a dirigirse a sus hermanos, al pueblo de Cristo. ¡Por primera vez iba a subir a la cátedra del Espíritu Santo!

Fue un triunfo y una revelación. Cuando la función religiosa concluyó, muchos asistentes pasaron a la celda del predicador, para felicitarlo. Como los hombres de representación social, política o intelectual eran, casi todos, terciarios franciscanos,

habían ido a la función solemne en honor del Santo de Asís. Figuras de la política y del clero elogiaban con entusiasmo al predicador novel, al frailecito de veinticinco años que, con aquel sermón florido y rico de imágenes, se manifestara un gran orador. Él recibía los homenajes sin visible vanagloria, aunque era probable que sintiese alguna íntima satisfacción.

Todos se habían retirado. Mamerto iba a cerrar la puerta de su celda para entregarse a la oración, cuando vio a dos pasos a un loco popular, don Atanasio Sáenz. Era muy devoto don Atanasio y asistía a todas las ceremonias religiosas. Había entrado en el Convento como uno de tantos, en el montón, sin ser advertido; pues de lo contrario, y aunque no era peligroso sino pacífico, tal vez lo hubiesen obligado a salir; y se había quedado aparte, disimulándose y esperando su turno. Al ver que nadie podía oírle, se acercó a fray Mamerto, y, sin ningún saludo ni preámbulo, le espetó: "He venido, padre, a decirle que la cátedra del Espíritu Santo no es para esparcir flores sino para enseñar verdades". Y se alejó.

Fray Mamerto intentó detenerlo, pero el loco no quiso oírle. Quedó pensativo el orador. Aquellas palabras de un hombre del pueblo, ignorante y anormal, le impresionaron profundamente. Recordó que los niños y los locos decían las grandes verdades, y más de una vez tuvo la certeza de que la palabra de aquel hombre era una voz enviada por el Cielo, para salvarle de la vanidad y del orgullo.

C A P Í T U L O   Q U I N T O

EL ORADOR DE LA CONSTITUCIÓN

Aquel 9 de julio de 1853, en la plaza de Catamarca, con la lentitud perezosa de la gente criolla, movíase una muchedumbre. Eran los que no cabían en la iglesia Matriz, ya atestada, y los que, por timidez y respeto hacia las personas de alta condición, no se atrevieron a entrar cuando aún había sitio. Esperábase al gobernador de la Provincia y a su comitiva; y buena parte del gentío dirigíase hacia el atrio del templo, para verlos pasar. Entre aquellos hombres y mujeres, muchos vinieron desde las chacras próximas o desde las montañas, para asistir a la función religiosa de la mañana y a las fiestas populares de la tarde. Algunos permanecían junto al burrito que los trajera. Otros, recostados a un naranjo, parecían alelados. Más de uno miraba con asombro indígena, en el centro de la plaza, la Pirámide de ladrillos y adobes que terminaba en una bola. No faltaban los que calzaban ojotas y se cubrían con grandes ponchos a rayas y de violentos colores.

Cumplíanse treinta y siete años de la declaración de la Independencia. Pero algo más ocurría: iba a ser jurada la nueva Constitución de la República, sancionada el 1º de mayo en Santa Fe. Año y medio hacía que cayera Rosas, el 3 de febrero de 1852. En Catamarca, como en todo el país, sintióse alivio. Desgraciadamente, pronto recomenzaron las discordias entre los argentinos. La provincia de Buenos Aires, por ambición de predominio, por disconformidad con la política de Urquiza, el vencedor de Rosas, y por temores de que el caudillo de Entre

Ríos quisiera suplantar a don Juan Manuel, se había separado del resto de la nación, constituyendo un Estado independiente. Las otras trece provincias formaron entonces la Confederación Argentina, y su gobierno instalóse en Paraná, capital de Entre Ríos. La Constitución que había elaborado el Congreso General Constituyente, reunido en Santa Fe, iba a ser jurada por todas las provincias, menos por Buenos Aires.

Catamarca estaba contenta, en aquella áurea mañana de invierno. Un sol lujoso embellecía la pobreza de las tapias y de las casas de adobe, resbalada por los techos de grandes tejas españolas, salpicaba de oro las acequias, cantaba en el arroyuelo de agua viva que atravesaba la plaza. Aquella manaña dichosa no corría el viento atroz que con frecuencia martiriza sus calles. Y hasta dijérase que estaban contentas las montañas que la vigilan y parecen unirse hacia el norte, como dos manos que van poniéndose en posición de plegaria. La sierra de Ancasti, al este, levantaba aun más sus cimas, geométricamente iguales, como friso ciclópeo, coronado de nieve. Al oeste, la sierra de Ambato, de cumbres desparejas, estaba también nevada. Eran altares gigantescos, de blancos manteles, prontos para que oficiara en ellos el propio Dios.

Si parecían contentos los habitantes de la ciudad, también lo estaban los del campo, que veían a Catamarca vestida otra vez de blanco o de celeste —arrancado el traje rojo de la Federación— y observaban en las miradas de sus comprovincianos la esperanza de mejores días. Y todos, gentes de la ciudad o del campo, demostraban su contento sin bullicio, calmosos y silenciosos como eran.

Pero ya sonaba una música de murga: acercábanse las autoridades. Adelante iba el Gobernador, don Pedro José Segura, y a su lado el Ministro general. Seguíalos una breve comitiva de diputados y de empleados. Vestían sus gastadas levitas negras, y en el atrio, al entrar en el desfiladero humano que los esperaba, se quitaron sus sombreros de alta copa. Hubo vítores al mandatario y a la nueva Constitución.

La iglesia desbordaba. Catamarca entera congregábase en el viejo templo. No faltaban ni los unitarios ni los federales. No faltaba tampoco ni una mujer de linaje. Las catamarqueñas —grandes y oscuros ojos, blanco rostro, tipo andaluz— ataviadas con la mantilla y la peineta, observaban a los señores del Gobierno.

Pero el interés de la asistencia no estaba tanto en el tedéum como en el sermón. Muchas personas se preguntaban por qué, para hablar en aquel trascendental momento, habría elegido el Gobierno a un frailecito casi desconocido. Unos contestaban que ya hablara una vez, hacía dos años, con florida elocuencia. Otros aseguraban que en el Convento de San Francisco tenía fama de sabio. Pero no faltaba la objeción de ser un muchacho de veintisiete años, sin bastante prestigio entre la sociedad catamarqueña.

¿Y cómo se desenvolvería el orador? Porque aquella Constitución, que establecía la libertad de cultos, era, por esto sólo, manifiestamente liberal. Creían algunos que un sacerdote no podía elogiarla. Y todos esperaban con curiosidad.

Por fin, se interrumpió la ceremonia religiosa. Calló la música. Hubo algunos susurros. Y todas las miradas asaltaron el púlpito.

El frailecito ya estaba allí. Era alto, de espléndida apostura, de tez morena y grandes ojos castaños. Y bien construido: anchas espaldas, fuerte busto, armoniosa cabeza, brazos y manos de buenas proporciones. Las partes de su rostro eran amplias y abiertas. Grande y simpática la boca, recta la nariz, ancha y llena de inteligencia la frente. Y su voz, poderosa, agradable y suave, cayó sobre la expectativa.

Sus primeras palabras habían sido: *Laetamur de gloria vestra.* Los que sabían latín tradujeron: "Nos alegramos de vuestra gloria". Su prestancia y su voz hicieron propaganda de simpatía para el orador. No obstante, muchos desconfiaban. Sabíase que el propio fray Mamerto excusárase por dos veces, alegando falta de méritos. Y si él mismo lo decía...

Pero ya la voz resonaba en el templo. "El carácter prominente del Universo es revelar su Autor y sus perfecciones. A la primera ojeada se siente la presencia de Dios, cuyos inefables atributos vienen revelándose con más claridad a medida que subimos desde lo bajo hasta lo alto de la escala de los seres, hasta esa substancia que, con el pensamiento y la libertad, resume admirablemente el Universo entero, sus fenómenos y sus leyes". Apenas estas palabras llenaron el templo, y ya todos los concurrentes sentíanse frente a algo grande. No eran las palabras, ni la dignidad y nobleza del gesto, ni el encanto de la voz, ni el fervor sereno y contenido del orador, ni sus ojos, admirables de dulzura. Era la presencia de un alma de elección. La asistencia, dominada por el fraile, escuchábale en éxtasis. A muchas mujeres, y aun a algunos hombres, los ojos se les llenaron de lagrimas.

Y mientras salían las palabras con entonación majestuosa, en vuelo de cóndores, y con algo de profético y de bíblico, los asistentes, al conjuro del orador, pensaban en los tiempos de dolor y de sangre que había pasado la Patria; y comprendían que eran necesarias la paz y la concordia, al amparo de la nueva Constitución. Desde el primer momento de la Revolución de Mayo, la Patria vivió en la anarquía. Revueltas, puebladas guerras civiles, destierros, confiscaciones, fusilamientos, fueron el pan cotidiano para los argentinos. La anarquía trajo el despotismo. Y la voz del sacerdote clamaba, como la de un profeta de la Biblia, dirigiéndose a la anarquía: "¡Monstruo! ¡En vano pretendo arrancarte de mi memoria, en vano quiero reemplazar tu horrible imagen, con la aparición halagüeña de la esperanza! Oigo el gemido de tus víctimas, el humo de la sangre enrojece el horizonte. Veo los niños, los ancianos, las mujeres, caer hacinados con los guerreros bajo tu hacha desoladora, bajo tu espantosa podadera". El templo temblaba. Los corazones elevábanse y se exaltaban. El frailecito habíase agigantado, ante el asombro de sus compatriotas.

Esquiú quedó contento: con sus palabras contribuía a la paz. Escrito el discurso, habíalo juzgado "palabrería indigesta", pero se decidió a pronunciarlo al saber que algunos le criticaban, no comprendiendo cómo Esquiú, después de haber redactado una petición al Congreso para que suprimiese los malos principios del proyecto de Constitución, predicaba ahora en favor de la Constitución, que era el proyecto convertido en ley. Y estaba igualmente contento porque se desempeñó bien. Gracias a una abundante cantidad de chocolate con tres cucharadas de manteca, que tomara previamente, estuvo vigorosa su voz.

Pero cuando, al otro día, le llegó un oficio del Gobernador solicitándole el discurso para mandarlo publicar y adjuntándole veinticinco pesos como honorario, se negó. Al principio corrigió bien su trabajo, lo alargó, lo copió, le puso unas hojas en blanco y las cosió él mismo. Pero acabó por juzgarlo "malo, indigno de la prensa". Ocurriósele que él, "pobre fraile", sacaba la cabeza "entre el lucido cuadro de literatos de frac y levita" y que todos le escupían, le tiraban piedras y que él, avergonzado, se retiraba a la oscuridad de su vida. Después, casi se arrepintió de no haber permitido que se publicara. "Sería tal vez por orgullo —ha escrito—, por no haber salido a la palestra literaria y privádome de esa gloriecilla; pero el motivo que bullía en mí era el haber negado a mi Patria las verdades tan descarnadas que ofrezco en mi discurso".

Ocho meses después, Esquiú habló de nuevo. Ahora, la solemne función religiosa tenía por causa el instalarse las autoridades de la Confederación. Y ahora las gentes acudieron, con el fin principal de oir al fraile. Aunque menos grandioso que el anterior, este discurso produjo igual entusiasmo. El gobierno de la Provincia obtuvo esta vez la autorización de Esquiú, y la imprenta divulgó por toda la República las dos oraciones.

Toda la prensa del país las exaltó. Vélez Sársfield, que después redactaría el Código Civil y sería una gran figura, comparó a fray Mamerto con Bossuet y con Lamennais y escribió: "Cuando en un pueblo aparece un orador de la altura del padre

Esquiú; cuando él es comprendido y se sabe valorar su mérito, ese pueblo es un pueblo civilizado, aunque sus casas sean chozas". Y el crítico Navarro Viola le comparó con Bossuet y con Massillon. Pero nada tan interesante como lo ocurrido en la capital de la Confederación. Cuando llegaron los discursos a la Casa de Gobierno, un alto empleado púsose a leerlos en tono de zumba. Pero, en seguida, él y sus oyentes se asombraron. El lector cambió de tono, y, al concluir, precipitóse al despacho del doctor Del Carril, por esos días en ejercicio de la Presidencia. Salvador María del Carril, hombre de talento y saber, los leyó y exclamó: "Efectivamente, esto es una maravilla, un portento admirable. Haga que se publiquen en el acto". Y días después salía un decreto, único, por su carácter, en nuestro país. En los considerandos, declarábase que las dos oraciones estaban "marcadas por la majestad del lenguaje y la gravedad del pensamiento de Bossuet, y la filosofía y los encantos oratorios de Lacordaire". Agregábase que el orador de la Constitución había "bebido abundantemente, en la santidad de las Escrituras y en el estudio profundo de la Historia, el conocimiento de los destinos de la humanidad y de los arcanos sociales", y que sus revelaciones habían "sido puestas al servicio de la organización nacional, con felicidad y acierto". En el decreto mismo, se ordenaba la impresión de los discursos, se pedía al Gobierno de Catamarca una noticia biográfica de Esquiú y se le felicitaba "por el venero de purísimo oro, descubierto en la potente inteligencia de un miembro ignorado del humilde claustro de San Francisco en aquella provincia".

¿Qué valor real tienen estos elogios, sospechosos de tropicalismo?

Esquiú no escribía bien. Sus frases, a veces, no se entienden y son intrincadas e inacabables. Faltábale a Esquiú buen gusto y precisión y la línea de su frase está a veces desprovista de claridad y de elegancia. Tenía, en cambio, fray Mamerto el sentido de la composición. Alrededor de un argumento central, eslabonaba y agrupaba hábilmente las ideas. Las partes del dis-

curso quedaban siempre bien trabadas, y la eficacia de su argumentación es indudable.

Puede afirmarse que había en Esquiú un filósofo político. En él, política y religión van unidas. Sus sermones contienen una interpretación de nuestra historia: La Independencia nos libertó del despotismo de España, pero engendró entre nosotros la desunión y la anarquía. La libertad fue nuestro ídolo, pero "la libertad sola, la independencia pura, no ofrecían más que choque, disolución, nada". No tuvimos leyes, ni gobiernos estables, porque el Derecho Público sancionó la revolución. La causa de nuestros males fue el espíritu de impiedad y de rebelión, aprendido de la Revolución Francesa por nuestros próceres. Pero la Patria necesitaba paz, porque la anarquía engendra todos los males, incluso el vicio y la irreligión; y por eso, prefiriendo el mal menor, Esquiú aceptaba la constitución del 53, aunque contuviese algunos principios liberales*.

Pero la grandeza y la belleza de los sermones de Esquiú

* Se ha escrito mucho sobre el liberalismo político de Esquiú en estos últimos tiempos. Hay que insistir en que nada de eso hubo. En el discurso del 27 de octubre de 1861, pronunciado en Catamarca, dijo: "¿Qué libertad es, pues, la que se busca, si tenemos la licencia de todos los cultos los que sólo somos católicos; si tenemos libertad de toda enseñanza los que carecemos de bastantes escuelas primarias; si tenemos libertad de asociaciones secretas los que no podemos recibir a comunidades religiosas sin permiso de la autoridad y que no hemos hecho todavía la unión nacional?" El doctor Alberto Caturelli, que ha estudiado a fondo las ideas filosóficas, teológicas y políticas de fray Mamerto en su erudito libro *El pensamiento de Mamerto Esquiú,* escribe, a propósito de los equivocados comentarios sobre el sermón de la Constitución: "...se ha cometido casi siempre, el grueso error de considerar a fray Mamerto como poseedor de una *profunda vocación política,* según dice cierto ignorante y malintencionado autor, en un libro sobre *sacerdote liberales:* Esquiú poseyó una sola vocación, el sacerdocio; y por ser el argentino que más cerca ha estado del *alter Christus,* todas sus afirmaciones sobre política deben ser vistas *sub specie æternitatis*". Y más adelante, en el mismo libro: "El Padre Mamerto Esquiú bien sabía que era una Constitución heterodoxa: pero las circunstancias históricas lo impulsaron a aceptarla y a pedir la sumisión de todos, porque era necesario escoger entre anarquía u organización. Entre dos males, la guerra civil y la constitución liberal, eligió, como era natural y cristiano, el mal menor".

residen, más que en las ideas, en la originalidad, fuerza y lirismo de ciertas expresiones. Era un inspirado. Su oratoria tiene el valor de una cosa viva, profunda y grande; con grandeza no literaria, precisamente, sino moral y humana. No es retórica, sino verdad y emoción, expresadas con magníficas frases aquilinas. Tiene algo de los profetas de la Biblia y todo lo trata en gran estilo, en un plano trascendental, en el que actúan los mundos, las montañas, las sociedades. Cuando evoca nuestra anarquía dice: "¡Mi memoria me recuerda una ciudad sombría, sobre cuyas ruinas emitía un profeta sus trenos lúgubres!" La sucesión en nuestra Patria de tantos sistemas de gobierno hasta terminar en lo que el considera como tiranía, le hace proferir: "Sobre estas quimeras con melena de león y fuerza de insecto, se precipita una fiera y nos recoge a todos bajo sus garras. . ." Y la esperanza de la paz se manifiesta en su verbo con estas palabras de sabor bíblico: "¡Noble Patria! ¡Cuarenta y tres años has gemido en el destierro! ¡Medio siglo te ha dominado tu eterno enemigo en sus dos fases de anarquía y despotismo! ¡Qué de ruinas, qué de escombros ocupan tu sagrado suelo! Todos tus hijos te consagramos nuestros sudores, y nuestras manos no descansarán hasta que te veamos en posesión de tus derechos, rebosando orden, vida y prosperidad. Regaremos, cultivaremos, el árbol sagrado hasta su entero desarrollo; y entonces, sentados a su sombra, comeremos sus frutos".

La gloria había llegado para fray Mamerto. Pero él no la quería. Más aún: sólo pensaba en huirle. Un año antes, casi en vísperas del sermón del 9 de Julio, había escrito a un sacerdote amigo: ". . .he pensado en Tarija, y quizá cuando usted reciba ésta, su pobre amigo no vea ya este suelo querido de su nacimiento, ni el cementerio que guarda los huesos de mis padres, ni a mis pobres hermanas, ni a mis numerosos bienhechores, ni tantos otros objetos de mi respetuoso amor". Y seis meses después del decreto que le glorificara, escribía a su hermano, que ahora vivía en Salta, estas palabras impresionantes: "Mi resolución es ésta: si mi madre y mis queridísimos hermanos estuvie-

ran a mi lado, interpelaran mi presencia con las lágrimas y con todo el poder del amor más fuerte, y la Religión me señalara con el dedo el cabo del mundo, ¡adiós prendas queridas! les dijera, tomad en prenda este mi corazón, me lo entregaréis en el Cielo; y partiría silencioso al punto más ignorado de la tierra. Tal es mi voto y aun la gran necesidad de la vida religiosa. Catamarca es una miseria, un lugar de silencio eterno; pero aun siento la necesidad de mayor lobreguez y desolación".

Mientras tanto, el Gobierno de la Provincia, deseoso de contestar con exactitud al de la Confederación, pidió los datos biográficos de Esquiú a dos franciscanos respetables: los padres Achával y Pesado. En la breve página que escribieron, aseguraban que Esquiú era un apóstol en el ejercicio de la Confesión, "e infatigable en la asistencia a los enfermos". Con la precisa frase de San Pablo afirmaban: "Se hace todo para todos", significando que se daba íntegramente a los demás. Les daba su tiempo, su caridad, su inteligencia, sus palabras de consuelo, sus servicios materiales. Tenía veintiocho años, y deseaba, "positivamente", vivir "desconocido e ignorado".

CAPÍTULO SEXTO

LA GLORIA Y EL MUNDO

El frailecito de Catamarca, hasta ayer ignorado, "el orador de la Constitución", como se lo llamaba desde un extremo a otro de la República, había alcanzado, de golpe, la celebridad. Era tan famoso como cualquiera de las grandes figuras de la política. Considerábasele el primer orador sagrado del país y aun de América, y hasta poníasele por encima de los más notables oradores civiles de la República. Era, además, "el fraile patriota", que condenara a la dominación española; y, para algunos ignorantes o malintencionados, "el fraile liberal", enemigo de todos los reyes y partidario de una Constitución que establecía la libertad de cultos. Creíase que el acatamiento y la simpatía generales hacia la Constitución eran, en buena parte, obra suya, pues él había dado los mejores argumentos en su favor.

En aquellos tiempos, y aun hasta hace poco, la gloria del orador era, en nuestro país, la más encumbrada entre todas. Las gentes suponían en el orador, sobre todo si improvisaba, todos los talentos imaginables. Hay algo de primitivo en este culto de un género secundario como es la oratoria: amor al oropel, a la palabra que brilla y que deslumbra. En los pueblos de alta cultura, el talento de la palabra hablada tiene escasa importancia. Entre nosotros y con preferencia a otros talentos, lleva a las más altas posiciones. Durante años, los grandes argentinos fueron, para el pueblo, los grandes oradores. Aun dentro de la literatura, daba más prestigio la palabra hablada, aunque se la

llevase el viento, que la palabra escrita, aunque se tratase de una obra permanente. Nicolás Avellaneda, Pedro Goyena y José Manuel Estrada, excelentes oradores, tuvieron mucho más renombre literario que José Hernández, el autor del *Martín Fierro,* el libro más viviente y genial y el de valor más perenne en nuestra literatura.

La fama de Esquiú se manifestaba de múltiples maneras y no se concretaba a su oratoria. Desde 1854 hasta 1862, en que huyó a Tarija, los gobiernos y las instituciones le honraron sin cesar. Fue elegido vicepresidente de la Convención de 1855, que debía dar una Constitución a la Provincia; la Cámara de Diputados de Catamarca le concedió una subvención para ir a Europa, que él rechazó; el Senado de la Nación le incluyó en alguna terna para tal cual obispado vacante; en 1857, a pesar de no pertenecer a ningún partido político, se le eligió diputado provincial, cargo que renunció dos años después; y durante tres períodos formó parte del Consejo de Gobierno, que fuera creado por la Constitución. Además de estos honores de carácter político, de todas partes se le invitaba a predicar; y en 1860 el recién nombrado obispo de Paraná, que era catamarqueño, le llevó allí como secretario.

En esta época cultivó Esquiú el periodismo. En 1856 había llegado a Catamarca la primera imprenta, y en seguida sus matrices vírgenes dieron vida al periodiquito *El Ambato.* Era un sietemesimo, un pobre parto de los montes catamarqueños. Fray Mamerto publicó allí varios artículos, algunos de carácter satírico y moralizador, a los que llamaba "revistas". Digamos, de una vez, que la literatura periodística de Esquiú es detestable. Como el albatros, fray Mamerto era grande en las alturas, pero no sabía moverse en las tierras bajas. Las prosas de *El Ambato,* largas, un tanto chabacanas, sin accidentes en donde descansar los ojos y el espíritu, son hoy absolutamente ilegibles. Nada atrae en aquellas páginas compactas e interminables. Hay ausencia de buen gusto, de sobriedad, de claridad, y, sobre todo, de sentido periodístico, en los artículos de *El Am-*

bato. En Catamarca, no obstante, parece que eran comentados. Representaban una novedad en la vida monótona de la aldea. Y las intenciones de Esquiú eran excelentes y aun santas, y aquí y allí saltaba, como por casualidad, algún acierto en la crítica de costumbres o alguna gracia en la expresión.

Pero en medio de los afanes —no muchos ni agobiadores— de esta vida exterior, fray Mamerto no dejó de ser nunca un hombre de oración y de caridad. Si ejerció cargos públicos, como los de constituyente y diputado, no fue por vanidad ni ambición, sino por hacer bien a su provincia, a la que amaba apasionadamente. Para él, que aspiraba a las soledades de Tarija y pensaba con angustia en la salvación de su alma, el ser diputado, constituyente o consejero de gobierno debía equivaler a un castigo. Pero el sacrificio se compensaba con la certeza de que procuraba el bien de su provincia; y esto tal vez le hiciera feliz.

En 1855 había muerto su abuela materna, la Madre Señora. El hondo sentido familiar de Esquiú es raro en los religiosos, ya que el claustro y las preocupaciones espirituales suelen ocasionar algún despego de los afectos humanos. El día que murió la Madre Señora, Esquiú comentó su muerte y las de sus padres con estas palabras, escritas al margen de una página de un libro: "Seis hermanos han perdido de vista a todos sus mayores, y caminarán sin cesar a abrazarse con ellos en la eternidad. Estas tres muertes hacen tres décadas desde mi nacimiento".

Mientras tanto, otra fama crecía alrededor de Esquiú: la de su santidad. Jamás habíase admirado en las provincias del Norte, ni aun en toda la tierra argentina, un hombre de tanta virtud. Si su bondad sobrepasaba todo límite imaginable, no eran menores su caridad, su abnegación y su humildad. Su humildad, principalmente, asombraba a las poblaciones. ¿No se le vio en Tucumán, en el púlpito, a él, tan bien educado y distinguido, secarse con la manga el sudor de la frente, a pesar de que una señora, creyendo que le faltara un pañuelo, acababa de enviarle uno? Él quería humillarse, hacerse despreciar por

aquella sociedad tucumana que le recibiera con extraordinarios agasajos.

Fray Mamerto era el mejor acompañante para los enfermos, y el más comprensivo y paciente de los confesores. Si había que oir los pecados de algún condenado a muerte por la justicia, lo que ocurría con frecuencia, Esquiú era el sacerdote indicado. Y no solamente cumplía su ministerio con su infinita caridad y con la bondad y dulzura habituales en él, sino que, terminada la ejecución, hablaba a los asistentes, entre los cuales era infalible que abundasen los muchachones. Les hablaba con el mismo espíritu de ardiente caridad con que consolara al ajusticiado. Se conserva uno de estos discursos, pronunciado en 1857, con motivo de la ejecución del reo Castro: página desbordante de amor a los hombres, profunda de ideas, estremecida de dolor. "Enviado de Jesucristo —dijo— en este lugar espantoso, como en presencia de los altares de mi consuelo y amor, no debo inspirarme de la inexorable justicia humana, ni de vuestro horror y abominación al suicida * y parricida que ha expiado sus crímenes en este patíbulo. Lejos de ensangrentar con mis palabras la memoria de este desgraciado, y consumar así la obra del verdugo, yo no debo acordarme de los delitos que Dios ha olvidado; esa sangre no me es abominable, porque un divino ajusticiado también empapó la tierra con su inocentísima sangre, en medio de las maldiciones de un populacho; ministro de Jesucrito, cuando hable de ese hermano, víctima de la justicia humana, sólo me acordaré *que la gracia reina en él para la vida eterna;* hablando a vosotros, que, o tenéis, o podéis tener el pecado, hablando a vosotros, os diré: el pecado reina para la muerte".

Entre estos casos de asistencia a los ajusticiados, ninguno más curioso que el de Desiderio Páez, bebedor sempiterno y cantor, que asesinara a un hombre en una pulpería. Fray Ma-

* Palabras textuales. ¿Acaso el sujeto intentó suicidarse, fracasando, después de cometido el crimen? ¿O se refiere Esquiú a la muerte de la propia alma, que significa un delito tan grave?

merto lo confesó. ¿Qué le dijo el franciscano para provocar tan profundo arrepentimiento como el que reveló Desiderio? Al encontrarse el criminal en el banquillo, con los ojos vendados, preguntáronle si deseaba algo. Pidió una guitarra, se la trajeron —el último deseo del que iba a morir era sagrado— y, ante el público de hombres, de mujeres y de muchachos, improvisó once cuartetas que el pueblo todavía recuerda. Después de hablar de su desgracia y de la sentencia, dijo:

Al otro día de mañana,
Antes que saliera el sol,
El padre Esquiú se presenta:
Él era mi confesor.

Acúsate, hijo querido,
Que en seguida mueres vos:
Prepárate a bien morir
Y encomienda tu alma a Dios.

El cantor recordó cuando lo sacaron de la prisión, el ¡adiós! a sus amigos y a sus hermanos y su pedido de que no le olvidaran. En el otro mundo, él había de rogar por todos. Después, el banquillo y la despedida. "¡Adiós, desdichas del mundo!" Y terminó, con la voz temblorosa de llanto:

¡Adiós, mundo engañador
Que me has estado agobiando,
Pasando tan mala vida
Y en malas cosas pensando!

¡Adiós, Catamarca hermosa!
¡Adiós, iglesia Matriz!
¡Adiós, Virgen Soberana!
Yo me despido de Ti.

Esta despedida de la Virgen del Valle enterneció a la concurrencia. Todos lloraban. La ejecución —¿acaso por pedido de Esquiú?— se suspendió. Días después se le conmutó la pena a Desiderio Páez, y años mas tarde recuperó su libertad.

Tenía fray Mamerto poco más de treinta años y su autoridad moral era ya la de un patriarca. O la de un santo. Algunos litigantes le pedían que resolviera sus cuestiones, y Esquiú, que había estudiado jurisprudencia, fallaba. Y nunca las sentencias de este juez gratuito y perfecto fueron desconocidas o criticadas por las partes.

A fines del 59, Esquiú tuvo una gran desilusión. Era diputado, y se consideraba en la Legislatura el proyecto de nacionalización del Colegio de la Merced, para convertirlo en Colegio Nacional. Esquiú enseñaba allí y amaba ese instituto, que era un Seminario. Parece que el propio Obispo Diocesano había consentido. Fray Mamerto se opuso al proyecto en la Legislatura y en *El Ambato* y terminó renunciando a la diputación. Y para su renuncia dio esta causa, que revela su enorme patriotismo: "...sufro mucho desempeñando este cargo".

¿Influyó este desencanto para que aceptase ir a Paraná, como secretario del Obispo? Ocho meses estuvo en Paraná, desde abril hasta noviembre de 1860. Allí debió conocer a los hombres del gobierno de la Confederación, que tan excepcionalmente le honraran seis años atrás. Apenas instalado en aquella ciudad Esquiú, descendió de la Presidencia el general Justo José de Urquiza, el vencedor de Rosas. Cinco meses antes de la llegada de Esquiú a Paraná, Urquiza había derrotado a las tropas de Buenos Aires —en reciente guerra entre esta provincia y la Confederación—, en los campos de Cepeda. Aquel año de 1860 parecía que la unión entre los pueblos argentinos era indudable. Buenos Aires iba a aceptar la Constitución. Hubo fiestas y Tedéum. Pero el siguiente año, varios motivos, principalmente el de la revolución de San Juan, trajeron otra vez la guerra.

Esquiú estaba en Catamarca cuando el ejército de Buenos Aires, a las órdenes del general don Bartolomé Mitre, vencía

al de la Confederación, mandado por Urquiza, en Pavón, el 17 de setiembre de 1861. En aquellos mismos días, Catamarca, por razones que aquí no interesan, entraba en guerra contra Tucumán y Santiago. Y entonces, con motivo de unas preces por la paz, Esquiú pronunció en la Matriz un magnífico discurso. "Las calamidades públicas son grandes voces con que el Señor nos llama al arrepentimiento, y al mismo tiempo una amenaza de exterminio si despreciamos ese último recurso de su bondad". Consideraba la guerra, "como el azote de los réprobos, porque en la guerra medran todos los vicios y desaparecen todas las virtudes". Era espantosa la situación del país. "Nuestro campos humean de sangre de hermanos, millares de inocentes perecen, nuestras fuerzas se consumen en lucha fratricidad; y después de tanta ruina y desolación, todavía se pide más guerra y más sangre. Los combatientes casi exánimes piden más sangre. Sangre pide el ciudadano que tiene hijos, el mozo imberbe pide sangre y hasta la mujer cristiana a quien el Señor dio en herencia el amor, la ternura y la compasión, hasta ella pide sangre con sus palabras de discordia y rebelión. ¡Gran Dios, yo no veo sino sangre, no oigo sino gritos de sangre, que sólo interrumpen algunas horas de baile y de orgía, cual risotada de precitos!" Y en ese mismo mes, Esquiú escribió: "Es horrible, es pavoroso este aspecto de nuestra lúgubre situación. En medio del desquicio general que sacude a la República con una prolongación más desastrosa que el terremoto de Mendoza en marzo, y con más rapidez que los devastadores incendios de la campaña de Tucumán, en junio; en medio de pasiones que, por un capricho, por una ligereza bastan a producir hechos espantosos: El Pocito, El Manantial, Pavón; regada la República con sangre y divisando siempre horizontes de sangre, ¡oh! en medio de este infierno de males, ¿qué se hace, cómo se trabaja para atraer la paz, para que nuestra Carta nos dé la felicidad que hemos perdido?"

Estas visiones lúgubres afirmaron en fray Mamerto el propósito de desterrarse a Tarija. Debía sentir como propio el

fracaso de la Constitución, a la que él saludara ocho años atrás. La misma Confederación se derrumbaba. Esquiú había publicado en *El Ambato* este epitafio: "Aquí yace la Confederación Argentina. Murió en edad temprana, a manos de la traición, de la mentira y del miedo. Que la tierra porteña le sea leve. Una lágrima y un silencio de muerte le consagra un hijo suyo".

Quería también ir a Tarija para poder estudiar en la soledad de aquel claustro. En 1853 le escribía a un sacerdote amigo: "... es esto lo que busco en la renuncia de mi Patria, donde ya desespero de tener orden y tiempo para estudiar, mientras que la vida vuela y la eternidad se acerca". Y a poco de llegar a Tarija encabezó su *Diario de Recuerdos y Memorias* con unas trágicas palabras, entre las cuales se leen éstas: "¡Paso ya de los treinta y seis años y me hallo aun por comenzar la carrera de la virtud y de la ciencia!"

Ya no pensaba sino en el Convento de Tarija, al cual, en setiembre, su Superior le declarara incorporado. El camino estaba libre. Unos meses antes, se había presentado un obstáculo: el Capítulo de la Orden le había designado para ocupar varios cargos en el Convento de Buenos Aires. Pero el pueblo de Catamarca se opuso a su partida. En una petición al Gobernador, decía: "...Catamarca, privada de la residencia del padre fray Mamerto Esquiú, pierde un bien incomparable, y que será muy justo título para llamarse viuda". Su partida habría originado una pueblada.

Por fin, después de haber desempeñado una misión de paz, por medio del Gobierno, ante las autoridades de Santiago, llegó para Esquiú el momento de abandonar la Patria.

Fue el 9 de febrero de 1862. Salió del Convento con el alba, para escapar al afecto del pueblo, que le hubiera impedido partir: dos días antes habíanse realizado diversas gestiones ante el Gobierno para que el padre no saliese de Catamarca. Iba hacia las Juntas; y de allí se dirigió a San José. No quería partir para siempre sin despedirse de sus hermanas, sin pasar unos días en

aquel hogar de la Callecita, al que tanto amaba. Debieron ser días de la más honda emoción para fray Mamerto.

Iba a partir para siempre, y esta partida era el final de la primera jornada del doloroso drama interior. Nadie como él amaba a su casa paterna y a sus hermanos. Pero emprendía el viaje considerándolo necesario a su salvación y en la certeza de que cumplía la voluntad de Dios. "A este fin tan grande como la Eternidad —escribía poco después— he sacrificado las afecciones de mi suelo natal, el amor de unas hermanas que he amado como hijas, mi intenso deseo de hacer manifiesta mi gratitud a mis bienhechores: sufro y he sufrido mucho al dejar el cementerio donde se encierran las cenizas de mis padres".

Y una mañanita de marzo —era el día 18— despedido por el llanto de las hermanas y de algunos vecinos, por el adiós melancólico del viejo algarrobo tutelar y de todas las cosas del humilde hogar de la Callecita, ante la impavidez de las montañas, el padre Esquiú, acompañado de un peón, partía a caballo hacia la lejana Tarija, en un viaje de más de ciento cincuenta leguas, para vivir en el viejo Convento de la ciudad boliviana la existencia ascética del cenobita y del misionero civilizador de los indígenas.

CAPÍTULO SÉPTIMO

PUERTO DE SALUD

Dos meses menos dos días eran transcurridos, cuando fray Mamerto, a las tres y media de la tarde, llegó a Tarija. Había pasado por Tucumán, por Salta y por Jujuy y había recorrido, en toda su longitud, la Quebrada de Humahuaca. Su alma, en permanente mundo de eternidad, debió haberse exaltado ante el espectáculo de la Quebrada, que aun a los hombres vulgares nos impresiona y sacude. Aquellas montañas gigantescas que encajonan el valle, y en las que no crece un arbusto, nos hablan violentamente de la desolación de la vida, de ascetismo, de la terrible realidad de la muerte, de la inmensidad de Dios.

Todo no había sido cabalgar. Habíase detenido en Salta veinte días y dos en Jujuy. Durante el viaje había cumplido treinta y seis años.

El convento de Tarija era de muros de barro y de aspecto triste. Esquiú entró allí como uno de tantos. Salvo el Guardián, nadie sabía quién era el nuevo cenobita. Viviase en los trabajos y en la oración, sometidos los frailes al silencio que imponía la regla. De cuando en cuando alguno de ellos, por orden superior, partía en viaje para evangelizar a los indígenas.

Fray Mamerto había ido a sepultarse en aquella tumba, huyendo del espectáculo espantoso de la Patria. Pero sobre todo, había ido huyendo de sí mismo. El Convento de Misioneros era para él un "puerto de salud". Apenas llegó, hizo confesión general. Una nueva vida comenzaba.

Creía que el recluirse allí le era necesario para la salvación de su alma. "Debo mucho a mi pueblo y conozco que debía pagarle sus finezas, consagrándome a hacerle bien; pero conozco igualmente que por ahora no puedo volver a él y salvar mi alma". En la Patria le acosaban dos peligros: las tentaciones de la vanidad y los afectos humanos, que le alejaban de Dios y podrían llevarle, por los caminos de la tibieza, a la condenación eterna. En Tarija comenzó a escribir su *Diario de Recuerdos,* extenso y admirable documento, tan descuidadamente escrito como profundo de ideas, de tristezas y de revelaciones íntimas. En este diario, que escribía sólo para sí, anotaba sus inquietudes y padecimientos, los pormenores minuciosos de su largo y doloroso drama.

A cada paso recordaba sus afectos familiares y amistosos, "lo que más amo en este mundo". Una vez observaba "el espíritu mundano" que lo agitaba con vehementes deseos de ver a sus hermanos y volver al suelo natal, y las tristezas de pensar que eso no sucedería en toda su vida, siempre que así lo quisiese Dios. Y se preguntaba: "¿Deseo volver a mi país, ver a mis hermanos y a tantos bienhechores que allí tuve, *in vanun,* por el solo gusto de verlos o para hacer algún bien entre ellos?" Contestóse que los treinta años que pasara cerca de su familia estaban llenos de recuerdos amarguísimos: por el mal que hiciera y por los muchos bienes que dejara de hacer. Y en un momento de tremenda desolación, agregaba: "Vacía como era mi vida del bien verdadero, en mis relaciones de familia, de amistad, de todo vínculo humano, he gustado siempre amarguras, a pesar de que mis hermanos y relaciones eran excelentes; sucedía que buscando a las criaturas por el gusto de tratarlas, se halla el vacío, la vanidad, y, por consiguiente, la tristeza y el desabrimiento deben ser el fruto de esa vida vana: ¡lo he probado con demasiada verdad!"

Estas palabras, como otras muchas de Esquiú, serían pesimistas si no se tratase de quien vivía permanentemente en

Dios. Esquiú no era alegre como San Francisco, aunque tenía, en su conversación, una cierta gracia criolla y distinguida.

Quería cortar sus relaciones con el mundo, incluso con los seres queridos, porque desconfiaba de su corazón, demasiado sensible. Deseaba el aislamiento; y sin embargo, no pudiendo vivir ausente de afectos, exclamaba: "¡No he tenido ni un mensaje de mis hermanas de Catamarca!". Su ternura no le permitía el intento de cortar toda vinculación con el mundo. Quería escribir a sus hermanos, y se reprochaba su silencio. "Odorico, el único en este mundo, que comprende mi dolor. Es el hermano más tierno, el mejor amigo, el bienhechor más generoso. ¿Por qué, pues, no le escribo, conociendo que él padece con mi silencio, y aun así no se cansa de amarme y ser tan bueno conmigo? ¿Es que hay en el dolor una secreta inclinación a hacer padecer a otros? Soy el verdugo de mí mismo, que, sin quererlo, expío por mi propia mano, y, sin que lo pretenda, mis culpas". Sufría, pues, verdaderamente, por lo que él mismo se imponía y que consideraba necesario a su salvación. Otra vez, a los cuatro meses de estar en Tarija, le llegó carta de Odorico. Y sin abrirla, escribió: "Si este mi bienhechor, mi mejor amigo, mi excelente hermano, no me hubiera escrito, me era más fácil mantener mi triste silencio; pero repitiéndome su reclamo, como creo que hará en ésta, del cabal derecho que tiene a mis palabras, ¿qué haré yo?". Pidió inspiración a la Virgen y cuatro días después, al abrir la carta, encontró en ella, junto con la de Odorico, otras de sus hermanas. "Con la lectura, mis ojos se llenaron de lágrimas. ¿Las contestaré? En este correo, no. ¿Después? Lo pensaré". Durante los dos años de Tarija, su corazón deshojó sin cesar esta dolorosa margarita. Una vez recibió dos renglones de su hermano y creyó que se trataba de una despedida; y unas semanas antes, al no tener carta suya, razonaba así: "Esto me hace sufrir, pero me conviene. ¿Cómo podría sobrellevar la interminable ausencia de mi país, sosteniendo relaciones que avivan su memoria? ¡Ay, el cáustico duele, pero purga los malos rumores!" No se conside-

raba digno de sus hermanos, "finos y muy amorosos, de corazón noble y tierno". Y padeciendo por su ausencia, llegó hasta volverse llorón. No lo había sido desde su infancia, y una vez, necesitando desahogarse, le habló de esto a un lego compatriota, que le contestó: "¡Oh, eso se echa, como los malos pensamientos!"

Pero Esquiú no sólo padecía por la ausencia de sus hermanos sino también por estar lejos de la Patria. "Este amor a mi país que es hasta ahora mi mayor tormento". Más adelante la llamará "mi cruel Patria", aunque no dejará de amarla. "Mi gran dolor, que apenas va remitiendo, —escribió en una carta— ha sido por mi pueblo y familia". En una ocasión, como no recibiera cartas de su provincia, escribió estas palabras henchidas de amargura y dolor: "¡Catamarca guarda conmigo un silencio de muerte!"

Estaba descontento de su vida anterior. "¡La soledad de mi vida me hace ver en mi pasado sólo remordimientos y en lo porvenir sólo terrores!" No había incurrido en pecado mortal, ni incurriría nunca. "Dios me conceda aborrecer este mal con todo mi corazón y me envíe la muerte antes de cometerlo". Pero juzgábase bajo las garras del orgullo, y sabía que esta pasión lleva a todos los abismos. Veía el orgullo en su Diario, en la forma de retratar su "abominable yo" y en el esmero con que, a su juicio, expresaba sus "menguados pensamientos".

Es claro que Esquiú no nació con la perfecta humildad franciscana, que logró a fuerza de humillarse y vencerse. Pero estaba harto lejos del hombre de orgullo que él se consideraba. El orgullo es uno de los *leit-motivs* de su Diario. Y sin embargo, nadie se trató a sí mismo con mayor dureza. En los dos años de Tarija, solamente una vez reconoció tener méritos naturales, recibidos de la Divina Bondad, y de los cuales —afirmaba— habíase hecho indigno. Despreciose hasta llamarse "miserable reptil" y a hablar de su "constante imbecilidad". Como todos los santos, considerábase un gran pecador. "Yo no alabara a Dios como debo, si no confesara que su Misericordia me ha

hecho manifiesta violencia en los caminos de mi perdición por donde he corrido, y estaría aún corriendo si Dios no me hubiera arrancado de ellos, tomándome del brazo y empujándome por fuerza en las vías de salud". Se llamó "ingrato, traidor y ladrón" que se había levantado con los dones que Dios le otorgara, desconociéndole y negándole la gloria y confesión de alabanza que merece. Juzgaba su vida de caridad y de pureza como "horrible madeja de pecados, de disipación y de continuas traiciones al Señor". Su vida se había disipado en "fruslerías y en variedad de ocupaciones" que le impedían el recogimiento. En su enorme corazón no encontraba sino vacío y lobreguez. Y al establecer los grados de dignidad según Santo Tomás, escribía: "...en toda mi vida no he salido de este último grado, abismo espantoso de malicia y de crueldad contra mí mismo".

Y si así se juzgaba en lo moral, no mejor se veía intelectualmente. "¿Cuál es mi ciencia, cuál mi caridad, las virtudes divinas que se requieren en el que ha de sembrar la palabra de Dios en los corazones de los fieles?". El "orador de la Constitución" no hallaba en él, como predicador, ni la instrucción suficiente, ni la práctica de las virtudes evangélicas, ni los frutos del Espíritu Santo; por lo cual "no podría hablar de las postrimerías y de la eternidad sino de un modo seco, puramente declamatorio, y que lo más que podría hacer sería aterrar, espantar las almas sin convertirlas a Dios". Después de leer una obra de Melchor Cano se preguntó: "¿Hay en mi entendimiento algún nuevo vigor, mayor penetración, menos estupidez que antes? Da vergüenza pedirse cuentas y mucho más el darlas". El padre Guardián le había encargado la predicación de la Cuaresma. Fray Mamerto, hombre de obediencia, veneraba la orden del Superior y amaba en él la voluntad de Dios. "El Señor de infinita bondad ayudará mi flaqueza, proporcionará luces a mi ignorancia, amor a mi corazón helado, y me dará la humildad que venza a este orgullo que me mata: en boberías suele hallar materia de vanagloria, cual un insecto que se alimenta de suciedades. ¡Cuánto mayor peligro no habrá en la

predicación, de la que dice el P. Luis de Granada que es muy fácil haga fracasar la humildad, si ésta no es verdadera!" Predicada aquella Cuaresma, encontró que sus sermones habían sido harto declamatorios, "olvidando el verdadero carácter de la predicación evangélica, que es, más que todo, una luz suave y viva que no tanto entusiasma cuanto penetra hasta la división del alma y del espíritu". Sus sermones habían sido, según él, verdadera hojarasca, y su accionar ridículo y aun fastidioso, "hasta el punto de huir los oyentes". Se reveló "en una penuria completa de sabiduría", en un "malísimo" estilo de predicación. Y otra vez escribió sobre un sermón que tenía preparado: "¡Qué pobreza! ¡Qué vacío tan lóbrego! Pero si de aquí me convenciese de lo que soy, si me persuadiera de esta nada que palpo, sería para mí un gran progreso; pero no: el orgullo domina, la verdad luce pero no se la ama, y de allí resulta la tristeza, el caimiento, la desesperación".

La tristeza le perseguía. Ya desde Paraná le escribía a su hermano hablándole de sufrir mucha tristeza. "¡Oh Divina Caridad, vida celestial —escribió en su Diario—, cuánta falta nos haces en este mundo tristísimo!" ¿Esta tristeza provendría, acaso, de no ser santo? ¿O de extrañar a sus hermanos y a su Patria? "La soberbia es la causa ordinaria de las tristezas", dijo en su Diario. Hay un dolor profundo, lento, penetrante en aquellas páginas de Tarija. A los dos meses de haber llegado, escribía: "...a tristezas sin fundamento suceden los verdaderos motivos de estar triste. Creo, pues, que serán menos vacías las palabras que pronuncie; en vez de lamentos pueriles que produciría un corazón vacío, el desengaño, hijo de muy tristes sucesos, exhala sus profundos gemidos". Considerábase como un "triste cadáver". Y en cierta ocasión, teniendo un motivo real para afligirse, comentó: "¡Cuándo será que esté muerto a mí mismo, para que viva en Jesucristo! ¡Cuándo me convenceré de que es necesario, para mi tranquilidad, poner en sólo Dios mi corazón y no atender a ninguna criatura!" Su tristeza, ¿fue acaso por algún desengaño de sus hermanos o de alguna

amistad de Catamarca? Debió ser hondo el sufrimiento, porque pasó el día siguiente "lleno de tristezas y amarguras". Y terminaba con estas palabras: "...son más dichosos que nosotros los que ya no viven". El dolor y la melancolía del Diario alcanzaron la más alta expresión en esta desolada frase: "No queda a mi alma otra cosa que la esperanza en la Divina Misericordia". Y años más tarde, en un documento admirable, escrito en Tarija, decía: "...mi peregrinación amarga y triste, pero que, después de Dios, es mi único consuelo y esperanza".

En estas tristezas ¿tenía parte el terror de la muerte? Un corazón como el de Esquiú padece ante la idea de separarse de los seres que ama. Su fe era inconmovible, pero ello no le impedía temer al último instante. Si se juzgaba pecador, ¿cómo no temblar ante la proximidad de la presencia frente al Juez Supremo? Esquiú mismo hablaba del espanto de la muerte: "...acepté el temperamento de suavizar con verdades consoladoras la terribilidad de la muerte y del juicio y de la Eternidad". A veces, parecía no temer: "Poco a poco se va apoderando la muerte de esta triste vida. Dios quiera que la reciba con la humildad que se debe, y que, cuando llegue el último momento, a nada viese más que a nuestro Dios".

Pero el estudio, la obediencia y la oración le salvaban de las tristezas. En los años de Tarija estudió con método y profundidad las Escrituras, los Santos Padres y diversos autores religiosos. Preparó a conciencia, trabajando varias horas por día, su Cuaresma de 1863. Preguntábase qué temas podía tratar, qué plan debía seguir. Criticaba su trabajo minuciosamente; corregía, suprimía y agregaba, sin el apego frecuente entre los escritores hacia lo que les ha representado un esfuerzo. Y en su autocrítica jamás se olvidaba de Dios. "La sencillez y dignidad son las cualidades que más deseo en este mi trabajoso exordio; pero los buenos deseos fracasan en dos escollos: el primero, el orgullo; el segundo, la falta de erudición. Debo confesar que sin una asistencia especialísima de Dios, nada puedo hacer". Pero él confiaba, con fe extraordinaria, en el Señor. Esperaba

alcanzar, por medio de la Divina Misericordia, la ciencia de los santos, la verdadera sabiduría. "Con ésta, lo tendré todo; sin ésta, aquélla es humo".

Pocos hombres han tenido en tan alto grado la virtud de la obediencia. "Santa obediencia, norte seguro, guía fiel, padre amoroso en las tinieblas muy oscuras de esta vida, me lleva por la mano y me libra de los precipicios". Por obediencia pasó varios días en el Lazareto; enseñó a dos padres Teología; salió algunas veces a evangelizar a los chiriguanos; sirvió de ayudante al Párroco de un pueblito; y predicó las Cuaresmas en Tarija. Como el obispo de Salta le escribiera al padre Guardián pidiéndoselo a Esquiú para secretario, él anotó: "Mi corazón se iba por sus caminos, pero ya he entregado este negocio a la misericordia de María". Y al solicitarle respuesta el Guardián, le contestó: "Ninguna resolución adoptaría por mí mismo".

Esquiú fue también hombre de oración y de mortificación. Para curar lo que llamaba su veleidad del corazón con respecto a Dios y a sus santos y las tinieblas de su entendimiento, no había sino orar y mortificarse. Proponíase no "pitar", no tomar mate, deseo "tan poderoso por lo imbécil y sensual de mi espíritu, que da al traste con los ejercicios espirituales más provechosos, por no decir con obligaciones muy sagradas". Se impuso la modestia en los ojos y en la lengua, no hablar sin ser preguntado "o sin razón alguna de caridad o de justicia", y no dormir la siesta.

En mayo abandonaba Tarija. Iba a Sucre, a ponerse a las órdenes del Arzobispo, que le había llamado. Debió padecer por el abandono de aquel "puerto de salud" que era para su alma el Convento de Tarija. La jornada de silencio y de paz concluía. ¡Y otra vez, en contacto con el mundo!

Con esta pena llevaba una amargura. Un diario salteño había publicado una carta que él le dirigiera al general Vicente Peñaloza, célebre caudillo y montonero denominado *El Chacho*, y que acababa de ser asesinado por las tropas del gobierno de

la Nación. Hombre manso y patriarcal, había sido desprestigiado por Sarmiento, como un vulgar bandolero. Con la publicación de la carta, alguien pretendía ridiculizar a Esquiú. El escribió, con dolor: "Yo recibo esta lección de desengaño y de escarmiento, con profundo reconocimiento de la Divina Providencia; y para no olvidarme, conservaré siempre en mi capilla este papel, cáliz de amargura hasta sus bordes". Estas palabras, que no están en proporción con la pequeña maldad, muestran cómo fray Mamerto era quisquilloso y cómo, en aquellos años de Tarija, no había llegado aún a colocarse por encima de las miserias humanas.

Y con este dolor en su alma sensible, sin comprender la perversidad del que publicara la carta ni la del que, anónimamente, le enviara el diario, partió para Sucre, la antigua Chuquisaca doctoral, a los dos años de haber llegado a Tarija.

C A P Í T U L O   O C T A V O

ACCIÓN Y HUMILDAD

Sucre era una pequeña ciudad, extraordinaria de carácter, como todas las ciudades bolivianas. La mayor parte de la población tenía ascendencia indígena; pero había allí una minoría de raza blanca y de vieja tradición social e intelectual. A Sucre, en los años coloniales, cuando se la denominaba Chuquisaca, habían ido a estudiar jurisprudencia algunos de los que más tarde serían próceres de nuestra Revolución.

Fray Mamerto llegó a Sucre y, por orden del Arzobispo, comenzó a enseñar Teología en el Seminario. Durante unos meses vivió en el Convento Franciscano. Tenía que hacer a pie, todos los días, un largo camino. La distancia le obligó a instalarse en el Seminario.

Los ocho años que pasó Esquiú en la capital de Bolivia —capital de derecho, pues las autoridades residían en La Paz— fueron los menos interesantes de su vida. Enseñaba, estudiaba y predicaba. A veces, viajaba a algún lugar de la comarca, por orden de sus superiores, a pronunciar algún sermón o plática.

Sus vínculos con la Patria no estaban cortados. Recibía cartas de sus hermanos, a las que él no siempre contestaba. Pocos meses después de llegar a Sucre, enteróse, por una carta del padre Muzzani, de que a Odorico, mientras conversaba con él, cayéronsele las lágrimas al hablar de que Mamerto no le escribía. Y el padre Muzzani agregaba: "En consecuencia, es-

críbale; que desde que me reconoce por prelado, le mando que le escriba inmediatamente". Y Esquiú, por obediencia y doblemente contento de obedecer, redactó una larga carta para Odorico.

Durante su permanencia en Sucre, figuró en alguna terna para cargos obispales vacantes en su Patria. ¿Tuvo él noticia de estos honores y, deseando huir de ellos, pensó en alejarse aun más de su país? Porque es indudable que gestionó su desincorporación del Convento de Tarija y su ingreso en una comunidad del Perú. En el Diario declaró haber escrito al padre Rafael Girardengo, asegurándole que jamás volvería a su "cruel Patria" y que sólo pensaba en alejarse de ella.

En Sucre, en los momentos que le dejaban libres la enseñanza, los estudios y el preparar sus sermones, Esquiú era el hombre de oración. Cuando faltaba a alguna de sus plegarias, se reprochaba su "disipación, ingratitud y pecados". Se lamentaba, en cierta circunstancia, de no haber cumplido con la obligación que se impusiera de rezar los domingos las tres partes del Rosario y el Devocionario de San José. Otras veces, afligíase por haber faltado a las devociones de María Santísima, de San José y de Santo Tomás, y, confesando su "iniquidad" al Señor, le pedía que lo perdonara y que le diera su Gracia.

Sus propósitos de aislamiento no podían realizarse en Sucre. Había llegado a la capital de Bolivia con un enorme prestigio de orador y de sabio, y esto le obligaba a un contacto casi permanente con el mundo. Y así, con el acento de dolor que ponía en sus escritos, hablaba de "la vida de lágrimas y silencio en que debiera estar y por mi culpa no estoy".

En medio de su descontento de sí mismo y de su vida de oraciones y de estudio, debió fundar un periódico. Se llamó *El Cruzado*, y el primer número apareció el 15 de setiembre de 1868. Esquiú no era únicamente un contemplativo. Cuando se le requería, podía vivir hacia afuera. Personalidad completa, lo mismo se desenvolvía en la oración que en la acción. No se diferenciaba en esto de muy grandes santos: Ignacio de Lo-

yola, Vicente de Paul, Francisco de Asís, el cura de Ars, Don Bosco. Su gusto llevábale a preferir el aislamiento y la oración, pues creía que sólo así podría salvar su alma. Pero cuando consideraba necesario obrar, nadie más activo que él. Diversas tentativas de fundar en Bolivia un periódico católico habían fracasado. Fue preciso que llegara Esquiú para que se llevase a cabo la ardua empresa.

Pero entre los talentos de Esquiú no figuraba el de la expresión periodística. Sus artículos son exageradamente extensos, redactados en frases inacabables. Carecen de elegancia y de sencillez y su prosa resulta a veces confusa. Hoy es imposible leer con placer uno solo de sus artículos. Fray Mamerto, tan humano en todo, no lo era cuando escribía.

He aquí, como ejemplo, el artículo *Roma y el Papa.* Tiene dieciséis páginas y media, en páginas de treinta y nueve líneas muy anchas. Hay en este artículo frases de diecinueve líneas. Abunda en superlativos: estrechísima, exuberantísima. Proudhon, Renan y Garibaldi son "aborrecedores del derecho", y han "declarado guerra al Dios del cielo". A cada paso encontramos cosas como éstas: "¡Enemigos del Señor y de su Cristo! ¡Rugid más, bramad todavía contra la Santa Sede del Príncipe de los Apóstoles! Vuestro odio, vuestras maquinaciones de tinieblas son una cosa diabólica, pero en ese horror se siente una armonía tremenda, que viene a encajarse en el correspondiente lugar de la armonía suprema del orden, de la verdad, del triunfo y gloria de Jesucristo." Casi al terminar exclama: "¡Oh, qué hermosa, qué clara, qué constante eres, huella inefable de mi Autor, de mi Dios escondido, altísimo e incomprensible, que me sostienes, me rodeas, me penetras y no te siento!" Como se ve, todo esto es oratoria y no periodismo. Y mala oratoria, naturalmente. No sólo por su énfasis, sino, más que nada, por estar aquí fuera de lugar, aplicada a otros fines que aquellos que le son propios. La literatura escrita —me refiero a todo lo que no es oratoria— y el periodismo, requieren modos de expresión harto distintos de los de fray Mamerto. Esquiú fue

un gran orador cuando predicaba; pero un pésimo orador cuando escribía artículos.

¿Serían análogos a estos artículos los sermones que pronunció en Bolivia, ninguno de los cuales ha sido conservado? Creo que no. Sus primeros discursos, los que le dieron celebridad, eran, recordémoslo, ampulosos, grandilocuentes; y en ellos la belleza de las ideas y de las imágenes ocultaban las deficiencias de la forma. No eran claros ni sencillos, pero sí profundos. Aunque defectuosos, producían magnífica impresión. Los artículos no podían aspirar a la grandiosidad, lo que hubiera sido ridículo. Por el contrario, aspiraban a la sencillez y a la claridad. Pero Esquiú no logró nunca estas cualidades, salvo en las páginas de su Diario y en sus cartas. ¿Acaso porque era demasiado orador? ¿O porque su alma de águila, que se movía con majestad en las alturas de las montañas y de los cielos, se enredaba en las pequeñeces de la vida real? Pero hacía algunos años que Esquiú había renunciado a las pompas oratorias. En Bolivia no habló como "el orador de la Constitución", sino como un predicador del Evangelio. No podía ser de otra manera. Sus pláticas entre los indígenas de la comarca y entre las gentes de Tarija, incultas en su mayoría y mestizas, cuando no también indígenas, debían tener la más perfecta sencillez para que llegasen al auditorio. Y es indudable que fray Mamerto, el hombre de humildad, no trataba de lucirse sino de convencer, de llevar a las almas la palabra de Dios. Su temperamento oratorio, inclinado a lo grandioso, pudo traicionarle alguna vez. Pero debió ser excepcionalmente.

Creo que los sermones o pláticas pronunciados en Bolivia no fueron escritos, razón por la cual no se han conservado. "No es predicador —había afirmado en su Diario, cuando hallábase en Tarija— el que no puede improvisar". Y agregaba que él no sería jamás predicador. Sin embargo, parece que improvisaba.

Quejábase del poco fruto que obtenía con sus sermones, y lo atribuía a que le faltaban aptitudes. "No sólo como pre-

dicador del Evangelio no hago conversiones, sino que ni soy orador humano que atraiga, enseñe y conmueva a mis oyentes: he visto bostezos, he oído risas, he presenciado distracciones, y que se retiraban los de la clase vulgar y de los que se llaman pensadores, y esto en medio de lo que yo creía más patético, y que procuraba energía, y no sólo en un sermón sino en todos". Y agregaba estas curiosas palabras, que revelan su concepto de la oratoria y su temperamento sentimental: "Un solo llanto no ha correspondido a mis declamaciones". Él no se contentaba con el frío convencimiento. Quería penetrar en los corazones, sacudir las almas, convertirlas instantáneamente.

Pero su opinión sobre los resultados de su oratoria, no era la de sus oyentes. El cura de Macha, que desde el periódico *El Tren* atacara a Esquiú, le consideraba "el más grande de los oradores". El Arzobispo de La Plata, encontrándose en el Concilio Vaticano con un sacerdote amigo, le decía que mientras en Roma todos elogiaban a tal o cual orador por haber tenido suspenso a su auditorio por más de una hora, él estaba habituado a oir al padre Esquiú dos y tres horas, quedándose con sentimiento de que terminase. Y una personalidad política e intelectual ilustre, el doctor Mariano Baptista, dijo, ignoro en dónde, estas palabras, citadas por varios biógrafos de fray Mamerto: "Tenemos en América un orador de más talla y ciencia que el padre Jacinto, a quien he escuchado varias veces en París. En el padre Esquiú hay más doctrina, más fondo, más reflejo de la verdad que enseña... Me felicito por el señalado favor que hace a los bolivianos residiendo en este país y edificándonos con sus luces y virtudes".

Su prestigio como orador debió ser enorme, dada la fabulosa cantidad de sermones y de pláticas que pronunció. Y no era menor su prestigio personal. Considerábasele como la figura más importante del clero en Bolivia. El arzobispo de La Plata no quiso llevarlo al Concilio Vaticano a fin de que permaneciera en Sucre, pronto para defender a la Iglesia de cualquier ataque del Gobierno.

Porque aquellos tiempos eran penosos para el catolicismo. Roma había caído en poder de Víctor Manuel II en 1870, en diversos países americanos perseguíase a la Iglesia y en Bolivia la Convención Constituyente había aprobado algunas disposiciones de espíritu liberal. Es de imaginar cuánto sufriría Esquiú con las noticias de Italia. En su Diario faltan las anotaciones de cuatro años, desde el 69 hasta el 73. Pero en *El Cruzado* publicó varios artículos sobre la caída de Roma. Escribió con efervescente apasionamiento. "¡Ah! Sin duda es un hecho que ha llegado para Roma la hora de sus enemigos, que ha caído sobre ella la potestad de las tinieblas, del mismo modo que vinieron sobre Jesucristo en la noche de su Pasión. ¡No queda ya a la Iglesia ni aquel sagrado palmo de tierra en que reclinara su cabeza! El hombre de pecado ha venido a sentarse en el templo de Dios vivo, después de diez años de maquinaciones infernales..." Llamó a los soldados del Rey, "cincuenta y cinco mil lobos que rodeaban al Vicario del Cordero de Dios". Fray Mamerto no sólo gemía. También atacaba, como atacaba a los gobiernos regalistas de nuestra América. Su conquistada mansedumbre personal desaparecía cuando se trataba de defender a la Iglesia.

Hombre de acción, trabajó con terco empeño a favor del Óbolo de San Pedro. Logró un magnífico resultado. El Papa se dirigió a él, director de *El Cruzado,* agradeciéndole la colecta y enviándole su bendición. A esta alegría, agregóse la declaración de la Infalibilidad del Papa, proclamada por Pío IX.

Mientras tanto, acercábase el gran drama interior en la existencia de Esquiú. ¿Tuvo él algún anuncio de lo que se preparaba en su Patria? Creo que no.

Había muerto el arzobispo Escalada, a mediados del 70. La Arquidiócesis de Buenos Aires permanecía vacante cuando, a fines del siguiente año, surgió el nombre de Esquiú. Era Presidente don Domingo Faustino Sarmiento, y ministro de Culto el doctor Nicolás Avellaneda. Los dos admiraban a Esquiú y trabajaron para que el Senado le diera el primer lugar en la

terna. Su nombre estaba en Buenos Aires casi olvidado, pero triunfó. El 22 de agosto de 1871 el Senado, por gran mayoría de votos, le colocaba en el primer sitio de la terna.

Empezaron a llegar a Sucre las felicitaciones. Sarmiento, que, años más tarde, a raíz de la muerte de Esquiú, insultaría su memoria, se declaraba un "gran admirador de sus virtudes y ciencia". En Catamarca, al saberse la noticia, reunióse una manifestación que recorrió las calles y fue hasta el Convento Franciscano, para dar la enhorabuena a la Comunidad.

A fray Mamerto el honor que le hacía el Senado de su patria resultábale el más grave de los compromisos. Pidió unos días para contestar. Iría a Tarija, a reconcentrarse, consultar a sus superiores, rezar a Dios para que le iluminase. Era en octubre y no pudo partir a Tarija hasta diciembre. Pasó horas de angustia. Considerábase lleno de pecados y de ingratitudes contra Dios; y si se estremecía de pensar en la cuenta que pediríale el Señor de su ministerio sacerdotal, ¿qué no sería si aceptara un ministerio aun más sublime y divino? El fruto de la aceptación sería, a su juicio, el desesperarse de la salvación eterna.

El 8 de diciembre, día de la Inmaculada Concepción, llegó a Tarija. Encerróse en su celda, oró largamente, consultó con el padre Guardián. Cuatro días duró su tribulación. Y el 12, con la certeza de obedecer a la voluntad de Dios, escribió su renuncia.

¡Documento admirable! Toda la humildad de fray Mamerto está en esta página, que los argentinos leyeron con asombro. Declaraba que el amor a su pueblo era el segundo amor de su vida, dando a comprender que el primero era el amor de Dios. Afirmaba no renunciar al amor de su Patria y a cuanto le debía. Había tratado el asunto "elevando y purificando todo esto en una región en que desaparece todo interés propio, para no consultar sino el mejor servicio de los que amamos y de aquellos a quienes somos deudores de toda nuestra gratitud y respeto".

El hombre de humildad considerábase indigno del arzobispado. Veía y sentía que, lejos de ser llamado al divino cargo, la voz de Dios le rechazaba. El padre Esquiú recordaba las viejas palabras: *Oportet Episcopum irreprehensibilem esse,* y agregaba: "Mi conciencia me dice, con una voz que en vano quisiera acallarla, que no tengo esa irreprensibilidad indispensable para el episcopado, y que, así, mi aceptación importaría una abierta rebelión a la voluntad de Dios, y que de este modo, lejos de que yo obrara según el espíritu de Dios, en ese ministerio exclusivamente suyo y hacer la felicidad de esa Arquidiócesis, vendría a convertirme en instrumento de la Divina Justicia, que en nada se muestra más severa en este mundo que en permitir que los indignos lleguemos a ser pastores de su Iglesia". Y escarneciendo lo que él llamaba su orgullo, encorvado de humildad, terminaba el párrafo con estas palabras increíbles: "Esta confesión me humilla, pero era debida a la inapreciable bondad con que el pueblo argentino y el gobierno de V. E. se han dignado honrar mi pequeñez y bajeza: al amor es debida toda verdad".

Y temeroso de que la renuncia no fuera aceptada, declaraba que la insistencia contra su resolución, que fuera inspirada por el amor a la Patria bien entendido, y por sus deberes con Dios y su Iglesia, sería inútil, porque se retiraba de Bolivia a "otro país más lejano".

Y así lo hizo. Pidió al Guardián, para poder disimularse mejor, que le designara limosnero de la Orden, y, sin decir a dónde se dirigía, partió de Tarija.

Iba al Ecuador, a ocultarse allí. Huía de la celebridad y de los honores. Huía, sobre todo, del peligro que, a su juicio, representaba para su salvación el cargo que le ofrecieran. No, él no sería, no podía ser arzobispo. Quería vivir como un pobre fraile, ocupado de su salud eterna. No podía aceptar un ministerio de tan graves responsabilidades. Y tal vez tranquilo en su conciencia, aunque apenado por el nuevo y más largo alejamiento, emprendió el camino del voluntario destierro.

C A P Í T U L O   N O V E N O

LA RUTA DEL DESTIERRO

En una de las últimas semanas del año 72, fray Mamerto, acompañado del padre Rafael Girardengo, que iba a Chile, emprendía el viaje hacia el puerto de Cobija, que en aquellos tiempos pertenecía a Bolivia. Montaban en mulas, y debían atravesar el altiplano y la cordillera.

Largo y penoso viaje. El 1º de enero estaban en Suipacha y el 2 en Tupiza, donde permanecieron varios días. En su Diario, Esquiú limítase a anotar las fechas y los nombres de los lugares. Solamente al mencionar el pueblito de Tapaquilcha, agrega que "se volvió alguna mula". A poco de partir de Tupiza, subiendo hacia el norte, orillando la cordillera de Chichas. Luego, desde San Cristóbal, descendieron hacia el sur, siguiendo la gigantesca cordillera de Lípez, algunas de cuyas cumbres se aproximan a los seis mil metros sobre el nivel del mar. Por fin, el 31 de enero, después de haber dormido en pueblitos miserables, entre collas y otras gentes humildes, con la visión permanente de los cerros coronados de nieve, llegaron los viajeros a Cobija, puerto cuya población no alcanzaba ni a dos mil habitantes.

En Cobija, Esquiú debió quedarse quince días, en espera del vapor. El 5 de febrero partió para Chile el padre Girardengo. Esta partida era trascendental para Esquiú: Girardengo se había comprometido a comunicarle noticias sobre la aceptación o no de su renuncia. Es de imaginar la emoción con que

Esquiú despediría a su amigo y hermano en San Francisco. Fray Mamerto encontró en Cobija un conocido que le fue muy útil. Sus anotaciones desesperan por lo escuetas. ¿Cómo pasó aquellos días en Cobija? Debemos suponer que los dedicó a la caridad y a la oración. Seguramente aquel largo viaje por las montañas había sosegado un poco su espíritu.

El 15 llegó el vapor *Brest*. Debía ser un barco de mala muerte. Esquiú viajaba en segunda clase, que era la última. Después de cinco días de navegación surgió a la vista El Callao. Fray Mamerto hubiera deseado ir a Lima y visitar los sepulcros de San Francisco Solano, de Santa Rosa, del Beato Martín, del Beato Juan Masías; pero no había tiempo. Se encomendó a estos bienaventurados, rogándoles —son palabras de fray Mamerto— que le salvaran de la terrible prueba que creyó pesar sobre él para su perdición. En El Callao trasbordó a otro barco, y el 24 estaba en Guayaquil.

Aquellas palabras de su Diario demuestran que fray Mamerto no había logrado entera tranquilidad. Él había renunciado, pero ¿le aceptarían la renuncia? Esta pregunta adquiría en su alma humilde un carácter angustioso y obsesionante. Estaba resuelto a huir al extremo de la tierra, se escondería en donde nadie le conociese; pero siempre le quedaría el temor de ser descubierto y de que se le obligase a volver a la Patria y aceptar aquel arzobispado que él consideraba, en su tribulación, como el camino que le llevaría a la pérdida de su salud eterna.

Desembarcó en Guayaquil y fue a pedir hospitalidad en el Convento de San Francisco. Presentó sus licencias y se le aceptó. En su Diario se leen estas palabras: "Estoy bien, nadie me conoce. El Señor me concede la más bella ocasión de trabajar contra la soberbia, mi más antiguo y cruel tirano".

Hacía por aquellos días en Guayaquil un calor que abrumaba. "Paréceme que Guayaquil —escribió— es una sepultura abierta, de la que mana agua y en la que estoy tendido". Se enfermó. Su mal era una "fiebre biliosa, pero muy débil".

A pesar de encontrarse enfermo, aquellos días de Guayaquil debieron ser felices para fray Mamerto. Lejos de la Patria oscuro y desconocido en aquel puerto del Pacífico, no habría manera de obligarle a que aceptara el arzobispado. No obstante, algún temor debía tener: los días pasaban sin que llegasen las ansiadas noticias del padre Girardengo.

Era el 31 de marzo cuando le entregaron una carta. Debió abrirla con emoción. Seguramente el corazón le latía con fuerza. ¡Era del padre Girardengo! El sacerdote amigo le escribía desde San Felipe de los Andes. Decíale que su renuncia había sido aceptada y que monseñor Aneiros estaba ya nombrado arzobispo de Buenos Aires.

Ahora podía respirar. Estaba libre de la tentación. Habíase salvado del peligro. El orgullo iba en camino de ser vencido. Dio gracias al Señor, orando largamente.

Con la carta en la mano se apersonó al padre Guardián y le informó del verdadero motivo de su viaje. Es de imaginar el asombro del fraile. En cuanto se supo en la ciudad quién era el franciscano extranjero, altas personalidades del mundo religioso y social le visitaron.

Podía volver a Bolivia. Pero tenía compromisos para predicar y permaneció hasta el 6 de mayo en Guayaquil. Era tanta su pobreza que no le alcanzaba el dinero para el pasaje de cubierta. Dióse cuenta de esto en el puerto, porque escribió: "Aviso al padre Guardián, y me encomienda diez misas más de las dos anteriores".

¿Fue en el viaje de regreso o acaso en el de ida a Guayaquil? Es increíble que ignoremos tantas cosas de quien ha sido casi un contemporáneo nuestro. Parece que en uno de esos viajes, la gente inferior que iba junto a él le dirigía burlas, a veces groseras. Él las soportaba silencioso, como un justo castigo del Señor. Pero alguien que viajaba en primera lo reconoció y le dijo al capitán quién era el fraile. Tratóse de que Esquiú pasara a aquella clase. Fue inútil. Él quería seguir como un desconocido. Y en su humildad profunda escribió: "Un presbítero

francés que venía en primera clase, me trataba con mucha bondad".

En El Callao desembarcó y partió para Lima. Los pocos pesos que llevaba quedaron en las manos de los boteros, changadores y entremetidos. Sin preocuparse de la miseria de sus bolsillos, se dejó robar. En el Convento de padres Descalzos, a donde pidió hospitalidad, le introdujeron en la portería y allí tuvo que esperar al padre Guardián. Por fin, después de un detenido examen y de pedirle la obediencia, el Guardián le dio una celda.

En Lima pasó felices días. En cada miembro de la comunidad experimentó "los más vivos testimonios de una caridad apostólica". No estuvo ocioso en los tres meses y tres días que permaneció en aquel Convento. Pronunció pláticas, dio una misión y unos ejercicios espirituales.

También estuvo enfermo, aunque ignoramos de qué mal. "Celebré en la capilla del Beato Martín de Porres, pidiéndole que me alcance de Dios la santa humildad y la curación de un mal físico que padezco en el corazón, fruto natural de mi inveterada y profundísima soberbia". ¡Siempre el mismo! Tanto, que, pocos días después, le pedía a San Francisco Solano que le diese humildad y el remedio para los estragos que había hecho en él la soberbia...

El 22 de agosto se embarcó para Cobija, y seis días más tarde estaba en el puerto boliviano. En seguida partió para Tarija. Ascensión del Altiplano, en mula. Iba solo. Viajó de noche, para llegar pronto a Calama. De aquí salió para Tupiza con una tropa de arrieros del valle. Poco después de Tapaquilcha se retrasó. Quiso alcanzar a los arrieros en el río Galera, y no estaban. Aquella noche fue horrible para el fraile. Debió dormir en la soledad más absoluta, en el altiplano, al raso, con sólo su apero, "bajo el glacial aliento de la cordillera de San Antonio de Lípez". Por fin, alcanzó a los arrieros. Durmió otras veces a pleno campo. Llegó a Oploca, bien estropeado. Dos semanas después estaba en Tupiza. Más de quince

días permaneció allí. Y el 3 de noviembre entraba en Tarija.

Unas semanas más, y Odorico, su "incomparable hermano", se aparecía en Tarija. ¿Le convenció Odorico de que debía volver a la Patria, acaso con el cebo de un viaje a Palestina, que él le costearía? El año 74 fray Mamerto lo pasó en Tupiza y en Tarija, predicando la cuaresma y dando pláticas.

Debió ocurrir por este tiempo aquel diálogo que refiere Nicolás Avellaneda. En el Convento de Tarija el silencio era absoluto. Los frailes apenas hablaban unos con otros y no se conocían. Un padre italiano, que salía a veces de su silencio con movimientos bruscos y palabras raras, tenía gran adhesión a Esquiú y lo acompañaba en su celda con la frecuencia posible. "Estaban juntos —dice el admirable prosista— cuando sonó la campana del silencio. Esquiú se puso de pie y extinguió su lámpara, abriendo en seguida la ventana para reemplazarla por la luz de la luna. Continuaron largo tiempo callados, hasta que el padre italiano se dirige a Esquiú y le dice: "Dígame, padre, ¿ha oído usted hablar de un padre Mamerto que pronunció algunos sermones, que hizo mucho ruido y al que se le ofreció una mitra? ¿Quién era y cómo era?" No sabemos la respuesta. Lo extraordinario era la humildad del fraile, que no hablaba de sí mismo. ¡Sus hermanos en religión, los que más le frecuentaban, ignoraban en absoluto quién fuese el hombre célebre con el cual convivían!

El 1º de mayo de 1875, Esquiú abandonaba para siempre las soledades de Tarija y la vida del misionero. Su viaje, en mula, fue largo y lento. ¡Tres meses para llegar a Jujuy! Y aún tardó unas semanas en encontrarse en Catamarca.

Pero antes de seguirlo por los caminos de la Patria, detengámonos a meditar sobre la influencia de aquellos años de Bolivia en el alma de Esquiú.

Nadie ha nacido santo. El ser humano viene a la vida con inclinaciones que, según la dirección que cobren, serán vicios o virtudes. La vida del hombre se va construyendo en años.

El ambiente y la herencia influyen al principio; la propia voluntad, después. Y en el santo, la gracia de Dios.

Esquiú nació en un ambiente que lo empujaba a la virtud, y se formó en el Convento. Sus inclinaciones fueron la oración, la caridad y el estudio. Pero esto no es la santidad, y Esquiú, aunque reposado y suave, no carecía de pasiones. El Demonio, sabiéndole invencible por la carne, le tentó por el orgullo. Su talento y sus grandes triunfos fueron un peligro para el fraile que aspiraba a santo. Esquiú se defendió con heroísmo. Se extirpó el cáncer de la elocuencia, se humilló, se refugió en el Convento de Misioneros. Se escondió del mundo, huyó de la fama y de la propia ambición. Hízose pequeño, oscuro. Y fue un fraile cualquiera.

Los años de Bolivia significan la formación del santo. Al partir para Tarija tenía todas las virtudes; pero había en él algo del hombre común. En Tarija y en su viaje al Ecuador la santidad asoma. Allí ha matado el franciscano al dragón del orgullo. Ha sido el Héroe de Dios en los combates contra Satanás. Por esto, al volver a su Patria, y aunque siempre había producido muy grande impresión, asombró por su mansedumbre, su suavidad, su despego de las cosas humanas. Ya no pensaba en deslumbrar con su oratoria, y era el hombre seguro, o casi seguro, de sí mismo. Su idea era ahora partir para Palestina y pasar allí los últimos años de su vida.

En esta época empezó a formarse la leyenda de Esquiú. El pueblo, al santificarle, atribuyóle milagros y hechos misteriosos, algunos penetrados de honda poesía. Tal cual refiérese a su infancia o a su adolescencia, como aquel de las palomitas. Otros aplícanse a su vida en Bolivia.

Entre los hechos misteriosos, he aquí uno auténtico, pues lo ha referido el propio padre. Viajaba por Bolivia cuando le tomó la noche en un pueblito. Por consejo del peón que le acompañaba, pidió albergue en una casa a cuyos moradores no conocía. Se lo dieron. La casa era una sola pieza muy vasta, una especie de galpón. En un extremo alojaron a los huéspedes;

en el otro, con un biombo de por medio, dormían los moradores: dos hermanas jóvenes, de luto, y algunas criadas y parientes. Todos dormían y Esquiú rezaba, cuando vio él a una enlutada cruzar el patio y entrar en donde todos descansaban. La enlutada —fray Mamerto imaginó que fuese alguna vecina— permaneció un momento con las dueñas de la casa y, después de cuchicheos y sollozos, se retiró. Al amanecer, ya todos levantados, las dos jóvenes hablaban en voz baja y lloraban. El padre allegóseles y les preguntó si podía serles útil. Se enteró de que muchos días atrás muriera la madre, y aquella noche la habían visto en sueños. Había ido a pedirles sufragios para salir del Purgatorio, y entre los sufragios figuraba una misa que debía decir el padre Esquiú.

—En la capilla vecina —las consoló fray Mamerto— aplicaré la misa por el alma de la señora.

Las mujeres, agradecidas y llorosas, dijeron:

—¡Pero es que la misa debe ser dicha por el padre Esquiú, y nosotras no conocemos a ese padre y ni siquiera sabemos dónde vive!

—Lo que ustedes creen un sueño, no lo es. Yo estaba despierto cuando vino hacia ustedes una mujer vestida de luto, habló con ustedes un momentó y se volvió. En cuanto al padre Esquiú, aquí lo tienen. Soy yo y la misa será dicha inmediatamente.

Semanas después, Esquiú acercábase a Catamarca, después de haber arrojado, durante el largo viaje, en los pueblos del camino, sobre las multitudes extáticas, las monedas de oro de su palabra evangélica.

Era en setiembre. En la capital preparábanle una gran recepción. Las autoridades, la sociedad, el pueblo, el pobrerío, todos querían demostrar su afecto al eminente ciudadano que, después de trece años y siete meses, volvía a Catamarca. ¡Retornaba del voluntario destierro, fugitivo de la gloria! Y traía el prestigio maravilloso de la santidad.

Pero he aquí que las autoridades y toda la población se

alarman. ¿Por qué no llega el padre Esquiú? ¿Algún accidente? Sabíase que viajaba en mula, y no era de extrañar que algo malo le sucediera por los senderos de la montaña.

Nada había ocurrido. Enterado en Paclín del homenaje, huía. En un lugar del camino desvió hacia Piedra Blanca. Montado en una mula y cubierto con un pobre poncho llegó a San José y, después de visitar al cura Vera en su lecho de enfermo, fue a su hogar de la Callecita. Sus hermanas no le reconocieron en el primer momento.

Un vecino, que le viera llegar, preguntóle si no sabía que en la capital se le preparaba una gran recepción.

—Sí, he sabido, y por eso he tomado el camino que traje. Se me dijo que se me preparaba un recibimiento con cerveza, con estruendo de cohetes y música, cosa muy a propósito para recibir a un general que volviese después de haber ganado alguna gran batalla; pero querer recibir de este modo a un pobre fraile peregrino, no me parece propio que el fraile lo acepte...

Le objetó el vecino que autoridades y pueblo podían considerarse despreciados.

—Una vez que mis bondadosos comprovincianos reflexionen, se persuadirán que el fraile tuvo razón al no aceptar una demostración que no le era debida, y que tan sólo su excesiva bondad pudo inspirarles.

Pocos días después, fray Mamerto llegaba a Catamarca. Había partido a los treinta y seis años, apenas pasada la juventud; y volvía a los cuarenta y nueve. Mucha gente no le reconocía. Su aspecto físico había cambiado poco, pero tenía el color más moreno y en su rostro advertíase la huella de los años hondamente vividos. Había, también, en todo su ser, en sus modos, en el acento de su voz, algo como una mayor espiritualidad. En sus bellos ojos criollos, en la suavidad de sus palabras, en su mansedumbre, notábase la exclusiva preocupación de las grandes cosas: Dios, la muerte, la caridad. Había perdido la vivacidad de años atrás. Y todo él, a tanto llegaba

la perfección y la delicadeza de su bondad, era un inmenso corazón que andaba. ¿Cómo asombrarnos de que los visitantes sitiaran su celda, de que los penitentes rodearan sin cesar su confesonario y de que, a su paso por las calles, las gentes se arrodillaran y le pidieran la bendición?

CAPÍTULO DÉCIMO

EL PEREGRINO

Durante aquellas pocas semanas en Catamarca, el padre Esquiú predicó muchas veces. Habló de San Francisco de Asís, en su fiesta del 4 de octubre; y de Santa Teresa, en una función de las Carmelitas. Pero ninguno de sus sermones de esta época fue con razón tan admirado —en Catamarca y en toda la República— como el que pronunciara en la iglesia Matriz, con motivo de realizarse una misa solemne, ordenada por el Gobierno, en acción de gracias por haberse inaugurado la Convención Constituyente de la Provincia.

El tema central del sermón fue la libertad de cultos, que el orador trató con profundidad y con vigorosa argumentación. Más que obra de elocuencia es este sermón obra de doctrina. Pero, a pesar de sus propósitos de predicar siempre sencillamente, huyendo de la decoración literaria, el temperamento le traicionó. Si no por abundancia de grandes imágenes, pero sí por el tono, esta oración pertenece a la más elevada elocuencia. Lo más notable fue el exordio. "La vida —comenzaba—, ese hecho múltiple y variadísimo que nos rodea por todas partes y que se siente en cada uno de nosotros como si cada uno fuera el centro a que converge todo lo que vive sobre la tierra, ese hecho, se ve, se toca, se siente, y, sin embargo, es inaccesible a la inteligencia y a las fuerzas humanas". Después de decir que "la vida es un misterio que nos lleva como por la mano al reconocimiento y adoración del gran

misterio, del Ser por excelencia", y de recordar las palabras de Linneo, que, al estudiar una hoja de hierba, había quedado "mudo, herido de espanto", pues en ella había visto a Dios, como otro Moisés, por las espaldas, Esquiú afirmaba que "el misterio de la vida desafía a todo el orgullo humano". El orador citaba algunos de los más grandes progresos de la Ciencia, pero establecía que ante el Hombre, "ese monstruo de poder y de fatuidad, de orgullo y de ciencia", permanecía en pie "el misterio de la vida, pronto a derribar todo su poder y aniquilar su presuntuosa sabiduría". Y terminaba el párrafo con estas palabras admirables: "Poned a la vista del nuevo Titán una semilla de hierba, el insecto que pisáis, y preguntadle: ¿qué es aquello que vive en este átomo? Tú te paseas por las alturas del cielo, registras las profundidades de la tierra; ¿podrías decirme lo que hay en un grano de trigo, y por qué brota y cómo se multiplica en cien granos, y cada uno de éstos en otros cien más, tantas veces cuantas primaveras han pasado desde que se le cultiva sobre la tierra? ¡Oh, dime lo que es la vida, prodúceme una sola semilla, un solo insecto, y yo caigo de rodillas delante de ti y te adoro por mi Dios!"

En aquellas semanas Esquiú recorrió varios lugares de la provincia, predicando y dando misiones. En la capital, en las fiestas de la Virgen del Valle, ante multitudes venidas de toda la República, pronunció tres discursos. Y el 4 de febrero, después de visitar a Nuestra Señora del Valle y adorar el sitio donde sus pies se posaron, salió de Catamarca, en la mensajería de Córdoba, y en peregrinación a Tierra Santa.

Ignoramos todos los pormenores de este viaje, como los de otros viajes de Esquiú. ¿Qué clase de gentes iban también en la galera? ¿Qué hacía el fraile durante los largos trayectos? Sólo sabemos que durmió en la posta de Cañada y que tomó el tren en Recreo. Tres días después de haber salido de Catamarca estaba en Córdoba. Su Diario apenas anota: "Tibieza y descuido y disipación en el camino".

Era la primera vez que iba a Córdoba. Permaneció una

semana en el Convento de San Francisco y partió para Rosario. De aquí fue a San Lorenzo, en cuyo Convento comenzó unos ejercicios espirituales, como preparación del viaje a Tierra Santa. Pero debió interrumpirlos para embarcarse en el vapor *Adela,* que le llevaría a Montevideo.

Realizó este viaje directo de Rosario a la capital del Uruguay, para no pasar por Buenos Aires. Consideraba que su presencia en Buenos Aires daría pretexto a la prensa liberal para atacar al arzobispo Aneiros. Fray Mamerto, como se ve, conocía nuestra idiosincrasia y tenía el instinto de las maldades humanas. Temía también que se le hiciera perder tiempo y que le sacasen en caricaturas... ¿Acaso, esto último, por no gustar de la notoriedad? Seguramente, pero creo que fue también por un sentido especial de la dignidad humana, del decoro sacerdotal, de la corrección de los modales y de las formas. La caricatura —que en aquellos tiempos era una cosa sin arte ni elegancia y que generalmente llegaba a la grosería— debía significar, para el provinciano de fray Mamerto, una burla irrespetuosa y nada más. Recordemos, para comprenderle mejor, que tampoco gustaba de que le retratasen; y si alguna vez consintió, fue sólo por bondadosa condescendencia.

Este viaje a Tierra Santa, para el cual, como franciscano, tenía derecho, por haber permanecido más de doce años en un convento de misioneros, fue costeado por Odorico. Debió representar para él grandes sacrificios, pues era pobre. El peregrino daba cuenta al hermano de todos sus gastos, harto reducidos. Había tomado pasajes de segunda clase, para él y para un niño que perdiera su padre y a quien acompañaba hasta Italia donde se encontraría con la madre. Hallándose en Montevideo, amigos de Buenos Aires le consiguieron del Gobierno Argentino dos pasajes de primera clase hasta Marsella. Y el 21 de marzo de 1876 se embarcó en el vapor *Savoie.*

La navegación duró veintinueve días. A juzgar por su Diario y por la carta a su hermano, lo que más le impresionó en el largo viaje fue ver caer al agua, en San Vicente de Cabo

Verde, a un negro que cargaba carbón. Esta desgracia —el negro murió ahogado— dejó una tristísima impresión en el alma del fraile, que, al otro día, comentando la presencia de los tiburones alrededor del barco, escribió: "Entre tanto, apenas se habló de la desgracia de aquel infeliz, sin que nadie se turbase ni se derramase una sola lágrima por él". Pero los que conocemos el amor de fray Mamerto hacia todas las criaturas y su hondo sentido humano y hemos aprendido a leer entre sus líneas —él nada decía de que pudiera resultarle alabanza—, sabemos que, por el pobre negro, sus ojos se llenaron de lágrimas y sus labios de oraciones.

Costas de España: Esquiú se acordó de su padre. Sufrió dolorosas impresiones. Encomendó a Dios la "preciosa alma" de su progenitor. Barcelona, visión lejana de Monserrat: en un rincón de la popa, fray Mamerto oró de rodillas. Costas de Francia, Marsella: el peregrino, al divisar el Santuario de Nuestra Señora de la Guardia, que se levantaba sobre un cerro, se hincó y rezó. Cuarentena en una isla, por haber tocado el vapor en Río de Janeiro, asolado por la fiebre amarilla. Desde su pabellón, Esquiú veía el Santuario y la imagen de Nuestra Señora. Rezándole se consolaba de aquella prisión. Por fin, le anunciaron para el otro día el desembarco. "¡La Virgen Inmaculada sea propicia con este pobre peregrino!"

Unos días en Marsella. Viaje en tren a Génova. Partida para Roma. Desde Génova hasta Roma padeció hambre y sed y no pudo dormir en toda la noche. E iba solo, sin tener con quien cambiar una palabra. Pero él soportó con alegría estas molestias. La idea de llegar a Roma trocábalas en dulzuras.

Las proximidades de la Ciudad Eterna produjéronle una impresión penosa. Sólo veía pequeñas y aisladas casas, ruinas y tristes murallas. "Es un verdadero anacronismo —escribió— el que esta ciudad se haya elegido para capital de la Joven Italia; sólo el odio a la Iglesia y a su Divino Fundador podía haber inspirado esa necesidad diabólica que el mundo moderno ha sentido de Roma".

En la estación le rodearon los mozos de los hoteles, a los que en su Diario calificó de "intolerables". Parece que ellos y otros individuos se burlaron del sombrero blanco que llevaba el padre. Por fin, aparecieron dos franciscanos que le sacaron de su "embrollada situación". En un tílburi le llevaron al Convento de Araceli. Estos pormenores muestran, en su insignificancia, al hombre de Dios, todo ingenuidad e inocencia, incapaz de desenvolverse en medio de las dificultades cotidianas. Y también al criollo de las montañas, a nuestro provinciano, aturdido entre el gentío y el bullicio de la ciudad desconocida.

Roma se hallaba, desde hacía seis años apenas, en poder de los que habían despojado al Santo Padre de sus territorios. El Papa considerábase un prisionero en el Vaticano. El dolor de fray Mamerto, quien en Bolivia tanto sufriera al saber la caída de Roma, se exacerbó ahora, tremendamente. Su corazón de católico y de sacerdote sangraba ante el espectáculo de la capital de Italia, que le producía "un verdadero estado de náusea, un caimiento de ánimo y una tristeza invencibles". Y para peor, sentíase aislado. Y humilde como siempre, creyéndose un gran pecador, escribió: "El aislamiento que sufro en Roma debe ser una disposición del Señor para que me convierta a Él".

Cincuenta años acaba de cumplir en Roma el peregrino de Catamarca. Aquel 11 de mayo fue día de grandes recuerdos para él. Aplicó la misa por el alma de sus padres y por sus hermanos y sobrinos. Estaba cierto —con aquel sexto sentido que tenía para las cosas invisibles y misteriosas— de que, a esas mismas horas, sus hermanas, una en Salta y otra en Catamarca, rezarían por él. Y esperaba que la Madre de Misericordia escuchara el clamor de sus pobres siervos.

Visitó dos veces San Pedro. "Es una magnificencia propia sólo de Papas con su corazón tan ancho como el mundo y tan estable como las promesas que han instituido el Papado". Su indignación le hizo agregar: "¡Quitar el poder a esos hombres

para darlo a la pillería, sólo en este siglo podía haberse hecho!" Y su pureza extraordinaria y su formación espiritual en una pequeña aldea de un lejano país de América —todo tan remoto del Renacimiento y de su estética pagana— le hacían comentar: "...yo habría deseado que en la grande iglesia hubiese habido la justa proporción del arte con el sentimiento católico".

Al Santo Padre le vio dos veces. Él, que había sido propuesto para arzobispo; él, considerado en su Patria, unánimemente, como el mayor de los oradores y aun como un santo, no se atrevió a pedir audiencia privada con el Sumo Pontífice. Y probablemente, no fue por timidez; era que se consideraba indigno de tan alto honor, o que le paralizaba la emoción de imaginarse mano a mano con el representante de Cristo y sucesor de Pedro. Intentó, a fin de ver al Papa con otras personas, mezclarse a unos peregrinos franceses, y se le negaron; y entonces pensó esperar la hora en que Pío IX salía de sus habitaciones para acercársele, como un desconocido cualquiera, y pedirle su bendición. Por fin, el 31 de mayo pudo verle y besar su pie. "No tuve la felicidad —escribió en su Diario— de que fijase en mí su mirada, ni me dijese una palabra, y, por consiguiente, de que yo le hablase de los míos; pero esto no me priva del bien substancial de la ternura y buen ánimo que inspira su presencia y del bien que puede producir el acto religioso de besar ese pie que, en la persona de San Pedro, lavaron manos divinas, y de la bendición del que es Vicario de Nuestro Señor Jesucristo. Yo me he sentido bien y he quedado contento, y me reconozco muy favorecido del Señor en este beneficio". La segunda vez le vio también en audiencia pública y sin cambiar una palabra con él. Advirtió que el semblante de Pío IX respiraba la paz del justo, y que estaba fresco aún, a pesar de los ochenta y cinco años.

Pero nada le produjo a fray Mamerto una impresión tan solemne y grandiosa —son sus palabras— como las catacumbas de San Calixto. Allí sintió avivada su fe ante la evocación de la grandeza moral de los primeros cristianos. "Esos frescos

como de aprendiz de dibujo y los fragmentos de ladrillos y los pedazos de mármoles valen más que todas las magníficas ruinas que nos quedan de los poderosos emperadores de Roma. No sé decir lo que he sentido, o, más bien, no acabo de sentir yo mismo las impresiones que causa aquel sagrado lugar". Y agregaba, pocas líneas después: "Es menester hacer otra visita: mi espíritu abrumado de mis propios pecados y de las grandes calamidades de la Iglesia, de que a los ojos de Dios yo también soy culpable, aunque lo deploro, necesita el desahogo, la paz y el valor cristiano que aquel lugar sagrado inspira". También le impresionó la Vía Apia. Pensó que "la Divina Providencia tiene en cuenta hasta las piedras y el polvo de la tierra: Roma entera es una prueba incontestable, no menos que sorprendente, de esa verdad".

Todo cuanto escribió fray Mamerto sobre Roma, en su Diario o en cartas particulares, es una doliente elegía. Su espíritu, de fondo melancólico, preocupado con la muerte, armoniza con aquella Roma desolada que él vio. Y este estado espiritual era una preparación para Jerusalén, aun más triste y desolada que Roma.

El 8 de junio partió en ferrocarril para Nápoles. Admiró allí algunos ejemplos del gótico y criticó que en más de una iglesia se hubiese dado mayor tributo al arte humano que al Verbo de Dios. La Pudicicia, de la Capilla San Severo, lo mismo que otras figuras, le parecieron más propias de un templo de vestales que de una iglesia cristiana.

Dos días después de haber llegado a Nápoles, partió hacia Palestina, en el vapor *Peluce*. Es fácil imaginar su emoción. El Señor habíale favorecido innumerables veces; y ahora, a pesar de sus "constantes y gravísimas ingratitudes", le acordaba, por una especialísima misericordia, aquella peregrinación a Tierra Santa. Si para cualquiera de nosotros, miserables pecadores de verdad, la visita a Palestina representa el acontecimiento más grande de nuestra pobre vida, fácil es suponer

lo que sería para Esquiú, sacerdote perfecto, creyente con la fe del santo, hombre de oración y de caridad. Fray Mamerto, que aspiraba a la santidad, debió pensar que en ninguna parte mejor que en la Tierra donde nació, padeció y murió Cristo, podría alcanzar la dicha de imitarle.

CAPÍTULO DÉCIMOPRIMERO

TIERRA SANTA

¡Alejandría de Egipto! El padre Esquiú asistió el día del Corpus a una lindísima procesión. A la tarde vio, por primera vez, la bandera de Tierra Santa, que flameaba con gracia con su cruz roja sobre un campo blanco. "Es la más hermosa bandera que hay en toda la tierra".

Semana y media en Alejandría. La víspera de partir hacia Palestina escribió unas palabras de honda humildad y ardiente esperanza. Hablaba de sus "ingratitudes e increíbles traiciones", y de la paciencia y caridad infinitas, para quien sólo era digno de "mil y mil infiernos", de "Aquel que merece ser amado con infinito amor". Y agregaba: "Haga el Señor esta misericordia de convertirme a Él, y que nunca me separe de su santidad y amor. Espero, y esta Esperanza es una prueba de su misericordia. ¡Oh, Verbo eterno, hecho hombre por mi amor, y que con tu presencia y con el riego de tu sangre y con tu Santísimo Cuerpo exánime habéis santificado la tierra que voy a adorar, haced conmigo según tus méritos, según tu caridad y misericordia! Va el miserable, que está cubierto de lepra, a decir toda la verdad de su fe en vuestra palabra: *Domine, si vis potes me mundare*". (Señor, si quieres puedes limpiarme).

En este estado espiritual llegó a Jaffa, y a la tarde del mismo día partió para Jerusalén, en un carricoche, con otras cuatro personas. Después de una detención en Ramla, siguieron

viajando. Era de noche, y la luna en creciente no duró mucho. Esquiú padecía de un fuerte dolor de estómago, producido por el descuajeringado movimiento del carricoche. A la una descansaron en un hospicio, bebieron café en el mismo local en que se abrevaba a los animales y continuaron la ruta, entrando en las montañas de Judea. Poco después llegaron al valle del Terebinto, y luego subieron por una cuesta a un cerro desde cuya cumbre veíanse las casas edificadas fuera de los muros de Jerusalén. Un poco más y aparecieron las cúpulas y las murallas de la ciudad santa. Esquiú hizo detener el carricoche. Y en medio de una honda emoción, con grandes lágrimas, bajó del vehículo, besó la tierra y, de rodillas, oró brevemente. Era el 27 de junio de 1876.

Es frecuente que el peregrino, sobre todo si puede disponer de algún tiempo, no visite el Santo Sepulcro en el mismo día de su llegada a Jerusalén. El creyente se juzga demasiado impuro todavía. ¿Cómo ponerse en presencia del Sepulcro de Cristo, del Hijo de Dios, cuando aún se tiene en los ojos los resabios de visiones mundanas? Antes de postrarnos junto a las piedras santas y besarlas entre sollozos, queremos ponernos en un estado de espíritu lo menos indigno posible de aquel momento. Necesitamos purificarnos, por la Confesión y la Oración, de vanidades y de miserias, y necesitamos revivir, en nuestro corazón y en nuestra imaginación, los momentos esenciales de la vida de Cristo. No es posible presentarse, sin una especial preparación del ánimo, ante el sepulcro de Aquel que murió por nosotros y que fue la Suprema Pureza, la Bondad Perfecta y el Sublime Amor.

El padre Esquiú tardó cuarenta y dos días antes de penetrar en la iglesia del Santo Sepulcro. ¡Casi un mes y medio! Alojado en el Convento de San Salvador, perteneciente a los franciscanos, decía allí su misa. Visitó buena parte de los lugares santos: Gethsemaní, la iglesia de la Flagelación, el Monte Sión, Betania. Pasó varios días en San Juan de la Montaña. No veía una piedra sagrada sin besarla. Aquellos cuarenta y

dos días fueron ejercicio de santidad y preparación ferviente para el momento soñado.

Había vuelto al Convento de San Juan de la Montaña, donde durante una semana hizo ejercicios espirituales. Se acercaba el instante, y era preciso hacerse menos indigno del lugar santo entre todos. La mañana en que terminó los ejercicios dijo su misa y partió en seguida hacia Jerusalén. Eran las tres y media de la tarde cuando entró en la iglesia del Santísimo Sepulcro.

¡Felicidad inefable y terrible la de encontrarse frente a las piedras sagradas que contuvieron el cuerpo sin vida de Jesús! No hay lágrimas suficientes en nuestros ojos para llorarlas allí, por nuestra miseria infinita. Todos los grandes pecados de nuestra vida de desolación pasan en aquellos instantes por nuestra memoria, cuando, arrodillados y sollozantes, besamos el Sepulcro divino. Nos sentimos humillados y, a la vez, felices. Creemos que aquel momento inicia para nosotros una vida nueva. Esperamos ser salvados de la condenación que merecemos. Nuestra pobre alma, habitualmente pegajosa de fealdades morales, se embellece de esperanza. Canta el corazón: el hombre viejo ha muerto para siempre. Y la flaca voluntad afirma: desde ahora viviremos en Cristo. ¡Ah, quien no estuvo en el Santo Sepulcro ignora hasta dónde podemos ser felices en esta vida, siquiera por unas horas!

El padre Esquiú permaneció dentro del templo hasta el otro día. No hay nada más impresionante. Las puertas son cerradas con llave al atardecer. Dentro, no se duerme ni se come. Las puertas no se abren por ningún motivo. Aunque algún peregrino se enferme o se muera, permanecerán cerradas toda la noche, trágicamente cerradas. Se reza sin cesar, se oyen los cantos de los peregrinos, los murmullos de las oraciones y los llantos de arrepentimiento o de amor a Dios. Se ven sombras en el suelo. Se hacen procesiones por los diversos santuarios que contiene el templo. Esquiú trajo de recuerdo la candela que llevó en su mano durante la procesión.

No anotó Esquiú sus impresiones. Pero debieron ser inolvidables y de una hondura de abismo, por lo mucho que desde entonces amó a Jerusalén. Quiso quedarse para siempre en la ciudad que llamó "bella y desolada" y morir allí. En Jerusalén, que "todavía presenta la fisonomía de su antiguo e implacable dolor", fray Mamerto sintió fuertemente "la grandeza infinita de la paciencia y misericordia de nuestro Dios"; cómo en ella se condensa la Religión Cristiana, con su liturgia y sus dogmas; y cómo en sus colinas sagradas los dogmas hablan a los hombres con un eco que en ningún otro punto de la tierra se encuentra.

Gethsemaní, en cuya gruta decía su misa todas las mañanas, produjole una impresión confortadoramente intensa. Al entrar por primera vez tuvo una "tierna e indefinible" sorpresa: "Me parecía ver en un rincón de ella a Nuestro Señor con su túnica morada, postrado en tierra y corriendo sudor de sangre de su frente santísima, tomando sobre sí mis pecados, ofreciendo su vida por ellos y gimiendo sin consuelo alguno bajo el peso de mi ingratitud y del desprecio de su amor".

Su imaginación hacíale ver a Jesús en todas partes. Lo evocaba en los rincones de la ciudad sagrada. Aquello mismo que le ocurrió en Gethsemaní, lo experimentó al recorrer la Vía Dolorosa, al hallarse en los mismos sitios de las caídas de Jesús, y en el Calvario y frente al Santo Sepulcro; y al contemplar el misterioso Valle de Josafat y la "suavísima cumbre" del Monte Olivete. Aquí, al través de los olivos y edificios que coronan el Monte, fray Mamerto creía "ver alzarse y subir al cielo a Nuestro Señor".

Pero las más hondas impresiones se disminuyen con la repetición. Es natural y humano. "A fuerza de ver y andar por los lugares más santos, viene uno como a olvidarse de los santísimos recuerdos que conservan; es necesario reflexionar, y aun hacer esfuerzos, para tener en cuenta que uno se halla en el lugar en que Jesucristo sudó sangre, en la calle que recorría cargado con la Cruz, en el arco del *Ecce Homo,* y aun

en el mismo Calvario donde murió..." Consideraba, y con razón, que, para venerar estos misterios sin que la tibieza penetre en nosotros, "es necesario avivar la fe, reflexionar y esforzarse, a causa de la increíble estupidez del corazón humano: pasado el primer momento de la novedad de una cosa, ya ésta, por grande que sea, se hace como nada para nosotros". Mas apenas hubo escrito estas palabras, corrigió su generalidad y consideróse con mayor culpa que los demás. "Esto no pasa en cristianos verdaderamente tales, esto es, que viven del espíritu de Aquel cuyo nombre y carácter llevamos todos los que somos bautizados en Cristo Nuestro Señor; pero en mí, que estoy lejos de ser un verdadero cristiano, eso es lo que pasa".

No le creamos. Ya sabemos cómo exageraba cuando hablaba de sus imperfecciones. No exageraba para que le creyeran santo, sino porque veía y sentía la Belleza y la Perfección Divinas y lo insignificante y lo bajo que él era con relación a ellas. Esquiú era de una rara y noble sinceridad. Ya veremos de qué manera vivió en Jerusalén: dedicado a la oración, al estudio y a la mortificación. Su existencia fue, dentro de lo humano, digna de los Santos Lugares.

Pero si hubo en él algún momento de tibieza —creo que lo habrán tenido hasta los mayores santos— la meditación y las oraciones bastaron seguramente para elevar su espíritu a las alturas que deseaba. Mas nada le hacía tanto bien como el oír la campanada del Viernes, a las tres de la tarde. Esta campanada, que recordaba a los fieles la muerte de Nuestro Señor, tenía un sonido lúgubre en aquella "ciudad de Dios, convertida en perpetuo duelo". Cuando las grandes impresiones se le olvidaban, "enterradas bajo la arena que echa de sí este mar turbulento y vano que hierve en mi pecho", la campana del Viernes le arrancaba de su distracción. "El bronce de mi pecho se hace como sensible y percibe sin dilación alguna esta voz: ¡Jesús ha muerto! ¡Acababa de expirar en la Cruz el hijo de Dios! Es cierto que esa voz se apaga después; pero con toda la dureza e insensibilidad de nuestro corazón, ella es siempre nue-

va y tiene no sé qué acento que parece que cada vez fuera la primera en que se anuncia a los hombres la muerte de un Dios por nuestro amor". En su Diario escribió: "...la campana de las tres de la tarde del Viernes siempre es nueva para mi corazón; al oírla siento como un grito que me anuncia su muerte santísima, y los golpes lentos del bendito bronce me parecen como gemidos entrecortados del dolor que da la naturaleza, a falta de corazones que sientan y lloren aquella muerte".

Esquiú permaneció en Palestina hasta el 8 de diciembre de 1877. Durante aquel año y medio viajó algo. Estuvo varias veces en San Juan de la Montaña; realizó dos excursiones a Nazaret, al Carmelo y Tiberiades; pasó algunos días en Belén. Para su primer viaje a Nazaret, debió pedir prestados cien francos. En la cima del Monte Tabor permaneció tres días, quedando "espantado de la grandiosidad de sus ruinas". El lago de Tiberiades fue para él lo más bello del mundo. "Él hace sentir, no sé de qué modo particular, la presencia de Nuestro Señor en estos Santos Lugares: parece que uno lo viera atravesando estas aguas..."

Estudió con entusiasmo. Aunque conocía muy bien los Evangelios, los profundizó a través de los libros del padre Curci, de Cornelio a Lapide, de San Alfonso María de Ligorio y de las homilías de San Buenaventura; y escribió interesantes comentarios sobre estas obras. Dedicóse también a los estudios arqueológicos. Algunas tumbas antiguas le apasionaron.

Algunos de sus biógrafos dicen que allí, en Palestina, Esquiú pronunció veintiocho sermones; que lo azotaron los beduínos; que dijo misa en el Cenáculo —perteneciente a los musulmanes— como una especialísima concesión; y que acariciaba a los leprosos. Esto último es muy probable. No así todo lo demás.

No sabemos que predicara sino una vez. Uno de sus biógrafos, sin embargo, menciona sus "fervorines" y pláticas sencillas al pueblo. Cuéntase que, en una ocasión, habiendo olvidado el sermón que tenía escrito, improvisó como en éxtasis,

con los ojos en el cielo y mientras largas lágrimas araban su rostro. El sermón que se conserva fue una simple plática, pronunciada en la noche del Viernes Santo, a la puerta del Sepulcro, ante un pequeño grupo de peregrinos españoles. ¡Plática admirable, penetrada de unción! Nunca habló un argentino, con tanta belleza, del amor de Cristo a la humanidad. Considerábalo un alto e incomprensible misterio, que excedía a nuestra razón e inteligencia. "Pero a los ojos de todos, ¡qué pruebas, qué palabras de amor incomprensibles! ¡Qué voz la de este cadáver santísimo! ¡Qué palabras las de estas manos y pies agujereados, la de esta cabeza toda rasgada, la de estas mejillas abofeteadas! ¡Qué voz la de este pecho y corazón traspasados con una lanza, y de esa sangre vertida toda entre acerbísimos dolores por cumplir la voluntad de su padre, que es nuestra santificación y vida eterna! Esa sangre derramada y ese cuerpo despedazado de un Dios, ¿qué dicen, qué claman sino amor, y amor infinito?"

Jerusalén fue para fray Mamerto una incitación, tenaz y exaltada, a la santidad. El hombre de Dios que había sido él siempre, quedó fijado. La obra de arte de su vida se pulió y perfeccionó en Tierra Santa. Allí oró, se mortificó y se humilló, con el fervor de los elegidos. Tal vez él, desesperado de santidad, no creyera serlo. Pocos meses después de haber llegado, escribió: "El hombre viejo está en mí en todo su vigor; soy en la vanidad como la paja que se mueve al menor soplo". Pero ya sabemos cómo exageraba cuando se trataba de sí mismo. El hombre viejo, si existió, estaba muerto definitivamente.

En Jerusalén, Esquiú pasó los mejores días de su vida. No conociéndole nadie en Jerusalén, el orgullo y la vanidad, sus enemigos, no podían tentarle. Allí no había peligro de que le ofrecieran arzobispados, ni le alabaran los sermones. Era uno de tantos, entre los ciento sesenta frailes de San Salvador. No hablaba casi con nadie. Su gusto por la oración podía ejercerse plenamente en los lugares santificados por la Pasión de Nuestro Señor. ¿Puede haber felicidad mayor que pasar los días

allí donde Cristo padeció y murió por nosotros? Hay en la tierra muchos sitios que nos producen enormes emociones; pero nada puede compararse al sacudimiento que nos causan el Santo Sepulcro, la Vía Crucis, el Huerto de Gethsemaní, el Jordán, Belén. Vivir en estos lugares es estar en permanente y divina emoción, porque si Jerusalén, con sus murallas medievales y casas de piedra, es una de las más características ciudades que existen, los paisajes que la rodean nos penetran de honda belleza, y todo —la ciudad, el paisaje, las cosas y el cielo— desborda de sugestiones religiosas. Ningún paisaje me ha impresionado tanto como las montañas que separan a Jerusalén del Mar Muerto. Es evidente que aquellas colinas —majestuoso mar de cúpulas grises y desoladas— estaban destinadas para que en ellas ocurrieran sucesos trascendentales. Jerusalén está humedecida de religión. Sus piedras sudan plegarias y lágrimas. No hay ciudad más humana, porque tiene algo de divina. Desde hace miles de años los cristianos lloran en Jerusalén. Lloran sus pecados, sus tristezas, sus esperanzas, su ansiedad de Dios. Pobre hombre lleno de miserias, yo he pasado en Jerusalén las horas más nobles y bellas de mi vida. ¿Qué no habrá sido para un corazón como el de Esquiú, que vivía permanente y exaltadamente en Cristo?

Esquiú amó con pasión a Jerusalén. La tuvo presente durante todo el resto de su vida, sobre todo en los grandes momentos. Designado Obispo de Córdoba, tres años después de haber partido de Tierra Santa, escribió para sí estas bellas e impresionantes palabras:

"¡Jerusalén! Por lo que se hablaba de ti, yo había entendido que tu semblante era siniestro y horrible como el del fratricida Caín. Ni de este error se libraban los testimonios que, a cada paso, se ven en los Libros Santos, sobre tu gloria y dignidad. Yo sabía que tú eras llamada la Ciudad del Gran Rey, que por ti no se extinguió en el lujo la descendencia de David; sabía que la sangre de Jesucristo no pide venganza como la de Abel, sino que, siendo la de un Hombre-Dios,

pide misericordia y perdón; sin embargo, pensaba que los valles que te rodean y las ruinas en que te asientas, sólo respiraban ira y furor contra los hombres que derramaron la sangre de tu mismo Dios. Así lo pensaba hasta que te contemplé con mis propios ojos. Centenares de veces he recorrido tus calles, desde el sitio de la antigua Elia hasta el fondo del valle de Josafat; te he contemplado muchas veces desde las alturas del Monte Olivete, como desde el sitio del campamento de todos tus conquistadores; he dado la vuelta a tus muros y he mirado desde lejos la cima de tus cúpulas y almenas, como he penetrado en tus lóbregas necrópolis; durante año y medio he respirado tu aire y he contemplado tus días y tus noches, tu sol abrasador y tu melancólica luna, y siempre y por doquiera no he visto otra cosa que la ciudad de Dios, oprimida por la ingratitud humana; no he sentido nunca acentos de ira, sino los gemidos de la más bella y de la más desolada de las criaturas. ¡Jerusalén! Yo deseé acabar mis días a la triste y solemne sombra de tus ruinas; pero el Señor, tu Rey, no lo quiso y debí volver a donde era honrado sin ningún mérito. Sólo pido a Dios el inestimable bien de que me haga participante de tu suerte, que es la suerte de todos los santos: ser nobles y desolados, como eres tú, ¡oh amada Jerusalén!"

CAPÍTULO DÉCIMOSEGUNDO

UN DÍA DEL PEREGRINO

Todos los días, a las cuatro, el hermano José arrastraba sus sandalias por los claustros y corredores del Convento, despertando a los padres. Era plena noche y hacía un frío cruel. El hermano llevaba una linterna. Las sombras, agazapadas en las puertas de las celdas, huían de su presencia.

El hermano llegaba a la puerta de fray Mamerto y golpeaba. Después entraba, porque el padre tenía pesado el sueño.

—Las cuatro y media —rezongaba en italiano.

Fray Mamerto era uno de los padres que daban más trabajo para despertarse. No todos necesitaban ser llamados; felizmente para el hermano José, pues por entonces alojábanse en San Salvador ciento sesenta padres.

Fray Mamerto encendía la lámpara. A veces no tenía que molestarse, pues quedaba encendida toda la noche. Cuando al abrir los ojos veía la luz, se reprochaba su descuido como un gran pecado. "Esta falta antigua, hija de la costumbre y del insensato miedo nocturno, se opone a la virtud de la santa pobreza y es nociva a mi salud. ¿Hasta cuándo seré un imbécil?"

A veces no se levantaba en seguida. Pasaba, con harta frecuencia, malas noches. Padecía del estómago. Afligíanle dolores de cabeza con una especie de vértigo. Culpábase de haber comido con exceso: "La mayor parte de la noche sufro insomnio, causado por un fuerte dolor de estómago; quiera el

Señor que, siquiera por la salud del cuerpo, aprenda a ser templado en la comida, debiendo ser muy mortificado según las gravísimas enfermedades de mi alma". No le creamos. Trataba a su cuerpo con tremenda severidad. Además, quien haya estado en Casa Nova, donde los franciscanos alojan a los turistas, no creerá jamás que alguien, por más hambre que tenga, pueda atracarse con la comida que dan allí los padres. Y si tan trágicamente mal se come en Casa Nova, donde se agasaja a los huéspedes, ¿qué sería en San Salvador, lugar de mortificaciones?

Mala salud la de fray Mamerto. Parecía sano y aun robusto: era bien conformado, erguido, y no carecía de carnes. Pero las privaciones, los padecimientos morales y los nervios, todo unido a su mal estómago, jaqueaban su salud. A veces, una leve discusión después de la comida de la noche bastaba para desvelarle. Creía él que se desvelaba por no soportar que le contradijesen. Pero no era por esto —¿cómo no habría de soportar la contradicción?— sino porque, poniéndose a pensar en el tema de la discusión y en lo que llamaba su amor propio y su vanidad, acababa por perder el sueño. Acostábase disgustado de sí mismo. Y además de los insomnios, padecía de terrores nocturnos. En Catamarca decíase que el Demonio le azotaba. Pero no hay en su Diario una palabra sobre esto, ni, que yo sepa, testimonio alguno. Más bien creo que estos terrores se los causaba la preocupación de la muerte, honda y terrible en él.

El clima de Jerusalén era hostil a su organismo. Enorme contraste con el de Catamarca, donde él pasó la mayor parte de su vida. En Catamarca se ignora el frío y llueve muy poco. En Jerusalén, durante el invierno, se vive entre vientos molestísimos, lluvias interminables, temperaturas muy bajas, heladas, nieves. Y en la celda del Convento no había, seguramente, calefacción. En su Diario puede advertirse cómo le preocupaban la temperatura, los vientos, las nubes, el cielo.

Cada despertar era un motivo de padecimiento y de repro-

ches. "Me recuerdo al tiempo oportuno de dejar la cama; y sin embargo, me dejo estar, fumo y aun busco un sueño no necesario; y con todo que veía la necesidad de sacudir esta pereza, asesina de todo bien y puerta anchísima de todo mal". Se dejaba estar diez minutos, veinte; por excepción, media hora, cuando había dormido mal o había estado enfermo. Sentíase "abrumado de tristeza" por esta nadería, y reprochábasela, lo mismo que sus enfermedades. "Manifiestamente, ésta es la consecuencia de mi disipación y falta de templanza en la noche anterior". Si por acaso no se levantaba hasta la seis, se acusaba de no saber estimar el valor del tiempo, cuando ya se acababa su vida, y "¡con el inestimable beneficio de poseerlo en Tierra Santa, en Jerusalén!" Y si, al despertarse, antes de ser llamado por el Hermano, dudaba de que fuesen las tres o las cuatro, calificaba de "farisaica" a su inocente duda.

Mientras se vestía, rezaba siempre algo; el himno *Jesu Corona Virginum,* o el Salmo *De Profundis,* o el *Ave Regina Coelorum,* o el *Ave Maris Stella.* La pesadez del sueño pasado amodorrábale durante esos minutos. Para él, este amodorramiento natural era una falta. "Nada tan brutal como mi vida en aquellos primeros momentos: si me muevo es como arrastrándome; soy como un sordomudo para las cosas espirituales, y, rezando, lo hago maquinalmente".

Vestido, se arrodillaba y rezaba. A veces, leía algún capítulo del *Stimulus,* traducía un párrafo de las *Visitas.* Casi siempre oía misa en San Salvador, a la que, generalmente, llegaba ya comenzada. Durante esta misa solía rezar las horas del Oficio llamadas Prima y Tercia.

Si llovía, decía misa en San Salvador. Durante el primer tiempo de permanencia, iba diariamente a Gethsemaní, aunque lloviese. Como esto perjudicase a su salud, produciéndole interminables resfríos, el Guardián le ordenó quedarse cuando hiciera mal tiempo.

Si el día se anunciaba bueno, fray Mamerto emprendía su caminata hasta Gethsemaní. La distancia a recorrer no llega

a mil doscientos metros; pero se marcha por callejuelas sin aceras y mal empedradas y subiendo y bajando cuestas. A la hora en que salía del Convento —cinco y media— no era aun de día. Por las calles, sin embargo, no debía de faltar movimiento: nada más concurrido y hormigueante que las ciudades del Oriente. Con seguridad que, al atravesar el barrio musulmán, cerca de la puerta de Sitti Maryam, llamada también de San Esteban, más de una vez debió encontrar algún camello o algún asno cargados.

Esquiú tomaba la calle de los Francos. Veía la cúpula, con su cruz dorada, de la iglesia del Santo Sepulcro y pasaba por la Octava Estación, y por la Puerta Judiciaria, donde acaeció la Séptima. Recorría todo el resto de la Vía Dolorosa, en el barrio musulmán. Dejaba a la derecha la calle de la Amargura, donde María salió al encuentro de su hijo. Cruzaba luego bajo el arco del Ecce Homo; por el sitio de la Escala Santa; junto a los muros de la Torre Antonia, frente a la cual está la Capilla de la Flagelación; y rozaba los de la Piscina Probática. Unos pasos más, y salía por la Puerta de San Esteban al Valle del Cedrón o de Josafat. Es de imaginar el recogimiento y la unción con que el fraile, tan penetrado de los Evangelios, recorría aquellos Santos Lugares. El amanecer, el relativo silencio de la calle, la sucesiva aparición de las Estaciones, todo debía contribuir a elevar el alma del sacerdote y a llenar su corazón de ternura.

Desde la puerta de San Esteban, veía el Monte de los Olivos y, al pie del Monte, a trescientos metros de la Puerta de San Esteban, pasado apenas el torrente del Cedrón, el Huerto de Gethsemaní. Desde su sitio, contemplaba el Cementerio Musulmán a su derecha, y, poco más al Sur, las tumbas de los hebreos. Pero él no se detenía. Tomaba el sendero que conduce a la iglesia de la Virgen, a la que llegaba después de pasar un puente y de subir una cuesta.

En la Gruta de la Agonía celebraba diariamente. La asistencia, una o dos personas. A veces, entraban peregrinos rusos,

o griegos cismáticos, que distraían al oficiante besando ruidosamente todas las cosas. En su Diario, Esquiú, con extraño interés, anotaba unas líneas sobre los asistentes a su misa.

Terminada la misa y rezadas algunas oraciones, fray Mamerto retornaba por el mismo camino. A veces, iba por un rato a la iglesia de la Virgen o al Huerto de los Olivos. Por excepción subía al Monte Olivete, desde cuya cima contemplaba a lo lejos el Mar Muerto. Al dejar estos lugares que tanto amaba, veía a su frente las murallas de Jerusalén y las cúpulas y torres de los templos. Creo que el paisaje poco o nada le decía. No lo atribuyo a insensibilidad ante la naturaleza, sino al ensimismamiento de su vida interior.

Y de nuevo, la Vía Dolorosa, ahora en la dirección en que lo recorrió Jesús. Pero fray Mamerto no seguía de largo. Entraba en la capilla de la Flagelación y oraba, o en el Santuario del Ecce Homo. En este lugar, encontró, más de una vez, a don Alfonso María de Ratisbonne, el célebre judío convertido, ya sacerdote. Ratisbonne, a quien Esquiú llamaba Ratisbona, había edificado aquel santuario. El franciscano hacía allí alguna de sus visitas. Una vez Ratisbonne, al verle hincado en el suelo, se le acercó y le ofreció su reclinatorio. Ratisbonne era un personaje. "El Señor —escribió fray Mamerto— premie su humildad y caridad". Otra vez, en el Ecce Homo, oyó la misa del "señor Ratisbona".

Hacia las nueve llegaba a San Salvador. Era la hora, para él terrible, de la Cafetería o desayuno. En la Cafetería siempre había algunos conocidos suyos. ¿De qué conversaba con aquellos benditos? De los malos tiempos que corrían; de los sacerdotes griegos y sus triquiñuelas; de la futura guerra entre Turquía y Rusia; de alguien que había llegado o que partía; de autores teológicos y de doctrinas. Se hablaba siempre de "cosas buenas". No obstante, aquellos minutos eran para Esquiú motivo de tremendos remordimientos. Si se discutía y él defendía con algún entusiasmo su opinión, se lo reprochaba: ese entusiasmo debía ponerlo en combatir la soberbia. El

simple hecho de expresar una idea contraria a la de otros era una prueba de orgullo. El conversar durante tres cuartos de hora o una hora constituía una falta no menos grave. En todo veía su soberbia, su vanidad, su tendencia a la ira. "Hoy, por dos o tres veces, de un modo especial, me entregué a largas conversaciones y disputas que disiparon toda la devoción de la mañana y me hicieron víctima del funestísimo amor propio, con sus tendencias de ira y juicios temerarios contra los siervos de Dios". Criticando su fogosidad en las discusiones, afirmaba que no era el celo de la gloria de Dios ni el amor a la verdad lo que le hacían hablar en "tono declamatorio", sino el orgullo de su corazón, el amor propio, el deseo de imponerse. Una vez que se había discutido sobre Escoto y San Buenaventura, él, partidario del segundo, pero sin dominar el tema, preguntóse: "¿Qué podría llevar a la disputa sino la acrimonia de mi amor propio herido por la contradicción?" Y con motivo de otra discusión y de su orgullo y deseo de imponerse, escribió: "Prueba de esto es la inquietud que me ha quedado toda la tarde, no dejándome atención ni devoción en nada, y viniéndome de continuo a la memoria, como grandes proezas, algunas cosas que había dicho..." Su talento para el análisis de su alma y de su vida era tan grande como su virtud.

Una vez, por bromear, hiciéronle un cargo. Él intentó su defensa. Pero, entre otras cosas, dijo ser "muy celoso del bien en Tierra Santa". Para cualquier mortal no habría en esto materia de remordimiento o de reproche. Para él lo había. Podía decir esas palabras a Dios, pero ante los hombres fomentaban la soberbia y rebajaban a los demás, "como sucede siempre que uno habla en cosa para sí ventajosa". Esta frase, escrita en un cuaderno que nadie habría de leer, revela la enorme caridad de Esquiú.

Después de la Cafetería, iba a su celda. Cada tres o cuatro días, o tal vez más, lavaba su ropa, allí mismo. "Me ocupé de lavar mis pañuelitos y alguna otra ropa interior, por estar

casi toda muy sucia". Probablemente, carecía de dinero para pagar a una lavandera, a menos que lo hiciese por virtud o por penitencia. Otras veces barría su celda. Y todos los días, hacía su cama.

En la celda pasaba media hora, una hora, leyendo o estudiando. He aquí lo que leyó en un día, aunque no sabemos si todo fue por la mañana o también a otras horas: "Segunda lectura del mismo capítulo V, del libro II, *De Imitatione*. La lección XLIII del padre Curci. El capítulo VI de la Epístola a los Romanos, segunda lectura. La homilía XI de San Juan Crisóstomo. Conclusión del *Proemium* y primer capítulo de la primera parte del *Breviloquium*. Segunda lectura del capítulo IX de la segunda parte del *Stimulus*. A ciertas horas, algo del padre Huguet".

De la celda pasaba a la iglesia, donde rezaba, con la Comunidad, Sexta y Nona. El almuerzo era muy temprano, y, como la Cafetería, una fuente de pecados para el santo hombre. Acusábase de gula, de destemplanza en el beber y de hablar excesivamente después del almuerzo. Su "perniciosa locuacidad" le parecía más grave cuando apenas llegaba de la oración de las diez y tres cuartos. Lo terrible era la influencia que este "pecado" ejercía en las restantes horas de su jornada. "Con las palabras ociosas que dije, perdí casi todo recogimiento y la atención a lo que comenzaba a iluminar mis tinieblas". Y otra vez: "Las charlas que han seguido a la comida y a la colación me dejan triste y propenso a la feroz misantropía. ¿De qué procede esto sino de que en las conversaciones inútiles en que siempre toma una gran parte, cuando no sea todo, la propia vanidad, toma cuerpo y consistencia esta horrible pasión, de que nacen la ira, la melancolía, la impaciencia, los juicios temerarios, los miserables resentimientos humanos, y, por fin, el olvido de lo que es uno mismo y de lo que debe a Dios, cosas que son germen poderosísimo de muerte eterna?"

Como buen provinciano, no perdía su siesta. Aparte de que

se levantaba a las cuatro; en plena noche, puede decirse. Antes y después de dormir, leía y escribía. A veces se reprochaba la longitud de su sueño. En una ocasión escribió que, aprovechándose del frío y de la lluvia, se acomodó en la cama con "regalo".

Muchas tardes, sin embargo, pasábalas leyendo o escribiendo. Cuando esto ocurría, era casi fatal que se durmiese durante las Vísperas, que se rezaban a las tres. El sueño le amarraba al lecho. Entonces las rezaba solo, junto con las Completas.

Poco más tarde, si el tiempo era bueno, salía a pasear por la ciudad y sus cercanías. Estudiaba los restos arqueológicos del esplendor de Jerusalén. Después, a las siete, Maitines y, luego, la colación. Antes de acostarse escribía su Diario. Por excepción realizaba este trabajito a las horas de la siesta o de la mañana.

Su organismo le obligaba a comer poco. Cualquier cosa le indigestaba y le hacía dormir mal. Muchas noches, "pitaba un cigarrito". Despertábase a menudo, ya atormentado por la idea de la muerte; ya con sus terrores nocturnos, cuya exacta naturaleza ignoramos; ya molesto por alguna incomodidad del estómago.

Rezaba largamente antes de acostarse, y también en el lecho. Encendía la lámpara a media noche, cuando se sentía incómodo, y a veces dormíase dejándola encendida. Mientras tanto, en la celdita se amontonaba el frío.

Y como este día, fueron los días de fray Mamerto en Jerusalén. Iguales los unos a los otros, hermanos en la santidad. Las oraciones se sucedían a las oraciones, desde el alba hasta la noche. Vida lenta, de hondos pensamientos religiosos. Vida en Dios, sin condescendencia para los halagos y las vanidades. Vida de sacerdocio ejemplar, de mortificación, de contemplación. Vida feliz, de preparación para la muerte, de ejercicio para vencer el terror de la muerte.

Lejos de la Patria y de sus hermanos, solo e ignorado en

aquel enorme Convento de San Salvador, Esquiú conoció en Jerusalén la verdadera dicha. "Jamás ha habido en mí —escribió a su regreso— cosa que deje un recuerdo más amado y profundo". Declaraba, "sin pretensiones de poeta", saber "sentirla como el objeto más bello y desolado que hay bajo del sol". Temía olvidar "su belleza y dolores", y, al pensar en esto, surgía en su alma la imprecación del pueblo cautivo en las márgenes de los ríos de Babilonia: "Si me olvidare de ti, oh Jerusalén, quede yerta y como olvidada mi mano derecha; péguese mi lengua al paladar, si tú no fueras el principio de mi alegría".

CAPÍTULO DÉCIMOTERCERO

EXAMEN DE CONCIENCIA

El *Diario de recuerdos y memorias* constituye un agudo examen de conciencia. Las páginas de Palestina, que pasan de trescientas, nos dan un exacto conocimiento de las preocupaciones de Esquiú, de la austeridad de su vida y de la belleza de su alma. Por ellas sabemos cuáles eran los pecados que se reprochaba y cómo los combatía. Toda su alma está en aquellas páginas sencillas, escritas sin literatura. Esquiú aparece como un espíritu práctico, preocupado de sus pequeños quehaceres y faltas. En ningún momento, salvo en tal cual grito de aflicción, surge el hombre genial, el orador de las grandes imágenes y de las profundas ideas. Son notas en que apuntaba lo acaecido en el día, con un espíritu análogo al de la dueña de casa que apunta los gastos de la cocinera.

No incurría en una falta sin asentarla. Seguramente, recorría con frecuencia sus cuadernos; y así trataba de evitar los pecados y defectos advertidos y observaba sus progresos o retrocesos en el camino de la perfección.

En su Diario, él está solo consigo mismo. No es un diálogo con su alma. Ni literatura, ni filosofía. Nada para los demás. Nadie había de leer esos cuadernos. A él le servían para llevar sus cuentas con Dios, que es el más exigente de los acreedores. Allí vemos el Debe y el Haber de Esquiú. Más bien su Debe. Si sabemos cuál era su enorme Haber, su fortuna de santidad, es porque lo deducimos de su insignificante deuda.

Pero a pesar del carácter práctico del Diario, aquí y allí se manifiesta la grandeza del alma de Esquiú, atormentada por ansias de santidad. Junto al pequeño escrúpulo, que nos hace sonreir a los malos cristianos, está el grito de angustia. A veces, creyérase que ha estado a punto de desesperarse. Después de haber adorado el Santo Sepulcro, escribió: "¡Ah, cuánto bien hace a mi alma, que tiene en sí tantos motivos de caer en la horrible desesperación, el sentir la verdad, la grandeza infinita de la Divina Misericordia, la ternura inagotable del buen Jesús!" Había un hondo drama interior en este hombre que, recordando una lectura realizada antes de dormirse, preguntábase si la hizo para reemplazar la falta de oración o para acallar los gritos de su conciencia. Es el drama de quien todo lo pone en el amor a Dios y en la salvación y teme condenarse. Creía que la Misericordia Divina le había librado del Infierno, en que él se precipitaba. Una vez aplicó la misa en honor de María, por haberle salvado "de caer en el Infierno". Lo que para nosotros significaría un simple escrúpulo, para él es la dolorosa escena de un interminable drama moral. Y en su angustia, estallaba a veces, espontáneamente, en frases de gran belleza: "La muerte y las tinieblas son mi triste morada".

Es admirable la fe de Esquiú. Ni un asomo de duda en las setecientas páginas de su Diario. Cierto que él hablaba de "las innumerables negaciones" con que ha desconocido al Señor, y de haber celebrado la misa "con una fe casi muerta, en un estado de hacer desesperar de mi remedio, si Dios no fuese quién es, omnipotente y caridad infinita". Todo eso eran, sencillamente, momentos de muy relativa frialdad o de tibieza. En realidad, poseía la fe del carbonero, pero de un carbonero sublime. No era un místico, en el sentido exacto de esta palabra, sino un contemplativo o, mejor, un hombre de oración. Su modo de contemplar era la plegaria. Rezaba incesantemente, y creía, con maravillosa fe, en la virtud de la oración.

Su pureza fue perfecta. Jamás nadie vio en él la menor huella de pecado contra la castidad. En un día de marzo de 1877 escribió: "...gracias a la Divina Misericordia, que no permite que sea tentado en cosas graves, y que me tiene alejado de infinitos peligros en que sería vencido, y mortalmente, y quizá para no levantarme jamás". No tuvo, pues, que luchar contra la tentación carnal, que hizo padecer a tantos y derrumbó virtudes que parecían inconmovibles. Fue puro desde siempre, aun en los momentos difíciles de la adolescencia. ¿Contribuyó a ello su vida conventual desde la niñez? ¿O el hábito franciscano, único traje de su vida? Tal vez las dos cosas, unidas a la gracia de Dios. Por no haber tenido contacto con el mundo y la vida, no vio ni de lejos la impureza. Su alma era limpia, como el agua de los arroyitos de la comarca montañosa donde nació. Conoció la impureza como espectador, cuando la estudió en los textos de Teología Moral y cuando la oyó en el confesonario.

Quien no haya leído vidas de santos y recorra el Diario de Esquiú le imaginará un pecador. Aquí dice: "Mi miseria es tan grande y tan abominable mi vida, que yo mismo cierro los ojos por no verme". Allí habla de sus "culpas y escándalos", de las "gravísimas enfermedades de su alma" o de sus "indecibles maldades". Una vez escribió estas palabras de angustia: "La memoria de mis pecados me abruma; su sola acusación en el secreto de mi conciencia me causa tal horror que, para no desesperar, tengo que apartar los ojos de mí mismo y ponerlos en mi Redentor Crucificado". Se reprocha su "naturaleza en extremo viciada" y se considera "pecador e ignorancia, tinieblas y estupidez". Recordemos a Santa Teresa, que hablaba de su "ruin vida y pecados", y a San Francisco de Asís, que un amanecer, después de una noche de combate contra los Demonios, decía a sus hermanos: "Es que siempre me parece que he sido el más grande pecador que haya habido en el mundo".

Los pecados que fray Mamerto se atribuía eran la pereza,

la gula, la tibieza, los juicios temerarios, la vanidad y el orgullo. Pero si alguna vez incurrió en alguno, fue en tan insignificante grado que apenas merece el nombre de falta. Creo que no llegaron ni a ser pecados veniales.

Ya sabemos en qué consistía su "abominable y funestísima" pereza: en quedarse en la cama diez o veinte minutos, entre cuatro y cinco de la madrugada, en pleno invierno de Palestina, cuando aun estaba lejos de aclarar, y después de una noche de malestar físico o de insomnio. Cuando dice que le despertaron a las cuatro y cuarto y se acusa por haberse quedado en la cama, suponemos que siguió durmiendo siquiera una hora; y nuestra sorpresa se mezcla con una sonrisa de admiración, de simpatía y de estúpida lástima, cuando más adelante agrega que se levantó a las cuatro y media... El lector del Diario exclama un "¡pobre!" y se queda pensando en el contraste entre aquella existencia de santidad y nuestra irremediable miseria de mediocres gozadores de la vida.

No creamos en su tibieza, aunque él diga: "Ya no puedo tener aquella fe viva, la dulce e intensa devoción de los primeros días; y esto me sucede aun en Jerusalén, aun en esta sagrada Gethsemaní, que debía derretirme en lágrimas con la memoria de Jesucristo, que allí mismo agonizó y sudó sangre por mi alma". Toda su jornada era un vivo acto de fe. Sus tibiezas eran el resultado de sus enfermedades, o el efecto de la natural distensión del espíritu, pues es imposible que hombre alguno pueda mantenerse perpetuamente en un Aconcagua de fervor. Esquiú habla de "distracciones y sequedades en la misa"; o de que está "como sin corazón", hasta el punto de no poder retener las verdades religiosas "de un modo vivo". Y nos dan ganas de enojarnos con él cuando leemos: "...por las gravísimas tentaciones de blasfemias y de incredulidad, por la brutalidad de todos mis instintos y la suma flaqueza que siento en las menores pruebas". Estas tentaciones deben ser las malas ideas que a todos nos pasan alguna vez por la imaginación, sombras que vienen desde lo hondo del subcons-

ciente, tal vez desde las vidas de nuestros antepasados, o invitaciones del Maligno; pero que no dejan en el hombre virtuoso la menor huella, porque él no permite que se detengan en su conciencia ni unos pocos segundos. La fe de Esquiú, su hondo fervor, su elevación religiosa, fue advertida muchas veces por quienes oyeron sus sermones y las sencillas palabras de su conversación.

Juicios temerarios... Este pecado formaba un conjunto con los de vanidad y orgullo; y con las faltas, que consistían en disputar y defender con tenacidad sus opiniones. Un ejemplo de lo que era para fray Mamerto un juicio temerario: había llegado el Emperador del Brasil, Don Pedro II, que comulgó, con devoción y recogimiento, en el Santo Sepulcro; y Esquiú, que "no esperaba tan buenas obras", se reprochó el mal juicio que hiciera del Emperador y que era resultado de su "orgullo y dureza de corazón". No sabemos si había comunicado a otra persona sus dudas sobre la religiosidad de Don Pedro. Creo que fue un simple pensamiento. Y esta insignificancia le merece el siguiente comentario cruel sobre sí mismo: "El Señor se apiade de mí y no permita que se cumpla, aunque sobrado lo merezco, que del Oriente y del Occidente vengan a sentarse los extraños en la mesa de Abraham, y los hijos del Reino queden excluídos por su soberbia e hipocresía de sus corazones. En reparación de mi juicio temerario, rogaré siempre por este Emperador, que tendrá faltas, pero que, a toda luz, se muestra menos indócil que yo a Nuestro Señor". Y dos días después, a propósito de otros actos muy loables de Don Pedro, escribió: "¡Qué acusación contra mi tibieza y mi soberbia farisaica! El Señor tenga piedad de mí".

Discusiones, materia de disgusto: quien discute defiende su propia opinión e intenta convencer a su adversario. Y esto era para él revelación de vanidad y orgullo. Y del mismo modo manifestábase su "vanidad", al decir cualquier cosa de la que pudiera resultar un elogio para él. Una vez, al volver de Gethsemaní, encontró otro sacerdote que solía visitar la

capilla de la Flagelación, y como él hubiese dicho que también la visitaba, a la noche escribió que había "dado curso a la horrible pasión de la vanidad". Recordemos siempre este pequeño hecho: nos servirá de escala para medir los pecados de fray Mamerto.

Pero él no sólo se creía lleno de vanidad, sino también de soberbia y de orgullo. Calumniándose, afirmaba: "El orgullo hervía en mi pecho", o "el orgullo y todas mis antiguas pasiones están vivas". O bien aún: "...y por igual género de conversación que tuve después de la comida, se acrecentó excesivamente el pestífero humo de la soberbia". Y la soberbia consistía en haber dicho cosas que le recomendaban... Y en fin, un día que se había confesado, escribía estas palabras terribles: "Parece que después de tanta soberbia como rebosa de mí a cada momento, aun tuviera un horrible tesoro en reserva, de esta maldita pasión". Fray Mamerto, al modo de los santos, practicaba el odio de su persona. ¡Reserva de soberbia, y nada menos que un tesoro, él, que era todo humildad y caridad!

Porque Esquiú, que aspiraba desde la niñez a la perfecta humildad, llegó a alcanzarla. Quería pasar por el mundo como un desconocido, y le molestaban los triunfos oratorios de otros años. A propósito de una homilía de San Juan Crisóstomo, escribió que convenía consultarla con frecuencia "para no incurrir en la tentación de aspirar a obispados". ¡Así era de escrupuloso este hombre, que hizo un largo y penoso viaje, durmiendo al raso en las noches heladas del altiplano de Bolivia, por huir de un arzobispado!

¿Hubo en el fondo de su alma algún respeto humano? "No hay en toda mi vida una sola acción en que no haya tenido en cuenta esta sombra de muerte de complacerme yo mismo o de ser elogiado por los hombres". Pero si tuvo complacencia en las alabanzas que se le hicieron —inocentísima "falta"— fue en otros años. Recordemos cómo transformó su oratoria, abandonando las grandes imágenes y las pompas li-

terarias, y reduciéndola a la categoría de sencilla predicación evangélica.

En los largos días hierosolimitanos, convencido de que su vida era "juguete de todo viento de pasiones", luchó de mil maneras contra sí mismo. Se impuso una intensa práctica de la oración mental, sin la que, creía él, su condenación sería "poco menos que indudable". Se mortificó, oró, analizó sus defectos con encarnizamiento. Rogaba a algunos santos y a la Virgen con un fervor que impresiona. "¡Oh, Piadosísima! Vos sabes cuánto mal me ha hecho el olvidarme de Vos. Negociadme con Dios mi muerte, antes que tal cosa se repita en mí". El menor pretexto —una frase leída, una falta observada en sí mismo— le llevaban a elevarse a Dios, a la Virgen o a Cristo en una plegaria admirable, generalmente dolorosa.

En su lucha contra el hombre animal, se trazaba reglas de conducta. Propúsose mortificarse, soportando cualquier cosilla que no le gustara; procurando no pensar en sí ni en otros y elevando el corazón a Dios; evitando el hablar en cuanto pudiese; abteniéndose de comer o de beber aquellas cosas que le agradaran; y levantándose pronto de la cama. Todo esto, dicho así, no parece muy grande mortificación; pero pensemos que se trata de resoluciones para el día entero, y aun para toda la vida.

Su esperanza en Dios era ilimitada. He aquí una bella página que revela su confianza en el Señor: "Por poco que atienda a mi vida, a la malicia e ingratitud que la cubren como un diluvio de muerte, me espanto cómo pueda reír; de los rayos de consuelo y esperanza que penetran este abismo no se puede decir sino que *A Domino factum est istud, et mirabile in oculis nostris*. Poco menos de cincuenta años de traición e infidelidad continuas a continuos y muy grandes beneficios de Dios, han debido dejar como un sedimento en extremo horrible. ¡Ah! y yo siento en mí tan ruines y tan ignominiosas propensiones que yo mismo me espanto y avergüenzo; y sin embargo de esto y de la tibieza que mata y de

la inconstancia del corazón y la ceguera de mi mente, a pesar de todo, espero en Dios y en Él esperaré *etiamsi me occiderit.* Y Él me manda que espere en su bondad, con tal que yo quiera cooperar a la obra de su amor".

Hemos hablado de dos virtudes teologales en Esquiú: la Fe y la Esperanza. ¿Y la Caridad? Ya veremos cómo está virtud cristiana constituyó la característica del padre durante los años de su obispado. En Jerusalén, solitario, sin dinero, en medio de una población cuyo idioma ignoraba, no tenía muchas ocasiones de ser caritativo. Pero practicaba la caridad de la oración y de las palabras. En las discusiones callaba para no hacer triunfar su opinión, para no molestar al adversario con la derrota o poniéndolo en evidencia de ignorancia. No olvidemos que él muy raramente mencionaba sus buenas obras. De las que refiere al pasar, deducimos que vivía penetrado de Caridad. Daba a los niños cuanto podía, enternecíase al ver maltratar a un pobre judío y su compasión extendíase hasta los animales.

No dejaron nunca de preocuparle en Tierra Santa sus hermanos, su Patria y sus amigos. Deseaba vehementemente quedarse en Jerusalén y allí morir; pero el recuerdo de los suyos era una abultada y permanente objeción a su anhelo. La orden de partir resolvió su drama de conciencia, aquel conflicto entre los afectos humanos y el amor a la tierra de Jesús. Amaba como nadie a los suyos y a su patria, pero creía que el alejamiento le era necesario para su salud eterna. Los afectos humanos, al ocupar demasiado lugar en su corazón, le impedían dedicar su pensamiento a Dios. "Sea lo que fuere del amor a la patria, el hechos, la verdad incontestable, es que esta ausencia es uno de los beneficios más grandes que me ha hecho el Señor; y cueste lo que cueste, protesto que, si es su voluntad, ayudado de su gracia, quiero pagárselo con mi vida". Sufriendo, pues, por aquella ausencia, la consideraba una gracia del Señor. ¡Y aun no le parecía bastante su aislamiento! "Ni amigos, ni enemigos, ni visitas, ni cartas, ni negocio de ningún

género; sin embargo, es tan grande mi miseria que, aun así, pierdo mi tiempo en conversaciones inútiles y me dominan familiaridades que, sin ser nocivas en sí mismas, me turban y me distraen más de lo que yo sé conocer".

Otra preocupación suya fue el restablecimiento de la vida en común, en los conventos franciscanos de la Argentina. Dentro de sus posibilidades, trabajó por este propósito incesantemente.

Al acercarse el momento de abandonar Tierra Santa, debió sufrir fray Mamerto. Allí había sido feliz y allí era más fácil estar cerca de Cristo que en parte alguna del mundo. En la ciudad donde Cristo padeció y murió por nosotros, estaba lejos de los peligros, y todo, las piedras, las casas, el paisaje, los nombres y el aire mismo le hablaban de Él.

Temía a la muerte. No parecía desearla, como San Francisco. Una vez escribió: "...la hora de la muerte, cuyo pensamiento me aterra más a medida que me acerco a aquella hora del principio de la Eternidad". Y cuando alguien moría, no dejaba de repetir para sí: *Et vos, estate parati.*

Por esta preocupación de la muerte, por la continua vigilancia de sí mismo y por el descontento de su vida, así como por su ternura hacia los suyos, Esquiú no era un santo alegre. En su Diario no encontramos una migaja del contento del Poverello, ni aquellas admirables expresiones de alegría que eran frecuentes en Charles de Foucauld: "¡Si supieseis las alegrías de la vida religiosa, en qué júbilos está mi alma!" ¿O acaso el temperamento criollo le llevaba a Esquiú a la melancolía? Porque él tenía la pasividad, la tristeza y el sentimiento del provinciano. Y si agregamos su ascendencia gallega —el gallego es uno de los hombres más melancólicos de la tierra—, ¿no resulta lógico que Esquiú, a pesar de su fe y sus virtudes, no fuese alegre?

Y a estos motivos, sumábase la conciencia de sus imperfecciones. Esencialmente sacerdote, aquello que en un seglar era apenas una ligera falta o ni siquiera eso, en él, a su juicio,

convertíase en un pecado. Tenía un sentido augusto de la dignidad sacerdotal. Haber "escandalizado" significaba, en su lenguaje, no haber actuado ante los demás con el fervor ardiente de un ministro de Dios. Sus "ingratitudes" consistían en no haber rezado tal oración. Sus "imponderables miserias" eran el dormirse y lo que él llamaba el hablar con exceso. Sus traiciones, sus infidelidades, sus disipaciones, no llegan a constituir ni un pecado venial. Pero él temía al sacerdocio. ¡Ay de él, si por su culpa se perdiese una sola alma! Tanta importancia atribuía a las pequeñas cosas que escribió estas trágicas palabras: "¡Cuidado con la tibieza y negligencia... se llega al abismo del pecado mortal, y éste, en un sacerdote y en Jerusalén, lleva por la mano al árbol de Judas!"

Creíase pues, sinceramente, lleno de imperfecciones. Su cierta pasividad provinciana, que él traducía por tibieza o falta de fe, y sus pasiones, o sea su propensión a exaltarse o fastidiarse, que él suprimió a fuerza de voluntad, eran suficientes para que no se considerara un santo; y semejante certidumbre le entristecía. "No hay sino una tristeza, que es la de no ser santo", ha escrito León Bloy. ¡Grande y maravillosa verdad! En la vida del cristiano llega un momento en que nos sentimos profundamente tristes por el tiempo que hemos perdido en vanidades y en pecados. Quisiéramos ser santos, y sabemos que nos hemos hechos incapaces de alcanzar tan alta felicidad. Una de las cosas que más impresionan en el Diario son estas viejas palabras latinas, que, dichas por Esquiú, cobran un acento trágico, mezcla de esperanza y de dolor: *¡Volo esse sanctus! ¡Miserere mei!* ¡Quiero ser santo! ¡Tened misericordia de mí!

C A P Í T U L O   D É C I M O C U A R T O

RETORNO

El padre Esquiú se alejó de Palestina el 8 de diciembre de 1877. El vapor *Alphée,* después de dos días de borrasca, llegó a Puerto Said. De allí, a Alejandría y a Nápoles, casi siempre con tiempo malo. Por el Diario de Esquiú nos enteramos de que también los santos se marean y vomitan.

El 22 de diciembre estaba otra vez en Roma. Y sin una lira en los bolsillos. Para ir al Convento de Araceli siguió a pie el carro que llevaba su equipaje y el de otras varias personas. Caminata formidable. Y largas esperas, mientras bajaban en cada casa los bultos.

En Araceli, donde residía el padre Ministro General, debía aguardar sus órdenes. Creía que iba a enviarle a Tarija. Desde una de las ventanas de su celda veíanse la Porta del Popolo y el Obelisco. La otra ventana daba sobre el Janículo.

Aquellos días romanos fueron de visitas a las iglesias. El 7 de enero murió el rey de Italia, Víctor Manuel. Esquiú partió el 22 para Asís. Nada escribió de sus impresiones de la Patria del Poverello, a la que llama "segunda Tierra Santa". Misas, oraciones por los suyos. Y después de cuatro días volvió a Roma.

Exactamente un mes después que a Víctor Manuel, llamó el Señor a Pío IX. Fray Mamerto vio el cadáver del gran Papa. "Su semblante, con indefinible majestad, parecía decir: *Bonun certamen certavi.* Le era muy propio el color rojo de los sa-

grados ornamentos: la mitra era de lama de oro, sin ningún adorno". Multitudes enormes llenaban la plaza de San Pedro y la iglesia. El 20 fue elegido Sumo Pontífice el cardenal Pecci, que adoptó el nombre de León XIII. Quince días después, el padre Esquiú besó su pie y su mano. "El semblante del Santo Padre es enjuto de carnes, pálido y apacible, y risueño en sumo grado, dejándose traslucir una firmeza de carácter que nada de este mundo será capaz de vencerla. Sus hábitos son bellísimos: sotana y cinturón blancos, capa y sombrero rojos, lo que quiere decir *Amor crucificado*".

Por primera vez, Esquiú describe una visión misteriosa. Lo hace, creo, no porque fuese la única, sino por no saber interpretarla. Otras que el pueblo comenta, y alguna que él mismo ha referido en conversaciones, eran fácilmente comprensibles. He aquí el relato de la visión, que fue en la iglesia de Araceli: "Ayer martes, asistiendo al sermón, desde la nave opuesta al púlpito, vi en el techo de la iglesia como una brillantísima aunque pequeña estrella; pensaba que en el artesonado y en el techo hubiese algún pequeño agujero, por el que entraba algún rayo de sol; mas después de un rato, parecía como alejarse y, por fin, perderse en un fondo oscuro, sin que después pudiera notar el más pequeño resquicio por donde entrase ningún rayo de luz. Apartaba la vista y la volvía a dirigir a ese punto luminoso; miraba en diferentes sentidos, por ver si era ilusión de mis ojos; con todo eso, por algunos minutos, quizá diez o quince, vi claramente lo que dejo consignado. No puedo creer que sea un agujero en el doble techo, y precisamente de forma oval, ni tampoco comprendo lo que, sin esto, sea ni signifique aquella brillantísima estrella, que se me ha desaparecido como absorta en los insondables espacios del cielo".

Acabábanse los días de Roma. Esquiú compraba libros para la biblioteca del Convento de Catamarca y pensaba en su destino futuro. Cuando preguntó si podría volver a su colegio dc Tarija, le contestaron que no. Después, se le ordenó que

eligiese: o el Convento de Catamarca, o algún otro que no fuese el de Tarija. Prefirió el de Catamarca. Y el 10 de abril partía para siempre de Roma.

Pasó en Asís la Semana Santa. Besó con devoción los cristales que guardan la Bendición autógrafa que escribió el gran Santo para el Hermano León. Estuvo en el Monte Alvernia, en Arezzo y en Florencia. Llegó el 23 a Génova. Celebró allí una misa al Arcángel San Rafael, para que el Señor le hiciese "llegar y pasar de Buenos Aires en paz y silencio". Y se embarcó el 1º de mayo.

Por aquellos días de su arribo a la Patria, Buenos Aires hallábase agitada por disensiones religiosas. El presidente, don Nicolás Avellaneda, era católico, pero la Masonería dominaba en la prensa y en otras partes. La caída del poder temporal de la Iglesia había envalentonado al anticlericalismo: el año anterior había sido incendiado por las turbas el Colegio del Salvador. El padre Esquiú no tendría el silencio que tanto deseaba su humildad. Desembarcaba el 28 de mayo, cuando una multitud le insultó y le silbó. ¿Sabía esa chusma que se trataba de Esquiú, o le afrentaba por ser sencillamente un fraile? No creo lo primero: los diarios no anunciaron su llegada, ni la supieron sino al otro día o dos días después. Fray Mamerto dirigióse a pie hasta el Convento de San Francisco, llegando, dijo un testigo, "con la cabeza sana". Había sido apedreado...

Durante los ocho días de su permanencia en Buenos Aires, fue visitado por muchos hombres importantes. Tenía por entonces cincuenta y dos años y una fisonomía varonil, agradable y simpática, como toda su persona. Su rostro estaba muy tostado. Sorprendió en Buenos Aires, donde sólo se le conocía por la fama, su distinción, así como la delicadeza de sus maneras y de sus palabras. Hablaba con verba fácil y amena, y sabía dar interés aun a los temas insignificantes. Su serenidad, su dulzura, la ternura que se adivinaba a través de sus palabras, contribuían, principalmente, al gran encanto que le encontraban todos los que tenían la suerte de tratarle. Un diario

dijo que se pasaban "insensiblemente las horas a su lado". Y todos lamentaban que un hombre de su valer no se quedase en Buenos Aires, en vez de enterrarse en el claustro de un convento de provincia. Era en la gran ciudad donde hacía falta.

Se dirigió a Catamarca, pasando por Rosario, San Lorenzo, Coronda, Santa Fe y Córdoba. A Santa Fe fue sólo para visitar a su sobrino Santiaguito. Viajó en tren, en mensajería y a caballo. No entró directamente en la capital catamarqueña. Quiso, antes, ver a sus hermanas, que vivían en la Callecita. Y para evitar una recepción que le preparaba el pueblo, llegó a su convento por la noche.

Pocos días después de su arribo, le eligieron convencional. Los catamarqueños iban a darse una nueva Constitución, y no querían prescindir del padre Esquiú, en cuyo genio y saber creían ciegamente y que era para la Provincia algo así como un numen tutelar. Esquiú, por puro amor a su provincia, sacrificó sus deseos de silencio y de oscuridad, aceptando el cargo. Y dedicóse con estusiasmo a preparar un proyecto. Pero su Constitución no llegó a ser siquiera estudiada. Algunos la calificaron de "monástica" y no faltó quien temiera que el padre "saliese con el Evangelio". Esquiú tuvo una gran desilusión y renunció a su cargo.

Su proyecto tiene apenas veintidós páginas. Señalemos algunas disposiciones interesantes. "La Religión Católica, Apostólica, Romana es la Religión de la Provincia". No obstante, y a pesar de ser un sacerdote el autor, los miembros del Clero secular o regular no podían ser ministros de gobierno ni elegidos en el cargo de gobernador interino, cargo que se creaba para los casos de vacancia o para cuando las autoridades hubiesen sido depuestas por una revuelta; con lo que, sin duda, Esquiú deseaba evitar que los sacerdotes se beneficiaran directamente por causa de los movimientos revolucionarios. En una provincia en donde los sacerdotes, por constituir la parte más culta de la sociedad, ocupaban altas posiciones, es de imaginarse cómo sería recibida la Constitución de fray Mamerto.

El cargo de gobernador era "semigratuito"; y el de diputado, gratuito. No podían ser ministros los parientes del gobernador por consanguinidad o afinidad, hasta el tercer grado. Para votar exigíase la edad mínima de veintiún años; poseer bienes raíces o ejercer una profesión honesta en la Provincia al que no fuese natural de ella; y tener "honradez jurídica". El Poder Ejecutivo debía "respetar y someterse como Poder de un gobierno católico a la Iglesia, en lo que a ella incumbe". En materia de leyes, establecía que "la pública sanción de doctrinas contrarias a la verdad y autoridad de la Iglesia Católica no pasa jamás a ser ley". Y el artículo 12 tenía esta disposición que, en Catamarca, donde jamás se había publicado un libro, y en 1879, resultaba curiosa y genial: "La propiedad literaria es absolutamente inviolable".

Asombra leer este proyecto de Constitución; el voto a los veintiún años, y no a los diez y ocho; el reconocimiento del catolicismo, como principio de gobierno, y rigurosas prohibiciones de severa moralidad.

Poco después, los periódicos de Catamarca levantaron la candidatura de fray Mamerto para diputado. Pero él no la aceptó.

Mientras tanto, el Senado nacional le colocaba en el primer lugar de la terna para el obispado de Córdoba. Fray Mamerto envió su renuncia. Declaraba en ella ser del todo extraño al arte de gobernar; carece de una carrera de méritos, pues no había pasado del simple sacerdocio; desear dedicarse a la orden franciscana, a la que todo lo debía. "Yo estoy más obligado que nadie con la orden franciscana; pobre y huérfano en la edad de diez años, esa orden se constituyó madre del pobre huérfano; podrán decir los bienes que me ha hecho, pero nunca los males y miserias de que me ha librado". Insistía en que el talento de gobernar no había podido conocerlo en él ni siquiera él mismo, puesto que jamás había ejercido autoridad alguna; y repetía que el ministerio episcopal no era para probar si él tenía o no las aptitudes necesarias. Y lo mismo que en su renuncia

al arzobispado, afirmaba no poseer la santidad de vida de los que han de ser obispos, ya que, según las Sagradas Escrituras, *oportet Episcopum irreprehensibilem esse.*

Esta renuncia, firmada el 4 de octubre de 1878 y publicada por toda la prensa del país, divulgó la fama de santidad del fraile. Y mientras comenzaban a desfilar los días, allá en Catamarca, ajeno a la popularidad nacional que le había granjeado esta nueva renuncia, él predicaba, confesaba y daba a todos su enorme corazón de caridad. Y pasaba algunos días en la Callecita, donde todo le hablaba de sus padres. Iba a la casa familiar en busca de cariño y de ternura.

Por entonces ocurrió uno de los hechos extraordinarios de la vida de Esquiú, referido por la leyenda.

Hallábase sentado en el patio de la vieja casa cuando llegó un peón. El hombre, agitado, venía desde Catamarca a buscar al padre, para que fuese a confesar a un moribundo, persona importante. Traía dos caballos y rogaba al sacerdote para que no perdiese tiempo. Fray Mamerto le contestó que en seguida partiría en su caballo y que se fuese tranquilo. El hombre, después de insistir respetuosamente, se apartó cabizbajo y triste, convencido de que el padre no podría en su mancarrón llegar a tiempo. Montó en su caballo y, llevando al otro de la rienda, volvió a la ciudad. Preocupado por el fracaso de su misión acercábase a la casa, cuando, con estupor, vio salir de allí al padre, que acaba de atender al enfermo...

Mientras tanto, Esquiú concluía sus gestiones para que se estableciese en el convento de Catamarca la vida en común, y el 4 de julio de 1879 se realizaba su ideal. Él, redactó el acta, en la que los frailes declaraban: "... nada queremos tener de propio, ni disponer a nuestra voluntad aun en nombre del prelado, sea en este convento, sea en cualquier otro a que nos destine la obediencia". Y al comenzar la vida de comunidad, Esquiú exclamaba: *¡Benedictus, Pater Misericordiarum!* Este hecho era trascendental para el padre. Significaba la calma de su vida, la realización de su ansia de oración y de santidad.

¡Ah, vivir en su convento, en donde ingresara siendo un niño, dedicado a la salvación de las almas y a su propia salvación!

Pero Dios le tenía destinado a otros caminos.

Un día de fines de diciembre, un telegrama del Delegado Apostólico de Su Santidad le ordenaba venir inmediatamente a Buenos Aires. Fray Mamerto no imaginaba de qué pudiera tratarse. Consideraba concluído el asunto del obispado. Más de un año había transcurrido desde su renuncia, y él suponía que hubiera sido aceptada.

Partió esa misma tarde hacia la estación Recreo, en la mensajería. Allí tomó el tren para Córdoba, en donde debió permanecer varios días, por no haber coincidido su llegada con el tren de Buenos Aires.

Iba enfermo. Desde hacía unas semanas, tenía "una terrible fluxión a la cara", que acabó por reventar afuera. En Palestina también le había atacado este mal, que debía ser, probablemente, una infección producida por alguna muela. Viajó con el rostro hinchado y dolorido. Entre Catamarca y Recreo, se había hecho reventar una postemilla por el cochero de la mensajería. Y en el tren, según su costumbre, viajó en segunda clase, entre gargajos y malos olores.

Y a la vez que enfermo, iba preocupado. El 20 de octubre le había escrito a Odorico: "Parece que no hay ya que preocuparse del asunto de Córdoba. El señor Presidente ya ha hablado privadamente de presentar nuevo nombramiento". Y ocho días después escribía: "Por datos seguros, estoy casi plenamente persuadido que mi renuncia fue inspirada y al mismo tiempo aceptada por nuestro Dios misericordioso". ¿Para qué podía llamarle, con tanta urgencia, el señor Delegado Apostólico? Pensó que tal vez quisiese conocer las disposiciones de su ánimo "en orden a persistir o desistir de la renuncia del nombramiento". Pero él tenía su resolución hecha. Jamás aceptaría el cargo, para el que continuaba juzgándose indigno.

Llegó a Buenos Aires el sábado 3 de diciembre. Traía la cara atada y encontrábase incómodo. Desde el convento de

San Francisco hizo comunicar todo esto al Nuncio, para que al presentarse en semejantes condiciones no produjera demasiada mala impresión.

En la Curia le esperaban el Nuncio, el Arzobispo y otras personas eclesiásticas. El padre Esquiú estaba preocupado y avergonzado por tener que presentarse con la cara atada ante tan altas personalidades. El Delegado le saludó con la mayor amabilidad. Hizo salir a todos los asistentes, incluso al Arzobispo, y quedo solo con fray Mamerto.

Podemos imaginar cómo le latiría el corazón al antiguo misionero de Tarija, al hombre que huyó del arzobispado hasta encerrarse, ignorado y humilde, en un convento de Guayaquil.

Monseñor Di Pietro, el representante del Papa, le hizo sentar a su lado y le dijo:

—En dos palabras se concluye este asunto. El Santo Padre quiere que sea usted obispo de Córdoba.

Fray Mamerto entornó los ojos y bajó la cabeza. Una honda emoción conmovía a su ser entero. Su rostro estaba tan blanco de palidez como el pañuelo que lo cubría.

Y con voz resignada y humildísima, contestó:

—Si el Santo Padre lo quiere, lo quiere Dios.

Hubo un silencio. El fraile meditaba. Y en seguida, su corazón desbordó en estas palabras:

—Le suplico, Monseñor, que al dar cuenta a Su Santidad de mi sumisión a su voluntad, le exponga que mi conciencia me acusa de muchos y enormes pecados.

El Nuncio, que conocía las virtudes del fraile, debió sonreír dulcemente, admirado de aquella humildad.

Y así fue Obispo de Córdoba, fray Mamerto Esquiú.

CAPÍTULO DÉCIMOQUINTO

VÍSPERAS DEL SACRIFICIO

Fray Mamerto hizo profesión de Fe, ante el Delegado Apostólico de Su Santidad, el 5 de enero de 1880. Y en seguida, partió de Buenos Aires.

No quiso detenerse en Córdoba, como hubiera sido natural. "He pasado por Córdoba en tren directo del Rosario, expresamente por no entrar allí, lo que me habría sido de mucha mortificación y en sí mismo una gran pedantería e impudencia". Al Provincial le explicaba: su presencia en Córdoba, no estando aún instituido Obispo, sería una "desvergüenza", y "un acto de crueldad el de agregar un dolor gratuito al fatal y necesario de sufrir después a un indigno". El indigno era él; y el dolor fatal y necesario de Córdoba, el soportarle a él como Obispo... Y agregaba estas palabras, absolutamente sinceras, como todo en él: "...si el Señor no lo remedia, aunque sea con una muerte prematura, si me halla en gracia y misericordia".

Compadecía a la diócesis de Córdoba, porque iba a tenerle a él como Obispo. A un sacerdote amigo escribíale: "¿Qué pecado tan grande ha cometido esa porción de la grey del Señor, para que mereciera el horrible castigo que la Divina Justicia le dé un Pastor de la clase de aquellos de que habla Ezequiel?" Y por Córdoba, y por sí mismo, cuya salvación juzgaba en peligro, ya que era indigno del alto honor e incapaz de gobernar, pedía a Dios que antes de ocupar el obispado

le enviara la muerte. Y siguió pidiéndola aún, después de la consagración.

Dirigíase a Catamarca. Estuvo en San José, donde celebró una misa, y en La Puerta, donde vivía una de sus hermanas. Y permaneció en su provincia hasta abril, en que partió para Salta, donde su hermano Odorico residía.

Después de un viaje molesto —en Vipos perdió la mensajería, por estar llena de gente— llegó a Salta. Entró en la ciudad con el Obispo, Odorico y muchas personas que fueron a recibirlo en Lagunillas. En Salta se enfermó de fiebre palúdica y tuvo un larguísimo resfrío, con catarro y tos.

A Buenos Aires llegó la noticia de su mal. Un diario dijo que el padre había sido envenenado. No faltó quienes atribuyeran el delito al alto clero de Córdoba. Fundábanse los tales en cierta oposición que la gente eclesiástica de aquella ciudad hiciera a la candidatura de fray Mamerto; y también en lo harto incómoda que iba a ser para ese clero la virtud franciscana de Esquiú. Desde Salta, el padre desmintió públicamente la pérfida noticia del envenenamiento.

En la Catedral de Salta pronunció uno de sus grandes sermones. Fue en honor del presbítero Tomás Pérez, asesinado en Buenos Aires, sin motivo ninguno, por unos carbonarios de la Boca que dirigíanse a la Plaza de Mayo, a participar en las fiestas del centenario de Rivadavia. El orador desarrolló una bella idea, ya expresada por San Pablo: el cuerpo místico de Cristo, o sea la Iglesia, los sacerdotes y aun los simples cristianos, deben padecer para que la obra del Hijo del Hombre se perfeccione. "Cumplo en mi carne —ha dicho San Pablo— lo que falta de las aflicciones de Cristo". Palabras que Esquiú glosó: "El sentimiento de esa nobilísima cooperación a la grande obra de Jesucristo es quien pobló la Tebaida, y otros desiertos, de anacoretas, sólo ocupados en orar y macerar su carne. Él ha inventado esas innumerables órdenes religiosas en que se vive bajo la ley de los votos de obediencia, pobreza y castidad. Ese sentimiento es quien ha inspirado el amor a la hu-

mildad y al desprecio y las asombrosas penitencias que veis en los santos". Las persecuciones a la Iglesia, a las monjas, a los sacerdotes que instruyen a la juventud son tan inexplicables que sólo tienen una razón de existir: aquella necesidad de padecer lo que falta a los padecimientos de Cristo, por su cuerpo místico. Al padre Pérez le tocó, según el orador, la buena suerte de haberlo cumplido en su carne.

Esquiú partió de Salta el último día de agosto, después que Odorico y su familia. Dirigíanse a Catamarca. Le acompañaron hasta algunas leguas de la ciudad. La comitiva iba en dos coches, y dos padres montaban a caballo. Enfermó otra vez de fluxión en el rostro. Llegó a Catamarca. Y después de unos días partió para Buenos Aires. Se detuvo en el Convento de San Lorenzo, una vez más, donde hizo ejercicios espirituales. Y el 12 de diciembre era consagrado Obispo de Córdoba.

Cuatro días antes de la consagración, predicó en la Catedral de Buenos Aires. Por primera vez, la gran ciudad iba a oírle. Las gentes ansiaban ver al fraile de cuya santidad tanto se hablaba, y escuchar al genial "orador de la Constitución".

Buenos Aires pasaba, por aquellos días, tal vez los momentos más dramáticos de su historia. Hasta unos meses antes, el gobierno nacional fue sólo un huésped en la ciudad, que era la capital de la provincia de Buenos Aires. Este Estado creíase con derecho a predominar en el país por su mayor riqueza, cultura, extensión y población. Las demás provincias eran, para un buen porteño, "los trece ranchos que estaban más allá del arroyo del Medio". En el mismo año, por una cuestión de candidaturas presidenciales, el gobierno de la Provincia se había rebelado contra el de la Nación, que se refugiara en el entonces pueblito de Belgrano. A pocos días del suceso hubo tres sangrientos combates. El gobierno provincial, por intervención del cuerpo diplomático, abandonó la lucha. Los porteños no creían haberse rendido. Pero la Legislatura Nacional quitó a la Provincia su capital y la convirtió en capital de la República.

La Provincia, dos años después, fundaría La Plata. Para los porteños, la obra de las autoridades nacionales significaba un crimen, al que se denominó "la decapitación de Buenos Aires" o "la muerte de Buenos Aires".

La fiesta en que debía predicar Esquiú era un tedéum en acción de gracias por la terminación de aquellos sucesos. Buenos Aires iba a ser ahora de todos los argentinos. Quedaba concluido uno de los más graves problemas de la vida nacional. Pero los porteños, rencorosos e indignados, se encerraron en sus casas para no presenciar, ni de lejos, aquellos regocijos. Poquísimas casas fueron embanderadas; y los diarios que apoyaron al gobierno de la Provincia durante la rebelión, atacaban violentamente a las autoridades nacionales. Uno de ellos, *La Tribuna,* publicaba estas líneas que nos interesan directamente: "En cuanto al padre Esquiú, que, se dice, será designado para pronunciar la oración fúnebre, creemos que basta el conocimiento de sus acrisoladas virtudes para desechar hasta la hipótesis de que pueda prestarse aquel venerable anciano a hacer la apología del crimen". Las palabras "oración fúnebre" tienen aquí un sentido irónico.

Aquella mañana del tedéum, una vasta multitud se apretujaba en la Catedral. El gentío que no había cabido en el templo se aglomeraba a las puertas y en la calle. Podía afirmarse que la mayor parte de la concurrencia había ido por ver y oir al padre Esquiú.

Era la una cuando apareció en el púlpito el orador. Emocionante silencio. Fray Mamerto llevaba un capelo negro y vestía el sayal con capucha. Algo envejecido, representaba más de los cincuenta y cuatro años que tenía. Su color era trigueño, elevada la estatura, serena y limpia la mirada, bella la cabeza. Su mayor encanto estaba en los ojos, rasgados y oscuros: grandes ojos de criollo, que reflejaban, a la vez, la serenidad, la caridad, la ternura, la energía moderada y la perfecta discreción. Producía una honda sensación de calma, de suavidad y de vigor. Tenía una fisonomía bondadosa y fascinantemente sim-

pática, de líneas correctas y puras, y un aire modesto y humilde, penetrado de unción. Al aparecer, miró a su enorme auditorio. Debió sentir alguna emoción: nunca había hablado ante tanta gente y menos ante tan calificada asistencia. Allí estaban el Presidente de la República, general don Julio A. Roca, y sus ministros; el Nuncio de Su Santidad, que era monseñor Mattera; las altas autoridades de la provincia de Buenos Aires; las grandes figuras del catolicismo, entre ellas los ilustres oradores Pedro Goyena y José Manuel Estrada; y conspicuos representantes de las letras, de la Universidad y del periodismo. Esquiú parecía tranquilo. Pero el aplomo no le venía de su prestigio, sino que era, como escribió Pedro Goyena, una forma de su confianza en Dios.

Se arrodilló y rezó brevemente. Se levantó y permaneció un momento como indeciso. El público le miraba con curiosidad ansiosa y con respeto y admiración a sus virtudes. Nadie ignoraba que aquel hombre había renunciado a ser arzobispo y que había sido necesaria una orden del Santo Padre para obligarle a ser obispo de Córdoba. El orador se retiró hacia el fondo del púlpito, miró a su auditorio con cierta timidez, meditó un instante y empezó. Su voz, al comienzo, fue baja y no del todo clara. Pero en seguida cobró una entonación poderosa y las palabras surgieron con perfecta modulación.

Seducía al público la persona del orador, el encanto misterioso de su voz, de sus gestos, de su dulzura. Aquel hombre no podía ser sino un santo. Todo en él era humano, profundamente humano; pero había también algo en él que sobrepasaba a la humanidad.

Su discurso desconcertó. Esperábase una pieza grandilocuente, abarrotada de imágenes formidables. Y aquel sermón era casi una plática: algo de una conversación, sólo realzada por la unción del orador. La fuerza de sus palabras residía en su sinceridad, en su claridad y en la belleza del alma que las expresaba.

Dos momentos impresionaron especialmente. El primero

fue al recordar los años de guerras y de tiranías, "que habían sido para nuestra Patria como la peregrinación de los israelitas antes de entrar a la tierra prometida". Era a propósito de su discurso sobre la Constitución, cuando saludó al país con las palabras *Loetamur de gloria vestra.* ¿Las pronunciaría por segunda vez? "Antes que insultar a Dios y a los hombres con esa mentira, prefiriría, como los desterrados de Sión, que se paralizara mi mano derecha y que mi lengua se pegara a mi paladar". Porque los años transcurridos habían sido de guerras, de enormes crímenes, de apostasía de la fe cristiana. El segundo momento fue cuando, refiriéndose al sacrificio que podía significar para Buenos Aires perder la denominación de capital de la Provincia, exclamó estas palabras valerosas y audaces, que estremecieron a la concurrencia y en las que el gran orador mostraba su garra: "¿Y qué? Ese pequeño sacrificio, ¿no es, acaso, debido, en expiación de las horribles hecatombes que, en nombre y a cargo del sistema federal, hacían tus ejércitos el año 40 por toda la República?"

En Buenos Aires se ignoraba que, hacía muchos años, fray Mamerto había cambiado de tono oratorio. Sus piezas grandilocuentes sólo fueron en los dos sermones patrióticos que le dieron celebridad. En los demás, apenas en raros momentos asomaba aquel estilo. Esquiú se había propuesto ser un sencillo predicador del Evangelio. Debió dominarse, durante largos años, para callar el ímpetu de sus palabras admirables, que se esforzaban por vivir. Como el que ofrece a Dios su castidad, él habíale ofrecido en holocausto su elocuencia.

La consagración de fray Mamerto como Obispo fue un espectáculo impresionante. No porque se hubiese realizado con pompa excepcional ni desbordante público, sino porque fray Mamerto engrandecía todas las cosas con su presencia, y con mayor razón aquel acto de tan trascendente significado y en el que era él la figura central. Llovía torrencialmente, pero el templo se hallaba lleno de concurrencia.

Esquiú vestía su hábito franciscano, y, sobre él, la capa

magna de obispo. Habíasele obligado a calzar zapatos: él llevó siempre el pie desnudo sobre unas toscas sandalias. El público siguió con emoción los momentos de la ceremonia: el vendar los ojos al consagrado; el desfile, ante él, del cuerpo consagrante y las reverencias; el recibir de rodillas el solideo episcopal; el canto de las letanías; la unción en las manos y en la cabeza; el colocarse el consagrado en el suelo y boca abajo, con los brazos extendidos; la entrega del báculo, del anillo y de la mitra; el ofrecimiento, por el nuevo Obispo, al prelado consagrante, de dos cirios de cera, dos panes y dos barrilitos de vino; la imposición de los guantes y la entronización. Pero nada tan impresionante de majestad, como cuando el padre Esquiú, ya consagrado y revestido de todos los ornamentos, con la mitra y el báculo, recorrió el templo, entre la solemnidad del órgano, bendiciendo a los fieles, que se arrodillaron a su paso. Veíase en los ojos y en toda la persona de Esquiú, cómo aquel honor era para él una terrible carga. Iba paso a paso, penetrado de recogimiento y de humildad y como quien acepta un sacrificio y cumple con un penoso deber. Pero también había en sus ojos una suave luz de ternura y de emoción. Acaso pensaba en su madre, en aquella santa María de las Nieves que soñaba con que su hijo fuese Obispo. Acaso pensaba en que ella y su padre, realizado el vaticinio del padre Cortés, se regocijarían en el Cielo.

Después de la ceremonia, un gran banquete. Uno de los padrinos había querido que fuese en el mejor hotel. Pero Esquiú le había dicho, según refiere uno de sus biógrafos: "Vea, mi buen señor y amigo; ya que es usted tan católico y se trata de realizar un acto tan santo y divino como es mi consagración episcopal, ¿no le parece que sería más conforme al espíritu del Evangelio disminuir el gasto y dejar algo para los pobres? El padre Guardián del Convento se encargará de preparar lo necesario y aumentar un plato más a las viandas ordinarias; y lo que usted debía entregar al hotel, lo da de limosna a los pobres, en nombre de Jesucristo. Así estaremos todos servidos;

y los pobres, socorridos y alimentados". No hubo un momento de su vida en que Esquiú no tuviera presente el espíritu de los Evangelios.

Durante el banquete, tocó la banda de un batallón. Los discursos, tropicales e indiscretos, mortificaron al fraile, que pedía "el favor del silencio". Pero sin duda la mala comida preparada por el convento había despertado un feroz apetito de oratoria. Los diarios dan los nombres de doce oradores, no todos los cuales estarían a la altura de Pedro Goyena; y agregan que hablaron otros, cuyos nombres no recordaban. Al obispo de Montevideo le hicieron hablar tres veces. A un doctor no sé cuántos, dos veces. Fray Mamerto sufría amargamente. Aquellos elogios le humillaban y avergonzaban. ¡Llamarle "santo" en su presencia, a él que se consideraba un abismo de pecados, de ingratitudes y de miserias! Faltaron contra la caridad aquellos implacables oradores y la asistencia que los conminaba a hablar. Él, en cambio, era todo caridad. Los perdonaba y aun les agradecía la buena intención que le hacía sufrir. Y a un señor que no le dejaba ni a sol ni a sombra, molestándole con sus atenciones excesivas, sus zalemas pegajosas y sus elogios, le dijo, para librarse de todo eso, ya que era incapaz de echarlo: "No me quiera tanto, no me quiera tanto..."

Esa noche, en el silencio de su celda, escribió en su Diario: "Domingo. Consagración episcopal del indignísimo sacerdote..."

Y días más tarde, antes de partir para Córdoba, redactó la página sobre Jerusalén. En aquellos momentos, en que su presencia en Buenos Aires "constituía una especie de preocupación pública" —palabras de Goyena—, él quiso tal vez recordar los días felices, cuando, oscuro e ignorado, oraba en los lugares santificados por el Hijo del Hombre. ¡Si hubiera podido morir allí! Pero el Señor le había ordenado otros caminos. Repitamos sus palabras fieles, ya que en ellas están toda el alma y la ambición de Esquiú: "¡Jerusalén! Yo deseé acabar mis días a la triste y solemne sombra de tus ruinas; pero el

Señor tu Rey no lo quiso y debí volver a donde era honrado sin ningún mérito. Sólo pido a Dios el inestimable bien de que me haga participante de tu suerte, que es la suerte de todos los santos: ser nobles y desolados, como eres tú, ¡oh amada Jerusalén!"

Nobles y desolados.. No había nadie más noble que él. Y en aquellos momentos, consagrado Pastor, con la responsabilidad de su alma por la salvación de millares de almas, con el peligro de su propia condenación, como creía, no había nadie más desolado y triste que él, el santo y pobre fray Mamerto.

CAPÍTULO DÉCIMOSEXTO

EL OBISPO

Córdoba, en 1881, tenía cuarenta mil habitantes y un espíritu bien definido. Por su población y por su importancia política, social e intelectual, era la segunda ciudad de la República. Eclesiástica y conventual —un convento o una iglesia en cada manzana—, todo lo atañedero a la religión ocupaba en ella el primer lugar. El clero tenía una influencia decisiva. El sacerdote, seglar o regular, era un personaje que no se mezclaba casi con el pueblo y que hasta gallardeaba cierta arrogancia, ya que fuera impropio hablar de orgullo o de soberbia. Era un clero a la española: instruido en materia religiosa, mas sin llegar a la sabiduría; dominador, hasta en las cosas ajenas a la religión, como ser la política; quisquilloso y celoso de su poder. No se distinguía por un excesivo amor a la caridad, ni por su espíritu evangélico. Gustaba del buen vivir relativo, de aquel que no es incompatible con una conducta arreglada. Harto preocupado de su poder sobre los fieles y de los bienes materiales, era lógico que llegara a las rivalidades, a los chismes, a la politiquería. En este ambiente pequeño, por sus proporciones como por su falta de grandeza moral y de virtudes heroicas, iba a ser fray Mamerto la autoridad suprema.

El primer día de 1881, a las ocho de la noche, entraba en Córdoba el nuevo Obispo. Por no ser cordobés, y tal vez por otros motivos menos confesables, su candidatura había sido resistida; pero ahora toda la ciudad, clero y pueblo, acep-

taba al Prelado. Una multitud esperábale en la estación. Apareció ante el pueblo con su sayal franciscano y sus pies desnudos, calzados con sandalias. En lugar de la cruz de oro, que debía llevar por su jerarquía, llevaba otra bastante tosca, hecha con maderas de Jerusalén. Fue un acogimiento clamoroso, y se le acompañó a pie hasta el Convento de San Francisco, en numerosa manifestación popular. En al atrio, a pesar de ser tarde y de las fatigas del viaje, millares de personas quisieron besar su anillo y recibir su bendición. Nadie ignoraba en la ciudad, ni en todo el país, la fama de santidad del Obispo.

No tomó inmediatamente posesión del cargo. Hizo ejercicios espirituales para estar en buena preparación. Y mientras llegaba el día, dirigíase por escrito al ministro general de la Orden de San Francisco y al Deán y Cabildo de Córdoba. Al superior de la Orden Seráfica, después de referirle que no llevaba otro hábito que el de San Francisco y que a él lo debía todo, incluso la salud corporal, pedíale que lo tuviese siempre por hijo y que como a tal le amonestase, corrigiese y ordenase. En su nota al Deán y al Cabildo, presentando la Bula que le instituía Obispo, consideraba esta presentación como "un deber tan sagrado como terrible", y, después de invocar el nombre de Jesús, se despedía "con los sentimientos de una sincera caridad católica y los de mi nunca bien sentida indignidad y pequeñez". De un modo análogo se dirigía dos semanas más tarde al arzobispo de Buenos Aires, a quien le pedía auxilio para obrar con acierto, "no sólo de sus luces sino también de la corrección o increpación" cuando él se desviara o descuidara en el cumplimiento de sus obligaciones.

La toma de posesión del obispado, el 16 de enero, fue un gran acontecimiento público. Las autoridades de la Provincia y el pueblo se dirigieron al Seminario Conciliar, donde fray Mamerto esperaba; y desde allí, en procesión, volvieron a la Catedral. El Obispo iba vestido con sus ornamentos pontificales y bajo palio. En la Catedral pronunció una breve homilía, que causó honda impresión. Con humildad de santo, habló de

sí para rebajarse. Jamás se había oído en Córdoba nada parecido. Negóse ciencia, piedad y buenas obras. Aseguró que todos los caminos de su vida, desde su niñez hasta ese momento, no tenían otro aspecto ni otro valor, que los de la tierra desierta y sin agua. Su respuesta a los honores que se le tributaban debiera ser respuesta de muerte, y fuera justo el huir de ellos y rechazarlos; pero debía aceptarlos, por la inefable dignidad que, a causa de ocultos designios de Dios, él llevaba en su "indigna persona". Preguntábase, ante la concurrencia absorta y conmovida por aquella sinceridad enorme, si el haber sido elevado a la dignidad de Obispo sería para su salvación o su condenación, y declaraba ignorar por qué causa había llegado a ser Pastor de sus oyentes. Proponíase dedicarse por entero a su pueblo: "Me gusta la soledad y una vida retirada; sin embargo, mientras tenga fuerzas, me veréis siempre inquieto de una a otra parte, solícito del bien de todos". Se juzgaba obligado a amarlos, como una madre ama a sus hijos, y aun a dar su vida por ellos. Y en su deseo de humillarse, llamóse "hombre imbécil y sin corazón"... Las palabras de la homilía bastaban para impresionar; pero más impresionaron la suavidad de la voz, el aroma de sinceridad y de humildad que se desprendía de todo su ser. Buena parte de la concurrencia lloraba al oir al hombre eminentísimo, al sacerdote sabio, al orador genial, al Pastor, humillarse así ante su pueblo. Nadie, entre cuantos le oyeron, dudó de que fuese un santo.

Y comenzó desde el siguiente día su obra extraordinaria. Estaba enfermo del chucho —o paludismo— que adquiriera en Salta. Pero esto no le impedía dedicar todas sus horas al trabajo. Fue una heroica labor de dos años, que sólo cesaría con el último instante del vivir. Aquel trajín diario, en un hombre avejentado y debilitado por las austeridades, contribuyó, sin duda, a acercar su muerte.

Todas las mañanas decía misa, predicaba sobre temas morales y religiosos y daba pequeñas misiones en diferentes iglesias o capillas de la ciudad. Un día era en la capilla de la

Cárcel; otro, en la del Asilo de Mendigos; otro, en el Hospital. Su caridad le llevaba con preferencia hacia los más desgraciados y hacia los que más necesitaban de una palabra de amor.

Su casa era una romería de gentes de todas las clases sociales. Mientras, antes de Esquiú, el pueblo temía aproximarse al Obispo, ahora los seres más ínfimos buscaban su caridad, sus consejos y sus bendiciones. Repartía su sueldo y cuanto dinero le daban para limosnas, personalmente. Desde muy temprano, comenzaba a llenarse el patio de pobres. A veces, ocupaban las aceras y la calle, interrumpiendo el tránsito. Él sabía quiénes eran los más necesitados, y a ellos les tocaba una limosna mayor que a los otros. Cuando se le terminaba el dinero, lo que harto frecuentemente ocurría, hacía traer todo el pan que hubiese en la casa, quedándose sin él los que allí vivían, empezando por el Obispo. En muchísimas ocasiones, se almorzó y comió sin pan.

Pero el padre no se limitaba a las limosnas. Los pobres no se hubieran conformado con recibir secamente el dinero y el pan. Todos pedían la bendición y la palabra del Obispo. Y Esquiú, que conocía, o adivinaba, las necesidades espirituales de cada cual, tenía para todos el consejo o la frase oportuna. Y ellos le besaban el hábito y se iban contentos. La policía deseaba que el Obispo despidiese con presteza a aquel pobrerío, y, más de una vez, intentó disolver la muchedumbre que incomodaba a los vecinos e interrumpía el tránsito. Pero el Obispo no aceptó nunca la anticristiana exigencia policial.

Tampoco limitaba su actividad a los pordioseros. Ayudaba también a los pobres vergonzantes. A éste le conseguía trabajo; a aquella madre, que necesitaba hacer un viaje para cuidar a un hijo enfermo y le pedía una recomendación para obtener un pasaje gratis, le daba el dinero para el pasaje, ya que, como decía él, "no debía andar en esas cosas de recomendaciones".

Su ferviente caridad era criticada. Considerábase impropio de un obispo aquel contacto de varias horas diarias con el po-

brerío. Un sacerdote que había sido muy amigo de Esquiú y de quien recibió varias cartas, ha escrito, sin ánimo de criticarle, en un largo y entusiasta artículo que publicó a raíz de su muerte: "En dos años hemos podido hablar con él unas pocas veces, por pocos minutos, y esto, las más de las ocasiones, de pie y a toda prisa; sólo los pobres podían entremeterse con él y a gusto manifestarle todas las necesidades espirituales y temporales". Criticábanle los laicos, y, menos abiertamente, algunos miembros del alto Clero. Los mediocres son enemigos de la santidad y aliados naturales, aunque inconscientes, del demonio.

Mientras por las mañanas el Obispo se ponía en relación con su pueblo y se enteraba personalmente de las necesidades de su Diócesis, por la tarde ocupábase de diversas gestiones ante las autoridades de la Nación, de las provincias de Córdoba y de La Rioja y de las municipalidades de algunos departamentos. No se trataba de pedidos de ninguna índole, sino de actitudes valientes y decididas. Su bondad y su caridad no le impedían defender enérgicamente los derechos de la Iglesia. Los defendió contra el gobierno nacional, con motivo del nombramiento de varios canónigos; contra el claustro universitario de Córdoba, que pretendía designar los profesores para la flamante Facultad de Teología, cuya creación quedó lamentablemente sin efecto, por la justa intransigencia del Obispo, que no podía tolerar que los laicos nombrasen a los catedráticos de ciencias teológicas; contra las municipalidades de Bell-Ville y de La Rioja, que negaban a la Iglesia sus títulos para intervenir en los respectivos cementerios locales. En estos conflictos con las autoridades civiles, Esquiú practicó el consejo latino: *suaviter in modo, fortiter in re.* Jamás nadie se expresó con la suavidad de Esquiú, que era hija directa de su ardiente caridad cristiana; pero, al mismo tiempo, nadie fue más fuerte en la defensa de su justicia. Estos asuntos no consistieron únicamente en notas administrativas: le obligaron a viajar. Por ellos debió ir a Buenos Aires, a Bell-Ville y a La Rioja. Los dos últimos,

por la mala salud del Prelado, resultaron penosos. Fue al regreso del viaje a La Rioja cuando murió.

Tenía el don de ordenar y de mandar con suavidad y con gracia. A un sacerdote a quien trasladaba a una parroquia harto lejana y solitaria, le escribía: "Haga usted este sacrificio por Dios, cuyo servicio es Él que lo exige; y cuanto es mayor, me da más seguridad de que el Señor le asistirá con especialísimas gracias. Cualquiera observación que quiera hacerme, necesidad o inconvenientes que deba exponerme, hágamelas con confianza, pero desde su Parroquia". Le suplicaba que fuese "desinteresado de bienes presentes y muy celoso del bien de las almas"; y por decirle esto, pedíale que le perdonase. Y terminaba con estas maravillosas palabras de humildad, ya que tratábase de todo un Obispo que se dirigía a un pobre cura de campaña: "Confíe en Dios y téngame presente para encomendarme en sus oraciones porque soy muy necesitado, y para comunicarme y ordenarme todo lo que guste como a su siervo, amigo y hermano afectísimo en el Señor". ¿Cómo no obedecer a quien ordenaba con tanta dulzura? En otra carta decía al mismo sacerdote: "Nunca pienso en usted sin que me duela el alma haberlo puesto en tan grandes riesgos del alma y en tanta soledad". No le aconsejaba. Le pedía, con gemidos de su corazón —eran sus palabras— que evitase la cohabitación y familiaridad con personas peligrosas; que huyera del ocio y de las conversaciones inútiles; y que empleara el tiempo que le dejaran libres sus muchas tareas, en leer y orar. "De vez en cuando haga su viajecito al cura más próximo. Haga siempre rezar el santo rosario. Y no se dispense del Oficio Divino. Por Dios le pido que no deje de hacer su explicación del Evangelio". ¡Fray Mamerto presentía los peligros de la soledad para el sacerdote! Y en otra carta se leen estas frases cordialísimas: "Persuádase que su mismo padre no estaría tan apercibido y penoso del sacrificio que por dura necesidad se le impuso, en enviarle solo a ese remotísimo Curato, como lo estoy yo. Tenga paciencia y todo se remediará y sus trabajos y penas de hoy

se le convertirán en tesoro de méritos para la vida eterna". Y le demostraba su amistad y su afecto hablándole de él mismo: "Mi salud va cada día peor; ruegue a Dios que me dé su gracia y me tenga en su misericordia a la hora de mi muerte; y que no quiera condenarme en lo tremendo del juicio de mi miserable vida".

Dos años, justamente, ocupó Esquiú el obispado de Córdoba. Realizó en los veinticuatro meses lo que otro hubiera realizado en varios años. Su obra de caridad, sobre todo, fue inigualable. Sólo un santo podía haber ejercido tanta influencia sobre las almas y en tan escaso tiempo de labor. Bastábale un instante de conversación con una persona, para conocer el fondo de su espíritu y darle el remedio que necesitaba. Pero aparte de esta acción individual, de la que hablaré más adelante con mayor extensión, su ejemplo de todos los minutos contribuía a la obra de bien. Trasformó al clero de la campaña y de los pueblitos y aun al de la capital. Cuando llegó a Córdoba, no faltaron quienes quisieran enterarle de las disidencias existentes, de las ambiciones de unos y otros, del color político de los canónigos y funcionarios eclesiásticos. Esquiú no oyó esos chismes. Para él no existía sino una política: la de Cristo. Al gobernador de Córdoba le escribía: "De partido, de odio en el seno de un pueblo cristiano, esté segurísimo V. E. que no sólo no atentaré yo contra el principio de autoridad y derecho del pueblo, afiliándome a alguno de ellos, sino que haré todo lo que me sea posible por calmarlos y hacerlos desaparecer, no sólo en el Clero, si los hubiese, sino en todos los ciudadanos sin excepción alguna, porque del Clero y del pueblo soy, aunque indignamente, siervo y Pastor común".

Su ejemplo asombraba a todos, incluso a los enemigos de la Iglesia. En una procesión en la que se pedía a Dios la lluvia, el Obispo iba enteramente descalzo, y así recorrió las entonces mal empedradas calles de la ciudad, rezando el rosario o las Letanías de los Santos.

Pero estas cosas se refieren más al hombre que al Obispo.

Como jefe de la diócesis cordobesa, lo más trascendental que realizó fueron sus pastorales y sus viajes.

La primera Pastoral iba dirigida al Clero. He aquí cómo le incitaba al propio sacrificio: "...nadie, absolutamente nadie, puede estar en el sacerdocio ni venir a él por su propio bien, no digo temporal, de honores y comodidades y allegar dineros, lo que es horriblemente abominable, sino que ni aun por su propia y exclusiva santificación. El sacerdote, es verdad, debe de ser santo; pero no es para eso el sacerdocio, sino para que, siendo santo el que lo tiene, esté consagrado al amor y a la grande obra de la santificación de sus prójimos. Ésta debe ser nuestra vida; a este amor estamos consagrados. De ahí, como de divina fuente, brotan nuestros estrechísimos deberes".

Estas admirables palabras, penetradas de amor, produjeron una impresión profunda. ¡Y estaban ratificadas y selladas por toda la vida de su autor! Nadie buscó menos los honores que Esquiú; y en cuanto al dinero, le tenía horror. No lo soportaba en sus manos, y lo consideraba como un medio inventado por el Demonio para perder a los hombres. Apenas recibía unos pesos, sueldos o limosnas, trataba de deshacerse de ellos. Quienes estuvieron a su lado le oyeron decir muchas veces: "¡Qué sabios fueron los padres jesuitas al no permitir que corriese el dinero en sus Misiones! Por eso, allá pasaban los años sin que se cometiese un solo pecado mortal".

Incitaba en esta Pastoral a los sacerdotes a la predicación, que era "el pan desmenuzado que la caridad sacerdotal debe dar a los fieles de Cristo"; a preocuparse del Sacramento de la Penitencia, que solía tratarse con "deplorable ligereza"; a ser nuevos Cristos en el mundo. Aconsejábales también separar de sus ahorros dos porciones: una para el Sumo Pontífice, y la otra para Tierra Santa. ¡Ah, no se olvidaba él nunca de Jerusalén, "nuestra madre, la más bella y la más desolada de todas las madres!" Y terminaba con uno de sus admirables y emocionantes rasgos de humildad, pidiendo que llevasen con paciencia al nuevo Obispo, que no se avergonzaran de respetarle

y serle sumisos "escandalizándoos vosotros en la bajeza e indignidad de mi persona". Y agregaba, demostrando cómo la humildad es compatible con el sentido de las grandes responsabilidades y con la más firme energía: "Yo las reconocí antes que vosotros pudiérais hacerlo; y por vuestro bien como por el mío propio, rehusé, cuanto estuvo en mí, esa dignidad. Pero desde que la acepté, rindiéndome a la voluntad del Vicario de Jesucristo, ya no he pensado, ni pensaré más, en que soy indigno del Obispado, sino para confundirme ante la majestad de Dios y para pedir oraciones, como las pido ahora a vuestra caridad sacerdotal. Por lo demás, espero en Dios que ni mis pecados, ni mi inexperiencia, ni el humilde hábito religioso que llevo, no me harán pusilánime en el cumplimiento de mis deberes, sino que todo eso, con la ayuda de Dios, podrá servirme para cumplir hasta la muerte las palabras del Apóstol que dirigí al pueblo en el día en que tomé posesión del Obispado: *Nos autem servos vestros per Jesum:* no soy otra cosa que vuestro siervo en Jesucristo".

La segunda Pastoral no tuvo menos resonancia. Era dirigida al pueblo de la Diócesis y versaba sobre la Fe. De tres maneras se perdía la Fe: por el pecado, "raíz de todas las herejías, pozo inmundísimo de donde sube el vapor de todos los errores que ennegrecen el oro de la Fe"; por la lectura de malos libros y malos periódicos; y por las sociedades secretas. Por aquellos días, publicábanse en Córdoba algunos diarios liberales. Es de imaginar cómo recibirían la Pastoral, en la que leíase esta frase terrible: "...la prostitución de los cuerpos es menos ruin y desastrosa, y puede explicarse menos mal, que esas casas de prostitución universal de los espíritus, que, sin provecho de nadie y con ruina de tantos, abre la prensa impía". La Masonería, que florecía en Córdoba y en todo el país —durante su segundo año de obispado se instaló la logia Luz, la primera que se fundara en aquella ciudad— no perdonó a Esquiú su Pastoral en que la fustigaba y desenmascaraba. Ella y los diarios liberales le combatieron con saña y con bajeza.

A la par que las Pastorales, los viajes por la campaña dando misiones constituyeron la gran obra del Obispo Esquiú.

Su primer viaje fue a la ciudad de Río Cuarto, a los diez meses de haber tomado posesión de su cargo. Iba a comprar pasajes de segunda clase, para él y su familiar, cuando una persona que le viera avisó a la compañía del ferrocarril, que le puso un coche especial. En Río Cuarto le esperaba el pueblo y un batallón formado. Esquiú confirmó, confesó, dio la comunión a millares de personas y predicó muchas veces. A esta labor agobiante llamaba él "una misioncita".

Durante el año siguiente, los viajes se multiplicaron. Visitó Tulumba, Río Seco y Quilino y volvió a Córdoba. Luego, otra vez a Tulumba y a Quilino, visitó Jesús María y dio una misión en San José de la Dormida. Regresó a la capital y partió para Río Cuarto. En seguida —era a comienzos de mayo— recorrió Fraile Muerto, las Tortugas, Cruz Alta, San José de la Esquina, Cañas y Saladillo. Después de una semana en Córdoba, fue a Piquillín, Mercedes, Carlota y Villa Nueva. Un día en Córdoba, y volvió a Villa Nueva, en donde se enfermó. Al regreso de Buenos Aires, se detuvo en Bell-Ville. Y continuaron los viajes: misión en Ballesteros, Bell-Ville, Cañada de San Antonio, Litin, Estancia de San Eusebio, Capilla de San Antonio Florentino, Terceranos, San Justo, Sacanta, Concepción, Arroyito, Cañas. En octubre visitó Villa del Rosario y Río Segundo. En noviembre, el Tránsito, el Puesto de Peralta, Sacanta, Corral de Mulas. En diciembre, Nazareno, Villa del Rosario, Chañares, Bell-Ville. Y el 28 de este mes, último viaje, partió para La Rioja.

En todos estos lugares, el Obispo decía misas, confirmaba, confesaba, daba la comunión y predicaba. Solía llevar un solo acompañante, de modo que sobre él recaía casi toda la enorme labor. Viajaba con un altar portátil, para utilizarlo en los pueblitos en donde no había capilla y en las estancias. Y esta obra matadora, que representaba muchas leguas en tren, a caballo o en mula, realizábala envejecido y enfermo. Tenía cincuenta

y seis años, pero era como si tuviese diez más. A un sacerdote amigo le escribía: "La salud se pierde a paso de rebotes en un precipicio; el descrédito y la nulidad del sujeto aumentan siempre; y como el primer año de episcopado fue de ciudad, atado como en cadenas con las cuestiones del Cabildo Eclesiástico, el segundo se ha inaugurado con la vida de campesino, que espero llevarla hasta la muerte"... Todo el año 1882 lo pasó viajando. Visitó cerca de cuarenta lugares diferentes, algunos en plena sierra.

Hizo un inmenso bien a las almas. Los curas sentíanse fortificados en su lucha contra la ignorancia, la distancia y la falta de recursos, oyendo a aquel Obispo que era una llama de amor viva. Las pobres gentes de la campaña le miraban como a un padre. Él hablaba mano a mano con todos, así fuese el más humilde y rotoso peón de estancia. Viajaba en segunda clase de los trenes —¡la imposible segunda clase de los trenes en las provincias, repugnantes de escupidas y de malos olores, sobre todo del olor a mugre arcaica, de cuerpos jamás lavados, de los criollos de esas regiones!— en donde conversaba con hombres y mujeres, de temas que tal vez ellos nunca habían oído. Y su dulzura y su suavidad maravillosas encantaban a las pobres gentes, que besaban su sayal y se conmovían. Y así fray Mamerto Esquiú realizaba su apostolado sublime, sembrando por todas partes la semilla del Bien y de la Verdad, mientras se acercaba rápidamente el día en que el Señor iba a llamarle.

CAPÍTULO DÉCIMOSEPTIMO

EL SANTO

Durante los dos años de obispado, las virtudes de fray Mamerto se perfeccionaron y se ahondaron. Había entrado definitivamente en la ruta de la santidad, y así lo comprendió el pueblo. Como a un santo se le consideró en Córdoba unánimemente. Las gentes besaban su sayal y se arrodillaban a su paso.

Había alcanzado el padre Esquiú aquel estado rarísimo en el que no quedan rastros de las pasiones humanas. El orgullo a que tanto temiera, y que si existió en él sólo fue en potencia, estaba absolutamente muerto. El cargo episcopal, lejos de envanecerle en lo más mínimo —"mi pavoroso episcopado", dijo en una carta— le servía para humillarse y sentirse pequeño. Su humildad era completamente natural y espontánea. No se advirtió un solo acto, por insignificante que fuese, que la contradijera. Esquiú vivió aquellos dos años dedicado a sus deberes de Pastor y al amor de Dios y de sus semejantes. Vivió en Dios y para Dios. Y su ternura profundísima era una continuada y purificada caridad.

Fray Mamerto amó siempre la pobreza, como buen hijo que era del Poverello. Nada poseyó nunca, viajó sin recursos y consideraba al Dinero —recordémoslo— como invención del Demonio para perder a las almas. Pero en el cargo de Obispo su amor a la pobreza parecía acentuado.

Su casa —la casa episcopal— era un viejo edificio, de frente modernizado. Tenía dos grandes patios y doce cuartos. El Obispo ocupaba el último cuarto, al fondo, en el segundo piso. La casa carecía de todas las comodidades, hasta de galerías, que no faltaban en ninguna casa cordobesa. La celda del padre era un cuartito, el peor que había en la casa. Y sus muebles consistían en una cama de hierro con tres tablas encima, sobre las cuales se colocaba el colchón; una percha de pie; una mesa, sobre la que siempre había algún libro, y una silla de esterilla. Ni alfombra, ni ropero. Una palangana. En la pared colgaba un crucifijo. Los demás muebles de la casa estaban a tono con la pobreza de la celda del señor Obispo. Así la mesa del comedor, que era tosca y fea —larga y demasiado angosta— y que tenía dos bancos a ambos lados y otro en la cabecera para el Obispo. En el resto de la casa apenas había muebles, y las sillas eran todas de esterilla. Pero el padre no se quejaba de la pobreza de su casa. Al contrario, la consideraba de acuerdo con sus gustos. Y si a veces decía "mi triste y pobre casa", no era quejándose, sino en un tono algo burlón, frecuente en él.

Sin embargo, hubo en la casa, durante unos meses, una amplia sala con lujosos muebles: sillones tapizados de seda, una gran mesa con cubierta de mármol, una alfombra comprada en la Exposición de París. Todo aquello, destinado a salón de recepciones, se lo habían regalado a fray Mamerto sus padrinos de consagración. El Obispo hizo rifar muebles y adornos y repartió el producto entre los pobres.

Sus comidas eran de ascética parquedad. Se desayunaba con una simple taza de café. El almuerzo consistía en locro, otro plato y postre. A la noche, se comía un puchero pobre: una sopera de caldo con pedacitos de carne. Con alguna insignificante variedad, ésta era la alimentación del padre. En Catamarca y en Bolivia tomaba mate. Creo que durante su Obispado abandonó este "vicio". Lo que no abandonó nunca fue el fumar, el "pitar", como decía.

Vistió siempre con pobreza franciscana. Nunca se quitó el sayal ni las sandalias. Los mismos ornamentos de su cargo apenas los usaba. Entró en Córdoba sin el pectoral de oro que le correspondía. La Curia Arzobispal tuvo noticias de este acto de humildad, excelente en sí mismo pero que restaba autoridad al cargo, y, bondadosamente, el Arzobispo le escribió ordenándole que se pusiera la cruz de oro. El padre obedeció con tristeza, pues debió desprenderse de la cruz que había usado, fabricada por él mismo, en Jerusalén, con una ramita de un árbol de Bethsaida, donde nació San Pedro, y de la cadena hecha de semillas recogidas por él en Palestina. Y tampoco se colocaba la mitra, salvo en momentos excepcionales. Durante la misión en Río Cuarto, las gentes del pueblo, al verle sin la mitra, dudaban de su autenticidad o legitimidad episcopal. Los franciscanos le hicieron ver la necesidad de ponerse la mitra, y él debió consentir.

Su humildad era la de un santo. Encabezó algunas de sus pequeñas pastorales de este modo: "Fray Mamerto, indigno Obispo de Córdoba". Poco antes de tomar posesión del obispado, escribía al Vicario Capitular: "Aunque soy tan estúpido para entender algo de las riquezas de la Sagrada Escritura..." Quienes le rodeaban, le vieron regocijarse y aun gozar con los insultos que le arrojaban los diarios locales. Viajaba a Buenos Aires en segunda clase, ya elegido Obispo, cuando un hermano lego que iba en el mismo vagón, enterado, por una pregunta suya, de que el padre venía de Catamarca, recordó que Esquiú sería Obispo de Córdoba; y después de hablar un rato, quiso saber el nombre del sacerdote y su asombro fue inmenso al oir que el desconocido le contestaba sencillamente: Mamerto Esquiú. Otra vez, habiendo ya profesado, y mientras viajaba a Catamarca sin detenerse en Córdoba, esperaba el tren en una estación próxima a la ciudad cuando un cura de campaña le pidió que le cuidase el caballo, a lo que el Obispo electo accedió gustosamente. El Cura volvió en seguida, después de despachar algún asuntito, y como alguien le dijese que aquel a quien había

tomado por un lego era el Obispo, acercóse al padre todo confuso y lleno de excusas. Esquiú le contestó: "No hay necesidad de perdón donde no hay ofensa; al contrario, soy yo quien debe agradecer a usted la confianza que ha depositado en mí, proporcionándome con ello el placer de prestarle este insignificante servicio". Y en fin, como en cierta ocasión la Superiora de las Hermanas del Huerto reclamase de la Curia, con insistencia, que se les diese un capellán, pues el que tenían no podía cumplir con sus obligaciones, el propio Obispo, no habiendo otro sacerdote a quien recurrir, se presentó una madrugada a ejercer como capellán de las monjas. ¡Y era el Obispo, tenía un trabajo abrumador y aquella mañanita de invierno hacía un terrible frío y nevaba!

En la calle, el padre Esquiú era un espectáculo. No aceptaba coche ni aun para asistir a las grandes fiestas religiosas en la Catedral. Al oir el toque del Ángelus, estuviese en donde estuviese, arrodillábase y rezaba. Casi no había persona que no le besara el anillo, y las mujeres del pueblo, si llevaban a su hijito en los brazos, se lo presentaban, diciéndole: "Déme su gracia, señor Obispo". A mediodía pasaba en las aceras por el lado del sol —¡aquel sol terrible de Córdoba en el verano!— en lugar de hacerlo bajo los árboles que las orillan, para evitar que se levantasen las gentes del pueblo que descansaban a su sombra. Una vez, un trabajador que iba a caballo y llevaba unas herramientas mal atadas, quiso sacarse el sombrero ante el Obispo, pero, al quitar la mano del atado, las herramientas se le cayeron. Y mientras el trabajador sujetaba el caballo, el Obispo, en medio de la calle, íbale alcanzando las piezas que se le habían caído.

Esta anécdota, que revela el espíritu singularmente servicial, caritativo y, a la vez, humilde de Esquiú, está lejos de ser única en su vida. Por el contrario, abundan los hechos semejantes, reveladores de su caridad y amor al pobre. Él no hacía diferencia entre los bienhallados y los ínfimos. Solicitado una vez para bautizar a un niño de una ilustre familia, hízolo con placer

en la Catedral, ante una distinguida y numerosa asistencia; pero como, apenas terminado el acto, aparecieran unas mujeres pobres con un niño para bautizar, el Obispo se empeñó en proceder él mismo, diciendo al sacerdote que se ofrecía para tal objeto: "No quedaría tranquilo si después de bautizar a un rico dejase de hacer lo mismo con un pobre". Otra vez, viendo a unos changadores que hacían inútilmente esfuerzos hercúleos para subir a un carro un cajón muy pesado, el Obispo exclamó: "¡Esperen, hijos!" y corrió a ayudarlos, ante el estupor de los changadores, que besaban las manos al fraile, mientras él les decía: "Dios nos manda que ayudemos a nuestros hermanos". Y el cura del Bell-Ville ha testimoniado que, durante su misión en este lugar, vio al padre, más de una vez, tomar de las manos al paisano que había preguntado por el Obispo, y preguntarle por su mujer y sus hijos y si eran religiosos y se confesaban y sabían la doctrina; y luego, cuando el paisano se enteraba con inmensa emoción y lágrimas de que ese fraile era el señor Obispo y quería besarle los pies, Esquiú lo levantaba y, teniéndolo abrazado, unía su rostro al del paisano. Esquiú, que sabía de la eficacia de la ternura en la conversión de las almas, gustaba de semejantes chascos y solía exclamar: "¡Oh santo hábito que todo lo encubres!"

Estos ejemplos demuestran su infinita caridad. Si daba todo a los pobres hasta quedarse sin un centavo y sin pan, como refieren los que han vivido con él, no era menor su caridad hacia las almas. Por salvar un alma de la condenación, él ponía en peligro su vida. Así, una vez en que, para confesar a un masón moribundo que deseaba arreglar sus cuentas con Dios pero cuya casa estaba defendida por una guardia de correligionarios y por un centinela armado con el fin de impedir la entrada de cualquier sacerdote, el padre Esquiú no vaciló en intentar la salvación de aquella alma, penetrando en la casa y consiguiendo confesar al moribundo.

Hechos como éste eran, naturalmente, excepcionales. Pero no eran excepcionales sino cotidianos los arreglos de matrimo-

nios desavenidos, la conversión de grandes pecadores, la transformación, en hombres útiles, de multitud de haraganes e inservibles. Durante su misión en Ballesteros, el cura le llevó a un hombre y a su mujer que se odiaban hasta pensar en el asesinato. El Obispo se encerró con ellos en un cuarto y los hizo llorar con sus palabras, pero sin lograr unirlos. Se despidieron del padre el hombre y la mujer, resueltos a separarse definitivamente o a asesinarse. El padre, a pesar de estos propósitos, los bendijo y les regaló un rosarito. Ellos le pidieron uno para cada uno. Él les contestó: "No, ustedes son una sola persona, que Dios ha unido. Si no pueden vivir juntos, rompan el rosario en dos partes y cada uno conserve la mitad, en recuerdo de su Obispo". Pasaron meses y años. Y una vez que el cura iba a auxiliar a un enfermo —tratábase de la mujer aquélla—, el paisano que lo conducía, y era el marido, le dijo: "Señor, no nos animamos a romper el rosario del *santo*, y hacen seis años que en él rezamos juntos y vivimos en paz".

En la vida de fray Mamerto no faltan los acontecimientos sobrenaturales. Como a todos los santos, el Maligno le persiguió visiblemente. Recordaré lo ocurrido en Río Cuarto. Iba a predicar el Obispo, cuando la concurrencia se agitó —según un respetable testigo— "como sacudida por un golpe eléctrico". Habíase oído un ruido extraño y confuso, y hombres y mujeres se precipitaron hacia las puertas, imaginando que se tratase de un temblor. El Obispo, desde el púlpito, había empezado a hablar, pero, entre los gritos de las mujeres y los ayes de los estrujados por la multitud víctima del pánico, su voz no era oída. Y entonces decidió invitar a la calma, haciendo signos con los brazos. Llegó a la Iglesia la policía y luego los bomberos. No había habido temblor, y muchos fieles volvieron. Esquiú entonces, con su voz más suave y serena, dijo: "Esto que acaba de suceder es obra del Demonio. Vamos, pues, a desarmar al enemigo de nuestras almas, confesando nuestra fe". Invitó al concurso a rezar el Credo con él y, arrodillándose, comenzó: "Creo en Dios Padre Todopoderoso..." Testigos presenciales

han declarado que, por la emoción de la asistencia y el acento del Obispo, fue aquél un espectáculo profundamente conmovedor.

El padre Esquiú, como otros santos, tenía un sexto sentido que le permitía adivinar los acontecimientos, anunciarlos y saber cosas que sólo era posible saberlas por comunicaciones sobrenaturales. ¿Acaso todo esto sólo sea un desarrollo excepcional del subconsciente? Pero entonces, ¿por qué sólo existe en los santos —aunque no en todos— como si fuese un premio a la santidad o un don inherente a la virtud heroica?

Una vez, en Río Cuarto, Esquiú no pudo convencer de que debía casarse a un hombre que vivía amancebado y cuya compañera deseaba vehementemente ponerse bien con Dios. El hombre permaneció mudo ante el Obispo, el cual le reprochó aquella terquedad que negaba la dicha a su compañera y que atraería "la cólera divina". Al día siguiente, cayó una tormenta espantosa y un rayo mató a la mujer. El hombre recordó las palabras del Obispo, y a él recurrió contrito y temeroso. Es evidente que Esquiú había presentido, o, mejor, que había visto el castigo ordenado por Dios.

Otra vez, en Bell-Ville, el Obispo debía tomar el tren para Córdoba, que pasaba a la una. Era un viaje absolutamente impostergable, pues de Córdoba le era forzoso partir con urgencia hacia la Rioja, donde el gobernador lo citara para un día fijo, con objeto de tratar sobre el delicado conflicto del cementerio local. El cura de Bell-Ville, como el Obispo no se sintiera bien, le hizo almorzar muy temprano para que pudiese recostarse. Llegado el momento de salir el tren, Esquiú, despertado por el Cura que le traía el café, le dijo que lo dejara para dentro de un rato, pues sentíase enfermo. Después de unos minutos, y ante la aflicción del Cura y de los demás presentes, que daban por perdido el tren, Esquiú tomó con calma el café y se puso a escribir. A las dos, quiso ir a la estación, a pesar de que el cochero lo consideraba inútil: hacía más de una hora que habría pasado el tren. Esquiú bromeando, reprochábale al Cura no

querer a su Obispo y haber deseado despacharlo pronto, sin pensar que quizás era la última vez que se veían. Y lo abrazaba y reía, alargando aquella despedida, mientras el Cura le besaba las manos entre lágrimas. Todavía, en el instante de subir al coche, preguntó si el canónigo que le acompañaba había tomado el té habitual, y, como se le contestara que no, suspendió la partida, ordenó hacer el té y obligó al canónigo a que lo bebiera. Todos se desesperaban, en la seguridad de que el viaje había quedado sin realizarse. Pues bien: al llegar a la estación, enteráronse de que el tren descarrilara y que traía cuatro horas de atraso.

Pudiera referir otros hechos extraordinarios como curaciones de enfermos —el de aquel niño que se levantó de la cama y, habiendo seguido en una procesión al Obispo, que iba descalzo y de cuando en cuando le acariciaba la cabeza, sanó completamente— y la aparición de una estrella enorme, cerca del sol, durante la misma ceremonia, y que recordaba aquella otra estrella misteriosa que se le apareció al padre en una iglesia de Roma. Pero basta con los hechos referidos aquí y en páginas anteriores, para demostrar cómo los fenómenos sobrenaturales fueron frecuentes en la vida de fray Mamerto.

He relatado con extensión la escena de la partida de Bell-Ville porque revela una nueva fase en el espíritu de Esquiú. Como he dicho varias veces, fray Mamerto no era alegre, aunque no carecía de cierto gracejo criollo. Tal vez tuvo un poco de buen humor en los años anteriores a su partida a Bolivia. Su Diario correspondiente a su permanencia en Bolivia y en Palestina sólo descubre tristezas y hondas inquietudes. Pero dijérase que en sus últimos años el padre encuentra otra vez la gracia espontánea y bondadosa de otros tiempos. Quienes fueron sus comensales han referido que, durante las comidas y las sobremesas, el Obispo se manifestaba de buen humor y aun bromista. Esto no impedía que el fondo de su alma fuese melancólico. Seguramente fray Mamerto guardaba para sí sus tristezas, no dejando que los demás las viesen. Un ejemplo de

buen humor y de gracejo lo dio al responder a cierto clérigo italiano, que había mandado imprimir un almanaque. Los impresores habían terminado su trabajo, pero no querían entregarlo si no se lo pagaban. El clérigo, afligido, recurrió a Esquiú, que le dio cien pesos. Y como, al cabo de una hora, el clérigo volviese para hablar con el Obispo, pues los impresores deseaban saber por qué había entregado aquella suma, el padre Esquiú, que estaba con otras personas, le contestó: "Diga usted a esos curiosos señores que el Obispo ha entregado ese dinero por sonso..."

Entre sus presentimientos debe incluirse el de su próxima muerte. La había pedido a Dios para que lo salvase del Obispado y para que le evitase continuar en el cargo, del mismo modo que, creyéndose indigno, intentó una vez renunciar. "Un año más, y buscarán otro Obispo", dijo a varias personas. Y a un sacerdote y amigo que se hallaba seriamente enfermo, le escribió: "Tengo la esperanza de que usted ha de tener que recomendar el alma de su pobre amigo: yo camino a grandes pasos hacia la muerte".

Virtudes heroicas, ausencia de pecado, caridad ilimitada, fe profundísima, oración ferviente, mortificación —durante unos ejercicios espirituales usó el cilicio y las sangrientas disciplinas—, dominio absoluto de sí, obediencia, todo esto lo tuvo, en alto grado, el padre Esquiú. Pero todo esto, con ser enorme, no es precisamente la santidad. ¿La habrá alcanzado verdaderamente fray Mamerto? Creo, que, aparte de las persecuciones demoníacas y de los hechos sobrenaturales, suele haber algo más que revela al santo. Y es una especie de flúido que exhala la persona y que también poseía fray Mamerto. Daba la sensación de un ser fuera de lo común, de un ser en el que había algo de angélico, algo que en él —tan humano, como todos los santos— era extrahumano o superhumano. La sugestión que ejercía sobre quienes le oían sus sermones o su conversación, no provenía precisamente de su talento, ni de la belleza de sus palabras, ni de su bondad, ni del encanto penetrante de su

voz, que era una armonía suave y melancólica, aunque todo esto contribuyera. Provenía de su santidad, que asomaba a sus ojos, se exteriorizaba en sus palabras y en sus gestos y se sublimaba en sus silencios. Provenía de su santidad, que envolvía su persona misteriosamente y que se desprendía de ella y que llegaba a los demás como un imponderable aroma.

C A P Í T U L O   D É C I M O C T A V O

TRÁNSITO

Unos días después de haber llegado de Bell-Ville, donde estuviera enfermo, partió el padre para La Rioja. Era el 28 de diciembre de 1882.

Iba en segunda clase, con su prosecretario. El gerente del ferrocarril le ofreció un coche especial, pero él no lo aceptó, asegurándole que se hallaba más cómodo en la segunda clase. Y a su prosecretario le dijo: "Yo no puedo gastar en lujo, porque la plata que tengo no es mía, sino de los pobres".

Monjas, hermanas y varios particulares le habían enviado canastas con comestibles y bebidas para el viaje. Apenas partió el tren, y rezado que hubo el *Itinerarium clericorum*, el Obispo repartió los comestibles entre los pobres paisanos y otras gentes del pueblo, que iban en el vagón; y les sirvió vino personalmente, llevándole la copa a cada uno. Conversaba con todos y les daba consejos. Ellos oían con encanto y veneración.

A la noche, después del Oficio Divino y del rosario, que rezó con algunos de los presentes, el Obispo habló de Jerusalén. Fue su único tema. ¿Acaso la recordaba porque sabía que iba a morir y la evocaba en una especie de despedida?

Iba el Obispo a Recreo, donde durmió. Al otro día, muy temprano, tomó con su secretario la mensajería para La Rioja. Como era viernes el padre ayunó. Recreo pertenece a la provincia de Catamarca, y por eso el Obispo, mientras cruzaba la región, no llevó el Pectoral. "No tengo jurisdicción aquí, aunque es mi país natal", dijo a su secretario.

El viaje fue largo y espantosamente molesto, sobre todo en territorio de La Rioja. Una noche durmieron en Medanitos y otra en Estanquitos. Estos nombres designaban la posta y unos pocos ranchos miserables. En los lugares en que la mensajería hacía un alto, el Obispo iba de casa en casa repartiendo catecismos, rosarios y medallitas.

Pero pocas ocasiones tenía el Obispo para hacer estas caridades. La región que atravesaban era, y es todavía, la más desolada del país. ¡Llanos de La Rioja, Patria de Facundo y del Chacho! Campos solitarios y bravíos, sin rutas, sin poblaciones, sin agua. ¡Cuarenta grados sobre cero, a la sombra! La falta de agua los hace inhabitables. Y en aquellos días los escasos habitantes de la comarca se morían de sed. ¡Nueve meses sin llover! Las gentes, angustiadas, pedían al santo Obispo que intercediese ante Dios para que enviase la lluvia. Y el padre se internaba en el monte y, puesto en cruz, rogaba al Cielo.

Llegó a La Rioja el 31 de diciembre, a las cinco y media de la mañana. Una semana en La Rioja. Su argumentación convenció a los miembros del gobierno, en el asunto del cementerio. Celebró en diversos templos, predicó, bendijo el camposanto, confirmó a centenares de niños. El pueblo, las autoridades y la sociedad le trataron con veneración. El gobernador puso a su disposición su coche, y, como un homenaje —algo singular— al Santo Obispo, lo manejó él mismo algunas veces...

Se volvió a enfermar, si es que estuvo sano un momento. Durante los dos últimos días, no pudo celebrar. Le molestaba una tos violenta y, más quizás, una vieja hernia: había dejado en Córdoba el aparato ortopédico que usaba por disposición de su médico.

El 8 partió con su secretario, en mensajería, en dirección a Recreo. Esa mañana había celebrado en la capilla de San Francisco Solano; y mientras él decía su misa, comenzó a llover. Quedó largo rato dando gracias, arrodillado ante el altar del Santo admirable que, para convertir a los indios, los atraía con la música de su violín, y de quien hay muchos recuerdos en

La Rioja. El gobernador habíale enviado un cargamento de cosas: comestibles, bebidas, vasos, cuchillos, tenedores, hasta toallas y cepillos... Todo eso lo repartió en el trayecto, como repartió medallas, rosarios y catecismos.

El viaje fue, al comienzo, mejor que el de ida. El padre estaba contento y su malestar parecía haber cedido. En los lugares en que se detenía la galera él bajaba, confirmaba y daba consejos.

El segundo día volvió el malestar. No pudo dormir su siesta. Decía a sus acompañantes: "No me explico lo que pasa en mí; tengo sueño y no puedo dormir". Aseguraba sentirse como indigestado y tener pesada la cabeza. Veíasele la enfermedad en el rostro y en un raro caimiento de los brazos. No obstante, confirmó en esta segunda jornada más que en la primera. Y el traqueteo de la galera continuaba, y sus maderas crujían mientras cruzaba aquellas soledades, bajo un alto y sereno cielo de vasta luminosidad.

Lo que más le afligía al padre era no poder rezar las oraciones del breviario. Tomaba el libro y debía dejarlo, tan atroz era la pesadez de cabeza. En la posta de Medanitos bajaron para comer. Pero el padre no probó un bocado. Los demás tampoco pudieron comer, en la aflicción de ver al Obispo gravemente enfermo. Uno de los viajeros le dio un remedio homeopático. Se le pasó al padre la sed que lo molestaba.

La galera siguió andando hasta que, ya de noche, se detuvo en medio del campo. Ninguna población se divisaba. Los viajeros durmieron sentados, dentro del carruaje. Al padre le prepararon una cama, con un cuero, junto a la galera. Con unas mantas le hicieron una especie de techo para resguardarle del rocío. El padre encontró inmejorable su cama. Rezó sus oraciones y durmióse tranquilamente. Su secretario estuvo toda la noche sentado junto a la cama del padre, para atenderlo por si se destapaba o necesitaba alguna cosa.

Y así amaneció el día 10 de enero, que era un martes. El enfermo dijo sentirse bien, y tomó otra vez un remedio del

botiquín del homeópata y dos tazas de café, con un bizcocho. Y la galera reanudó su marcha trabajosa y estruendosa, a través de aquellos campos solitarios y bravíos.

El padre volvió a sentir las molestias de la tarde anterior. Le sobrevino nuevamente la sed. Bebió agua varias veces. ¿Tal vez tenía fiebre? Tomó otro remedio, pero sin fe. Sus acompañantes le oyeron con angustia decir: "Yo ya no tengo fe sino en Dios".

Posta de Pozo del Suncho, en Catamarca, donde debían cambiarse los caballos. Toda la gente del lugar y de las inmediaciones esperaba a la mensajería. El Obispo bendijo a los circunstantes, desde dentro del carruaje. Hacía unas horas que se sentía mal y permaneció en su asiento, silencioso. El secretario fue a prepararle un descanso en alguna casa del lugar y a mandarle hacer manzanilla. Cuando volvió le rogó que bajara. El Obispo apenas podía hablar y no tuvo fuerzas para dejar su asiento: acababa de tener una descompostura. El secretario, sin advertirlo, le invitó nuevamente a bajar. El padre se descompuso otra vez, el secretario se precipitó adentro de la galera y, con tres personas que lo ayudaron, transportó al Obispo a una casa próxima, en donde lo colocaron en una cama. Pero ya él no hablaba. Se le pusieron sinapismos e hiciéronsele otros remedios, sin el menor resultado. Y a las tres de la tarde, la hora de la muerte de Cristo, se produjo el tránsito. "Murió —ha escrito su secretario— con una muerte tan dulce como la sonrisa de un ángel".

El hombre de humildad que era fray Mamerto dejó el mundo en el más humilde de los lugares. No podía darse mayor pobreza y soledad. La población más próxima quedaba a cuatro leguas y era un villorrio de unas cuantas casas y ranchos. No lo asistió ningún médico, ni ningún miembro del alto clero. Murió rodeado de sus compañeros de viaje, de los dueños de la pobre casa y de las gentes del lugar, que entraron en el último instante.

Su cadáver fue colocado en la mensajería. Allí le acompañó todo el pueblo de la comarca. Y después que fue rezado el rosario en alta voz, entre los llantos de las mujeres y bajo la hermosa noche de enero, la galera partió.

Ya se sabía la noticia en Recreo. Aunque salió a las nueve, la galera, que iba con cierta lentitud, no llegó hasta las dos de la madrugada. Unas cuadras antes de Recreo, tal vez un kilómetro o dos, mucha gente esperaba. Algunos iban a caballo, otros a pie. Llevaban faroles. Y fue un espectáculo de una emoción muy honda, el de aquella vieja galera, marchando lentamente, en la soledad de los campos, bajo la tibia noche estival, acompañada por un grupo de gentes humildes que iban compungidas y rezaban.

En Recreo, mientras todos querían ver de cerca al santo Obispo, a quien conocieron cuando pasó para La Rioja, fue instalado su cadáver sobre un catre de lona con almohadones, en un vagón de primera clase. Y entre el llanto de las gentes, partió el tren poco después.

En la estación Avellaneda descendieron el cuerpo del Obispo. Personas del alto clero de Córdoba esperaban. Habían traído de la capital un lujoso cajón. Pero el cadáver estaba hinchado y no cabía allí. Diríase que, aun después de muerto, el padre huía de todo lujo. Fue preciso enterrarlo en el lugar, porque había empezado a descomponerse. De ello encargóse un franciscano que por casualidad se encontraba en aquel paraje. Se le sepultó en una capilla próxima a la estación, y cuya construcción había sido, en buena parte, obra del Obispo. Luego, por orden del gobierno nacional, se le desenterró al otro día y se le llevó a Córdoba. Allí el cuerpo fue embalsamado, previo exámen de las entrañas, pues hablóse de que había muerto envenenado.

Mientras tanto, Córdoba entera lo lloraba. Lo lloró el pueblo en la estación, esperando el tren que no trajo su cadáver. Lo lloró en las ceremonias del entierro, en la unanimidad del dolor y la veneración, mezcladas las autoridades, las damas,

los señores de la sociedad aristocrática y el pueblo. Lo lloró en el bronce de sus campanas, que gimieron largamente su desolación. Pero nadie lloró tanto, ni tan angustiosamente, como la turba de pordioseros que solía recibir su limosna todas las mañanas. Agrupados frente a la casa del Obispo, parecían no creer en su muerte. Allí sollozaban y rezaban, y levantaban los brazos al cielo y se arrodillaban en plena calle y querían penetrar en la casa. Era un coro trágico, un coro de lamentos y de dolor. Era, seguramente, el homenaje que más hubiera amado la humildad de aquel santo Obispo. Él fue un pobre entre los pobres, él se hizo el último entre todos. Quiso pasar por la vida oscuro y humillado y fue ensalzado por su pueblo.

Pero fray Mamerto Esquiú no había muerto. Su memoria vive en las provincias del Noroeste y en Córdoba. Quince años después de su tránsito, llegó a Córdoba el más grande de los poetas modernos en lengua castellana, Rubén Darío. Él encontró allí vivientes los recuerdos de Esquiú, y, católico y artista, y penetrado por los efluvios místicos de aquella alma, y que aun perduraban en el ambiente, escribió sus muy bellos versos en honor del santo Obispo.

En Catamarca el pueblo le reza como a un santo, le pide toda clase de gracias y se refieren los milagros que ha operado. Por su mediación ante el Cielo han sanado enfermos y se han aliviado desesperadas situaciones de miseria. Y se ha pedido a Roma su beatificación.

El país no lo olvida ni lo olvidará. Los más nobles espíritus de su tiempo escribieron acerca de él. Y la República se ha honrado honrándole.

El país no lo olvidará porque su venida a esta tierra, en los tiempos en que vino, ha sido, seguramente, un designio de la Divina Providencia, que lo envió para salvar a su Patria. Nació Esquiú durante la presidencia de Bernardino Rivadavia, el primer gobernante liberal que hubo en este país. Vivió durante los años de Rosas y las guerras civiles que en seguida vinieron, años de violencias y de crímenes, en que los argenti-

nos se odiaban los unos a los otros. Murió cuando se había iniciado una nueva época de liberalismo y aun de corrupción. ¿No es providencial que aparezca, en un tiempo de odios, un hombre de amor, y en un tiempo de irreligión un hombre de Dios? Él anunció proféticamente las desgracias de la Patria. Su porvenir le espantaba y creía que "sólo la Misericordia de Dios podía salvarla del abismo que divisaba en lontananza". Pero la Misericordia de Dios nos había enviado a Mamerto Esquiú. Él, que fue y continúa siendo, la más alta figura del catolicismo argentino; él, uno de los más fervientes patriotas que hubo en esta tierra, a la que amó inmensamente y por la cual tanto sufrió; él, uno de los argentinos más típicos y representativos; él, cuyas perfecciones tal vez nadie ha superado entre nosotros, pues fue el argentino que vivió con mayor nobleza y pureza y que sintió más hondo amor de caridad hacia el pobre y el que padecía; él, allá junto a Dios, pedirá por su Patria perennemente. En estos momentos dolorosos, de paganismo, de irreligión, de crisis moral, en que dijérase que todos los valores tradicionales y toda la obra del cristianismo están por sucumbir en esta Patria, yo espero que fray Mamerto la salvará.

INDICE

ESTA OBRA SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN BUENOS AIRES,
EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE
GUILLERMO KRAFT LTDA.,
SOC. ANÓN. DE IMPRESIONES GENERALES,
RECONQUISTA 319,
EL DIA DOCE DE MAYO DE 1962

COLECCIÓN CÚPULA

TITULOS APARECIDOS

Ensayos

AL ENCUENTRO DEL HOMBRE, por *Arturo Aldunate Phillips.*
CAZANDO UN ELEFANTE, por *George Orwell.*
EL CLAMOR DE LA HORA, por *Adlai E. Stevenson.*
EL TEMA DE LA MALA VIDA EN EL TEATRO NACIONAL, por *Domingo F. Casadevall.*
ENTRE DUDAS Y ESPERANZAS, por *Ricardo Sáenz Hayes.*
EPISTOLARIO CROCE-VOSSLER.
ESTRUCTURA Y FUNCIÓN DEL PARAGUAY COLONIAL, por *H. Sánchez Quell.*
LA AVENIDA DE MAYO, por *Ricardo M. Llanes.*
LA DIPLOMACIA PARAGUAYA DE MAYO A CERRO CORA, por *H. Sánchez Quell.*
LA MÚSICA DE LOS ESTADOS UNIDOS, por *Gilbert Chase.*
LA VIDA EN LA ANTÁRTIDA, por *Alberto A. Soria.*
LA INFLUENCIA DEL ARRABAL EN LA POESÍA ARGENTINA CULTA, por *Miguel D. Etchebarne.*
LAVADO DE CEREBRO EN CHINA ROJA, por *Edward Hunter.*
LOS SONETOS DE SHAKESPEARE, por *Mariano de Vedia y Mitre.*
TÁCTICA DE LA SUBVERSIÓN, por *James Burnham.*
PSICOLOGÍA DE SARMIENTO, por *Nerio Rojas.*
MANIFIESTO CAPITALISTA, por *Luis O. Kelso y Mortimer J. Adler.*
POLICIA. Problema urgente, por *Recaredo E. Vázquez.*
UN CAMBIO DE ESPERANZA, por *Gabriel Marcel.*
40 WALL STREET. *por J. L. Segimont.*
TEORÍA DEL ESTADO, *por Ernesto Palacio.*

Biografías históricas

ALEM Y LA DEMOCRACIA ARGENTINA, por *R. Farías Alem.*
EL GRAN CAMBIO, por *Frederick Lewis Allen.*
EVOLUCIÓN POLÍTICA Y SOCIAL DE LOS EE. UU., por *Hockett y Schlesinger.*
PROTAGONISTAS, por *César Tiempo.*
EL DEÁN FUNES, por *Mariano de Vedia y Mitre.*
MONTOYA, por *J. Blanco Villalta.*
CRÓNICAS DE UN EMBAJADOR, por *Chester Bowles.*
MIGUEL CANÉ Y SU TIEMPO, por *Ricardo Sáenz Hayes.*
WINSTON CHURCHILL, servidor de la corona, por varios autores.
GANDHI, *Autobiografía.*
MITRE. VOCACIÓN Y DESTINO, por *Renée Pereyra Olazábal.*

ROSAS VISTO POR SUS CONTEMPORÁNEOS, por *José Luis Busaniche.*
VIDA — Memorias de Fernández Moreno.
YO, WINSTON CHURCHILL, por *Colin R. Coote.*
HELEN KELLER, por *Van Wyck Brooks.*

Novelas

DRAM, por *Paul Elbogen.*
EL TRUENO ENTRE LAS HOJAS, por *A. Roa Bastos.*
ESCENARIO DE LOCOS, por *Charles A. Brady.*
GLORIA SIN HUELLA, por *Ramón Luis de Oliveira Cézar.*
LA HIJA DE JÚPITER, por *Martín Aldao (h.).*
CONFESIÓN APÓCRIFA, por *Arturo Cerretani.*
LAS CENIZAS DE DIOS, por *Mauricio Rosenthal.*
LOS INMORTALES TONTOS, por *Paul Gallico.*
NO DEBEMOS LLORAR, por *Lali Horstmann.*
MI SUEGRA MARAVILLOSA, por *Celeste A. Seton.*
SAYONARA, por *James Michener.*
UN GRAN CIRUJANO, por *Pierre Véry.*
LA CONDUCTA EN LA VIDA, por *Alexis Carrel.*
VICTORIA SIN ALAS, por *Frances Winwar.*
AHORA NO ES TIEMPO PARA TENER HIJOS, por *Renée Pereyra Olazábal.*

Cuentos

LA GALERÍA DE LOS ESPEJOS, por *Homero Guglielmini.*
EL ASCENSOR Y OTROS CUENTOS, por *Mario A. Lancelotti.*

(Continuación de la solapa anterior)

toda valentía y sin desfallecimientos, en su lucha contra el caudillismo anarquizante.

La editorial KRAFT lanza esta nueva edición de la obra del conocido escritor, que continúa siendo hoy de extraordinaria actualidad, a modo de homenaje dirigido a aquel fraile que acató con humildad las órdenes de Roma, que le obligaron a ocupar la sede episcopal de Córdoba, habiendo asimismo propugnado con su postura civil, al enfrentar los problemas de aquella hora, el respeto y acatamiento al imperativo de la Constitución y de las leyes de su patria.

Años después de su muerte sorpresiva, ocurrida el 10 de enero de 1883, en la posta de Pozo de Suncho, humilde lugar en las quebradas de su querida provincia, se dio comienzo al proceso tendente a su beatificación. Entre tanto se elabora la decisión final, abrigamos la esperanza de haber contribuido —juntamente con la pluma de don Manuel Gálvez— a la divulgación y conocimiento de la vida señera de este sacerdote ilustre, cuya figura indica a la posteridad la senda de la ley y la humildad.


Princeton Theological Seminary-Speer Library
1 1012 01039 2928